

LECTURAS CLÁSICAS



GRECIA
LOS HEBREOS

ANTOLOGÍA

II

LECTURAS CLÁSICAS



CONSEJO EDITORIAL

GRUPO PARLAMENTARIO DEL
PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Dip. TOMÁS BRITO LARA, *Titular*
Presidencia

GRUPO PARLAMENTARIO DEL
PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL

Dip. JOSÉ ENRIQUE DOGER GUERRERO, *Titular*
Dip. ELIGIO CUITLÁHUAC GONZÁLEZ FARIAS, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL
PARTIDO ACCIÓN NACIONAL

Dip. JUAN PABLO ADAME ALEMÁN, *Titular*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL
PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO

Dip. RICARDO ASTUDILLO SUÁREZ, *Titular*
Dip. LAURA XIMENA MARTEL CANTÚ, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL
PARTIDO DEL TRABAJO

Dip. ALBERTO ANAYA GUTIÉRREZ, *Titular*
Dip. RICARDO CANTÚ GARZA, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DE
MOVIMIENTO CIUDADANO

Dip. JOSÉ FRANCISCO CORONATO RODRÍGUEZ, *Titular*
Dip. FRANCISCO ALFONSO DURAZO MONTAÑO, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL
PARTIDO NUEVA ALIANZA

Dip. LUIS ANTONIO GONZÁLEZ ROLDÁN, *Titular*
Dip. JOSÉ ANGELINO CAAMAL MENA, *Suplente*

SECRETARIO GENERAL

Mtro. MAURICIO FARAH GEBARA

SECRETARIO DE SERVICIOS PARLAMENTARIOS

Lic. JUAN CARLOS DELGADILLO SALAS

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA
CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL ADELANTO DE LAS MUJERES Y LA EQUIDAD DE GÉNERO
CENTRO DE ESTUDIOS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS
CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO RURAL SUSTENTABLE Y LA SOBERANÍA ALIMENTARIA
CENTRO DE ESTUDIOS DE DERECHO E INVESTIGACIONES PARLAMENTARIAS
CENTRO DE DOCUMENTACIÓN, INFORMACIÓN Y ANÁLISIS

ÉDGAR PIEDRAGIL GALVÁN
Secretario Técnico del Consejo Editorial

LECTURAS CLÁSICAS



GRECIA LOS HEBREOS

ANTOLOGÍA



LXII LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS CONSEJO EDITORIAL

ce

MAPorrúa
librero-editor·México

MÉXICO

2014

II

Coceditores	H. Cámara de Diputados, LXII Legislatura Consejo Editorial, Cámara de Diputados Miguel Ángel Porrúa, librero-editor
Edición príncipe	México, 1924 Departamento Editorial de la Secretaría de Educación © 2013 edición en 2 volúmenes © 2014 edición en 5 volúmenes
Derechos reservados por características tipográficas y de diseño editorial	© 2013-2014 MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor Amargura 4, San Ángel Delegación Álvaro Obregón 01000 México, D.F.
Proyecto y dirección	Miguel Ángel Porrúa
Edición	Aldonza María Porrúa
Textos preliminares	Danner González
Bibliografía	Biblioteca MAP
Diseño	Verónica Santos Omar Ponce
Cuidado editorial	Gabriela Pardo Mónica Beltrán Norma García
Arte digital	Moisés Yrizar Gerardo Cruz José Luis Martínez
Apoyo técnico	Antonia Peralta Teresa Santana

Derechos reservados conforme a la ley
ISBN 978-607-401-845-5 OBRA COMPLETA
ISBN 978-607-401-846-2 TOMO II

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de GEMAPORRÚA, en términos de lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.





ESTAS LECTURAS



ECOS DEL MUNDO

DANNER GONZÁLEZ

*P*ara darle sentido al mundo, los griegos decidieron contarlo. Así que, con el fin de justificar los misterios de la vida, en medio de maravillas naturales y acontecimientos no siempre comprensibles, los hombres antiguos encontraron en la narración el recurso.

Todo lo humano fue cantado por los griegos. Los trabajos de Hércules ejemplifican los esfuerzos de los días, resaltando su fuerza y astucia. Prometeo, encadenado a una roca del Cáucaso, nos enseña el valor de disentir; su rebeldía libertaria, su ser, a mitad entre los hombres y los dioses, lo hace robar el fuego y, al lograrlo, transformar por completo el devenir de la humanidad. Orfeo pulsa la lira y nos regala la música, sublime creación de las esferas. Démeter rige la agricultura y al distinguir la primavera del invierno, ordena la alegría y el pesar de los hombres. Egeria acompaña en su recogimiento a Numa Pompilio, de quien nacerán las leyes romanas, génesis de nuestro Derecho. La ninfa Eco le da de modo efímero a la voz humana el mejor regalo: el préstamo a la eternidad.

¿Qué es un mito? Un relato.¹ El mito se populariza cuando el rapsoda lo canta, entonces se reproduce oralmente y se esparce, pero sólo alcanza su estatura inmortal cuando se escribe. La palabra escrita crea a los dioses. Un dios sin profetas ni amanuenses es un dios condenado al olvido, un dios desconocido.

En “La Ilíada” —travesía de penas por el amor perdido de la bella Helena—, aprendemos de la sabiduría del viejo Néstor, quien aconseja a los aqueos, en medio de la guerra y los lamentos, del pundonor de los hombres —estado en que se estima la honra, el honor o el crédito por el otro— que disputan como iguales a los dioses. Así, vemos a Áyax quien enfrenta al temible Héctor, protegido por el dios Apolo, en singular combate, o destrozando corceles y guerreros mientras las lanzas enemigas se clavan en su escudo. Aquiles esboza en la Muerte de Patroclo una noción básica de justicia: “Se me oprime el corazón cuando pienso que un hombre, porque tiene más poder, quiere privar a su igual de lo que le corresponde”.

La “Ilíada” es, además de una saga heroica, un minucioso inventario del carácter humano. “La Odisea”, es el canto del retorno al hogar, a los brazos de la mujer amada. Todos somos náufragos, todos tenemos una Itaca personal a la que, ¡oh drama trágico!, no sabemos bien cómo volver.

Homero vive en tinieblas porque ha visto a la musa y ésta le ha hablado. Moisés el hebreo, padece de ceguera temporal tras bajar del monte Sinaí con los Diez Mandamientos y el rostro deslumbrado por la presencia de Jehová. Los rapsodas

¹Jean-Pierre Vernant, *Érase una vez... El universo, los dioses, los hombres*, 2a. ed. [6a. reimpr.], FCE, Buenos Aires, 2010.

son ciegos por su proximidad a la luz, escribe en sus Gramáticas de la creación George Steiner.²

Allí mismo, Steiner sostiene que si la lectura de la antigua cosmogonía griega es una erótica, la lectura de la hebraica es una retórica.³ Incluso Moisés, tartamudo, transmite su mensaje por medio de Aarón, su hermano. Los hebreos poseen un lenguaje articulado que se sabe heredado de la divinidad. Saben que en el principio, para ordenar el caos, era el Verbo.

En este volumen hay un breve repaso de la línea genealógica del patriarca Abraham, hasta llegar a Jesús, descendiente del rey David. El suyo es un linaje de soñadores. Jacob sueña con la tierra prometida y ha de trabajar 14 años para obtener la mano de Raquel. José sueña con los años de abundancia y pobreza, y con que sus hermanos y su padre le rinden honores. Si los sueños de Jacob y de José son sueños de grandeza, es porque están llamados a cumplir un papel esencial en el levantamiento del pueblo elegido por Jehová, pero quizá también porque la vida es sueño.

Este libro culmina con las “Parábolas de Jesús”, que enseñan con lenguaje claro y sencillo. La de Jesús es la empresa más noble que en el mundo haya sido. Sus lecciones de humildad y de bondad debieran ser suficientes para mudar el mundo y llevarlo a mejores estadios de vida.

DG

²George Steiner, *Gramáticas de la creación*, 4a. ed., Siruela, España, 2005.

³*Ibidem*, p. 44.



TEXTOS PREVIOS



LECTURAS PARA ENCENDER LA IMAGINACIÓN

DANNER GONZÁLEZ

A casi un siglo de distancia, la cruzada educativa de José Vasconcelos sigue siendo la más importante que se haya hecho en México por la claridad de sus objetivos y a pesar del alcance de sus medios. Vasconcelos soñó con una república de hombres y mujeres instruidos. Había nacido en la provincia mexicana y conocía de cerca la miseria de sus paisanos, su analfabetismo y su consecuente pobreza cultural y material. Sabía que el 80 por ciento de la población era iletrada y que la mitad ni siquiera hablaba español. Definió bajo un lema en apariencia simple, los grandes ejes sobre los cuales habría de definirse la política cultural del momento: “Alfabeto, pan y jabón”; revitalizó la Universidad Nacional e impulsó decididamente la Secretaría de Educación Pública y las escuelas rurales, además de influir en innumerables misiones educativas y embajadas culturales.

En los años veinte del siglo pasado, el libro era un objeto cultural “demasiado raro, demasiado caro y demasiado

inaccesible”.¹ Agotada ya la primera década de este nuevo siglo, el libro continúa siendo raro y caro. Este nuevo esfuerzo editorial pretende hacerlo accesible. La única solución a los grandes problemas nacionales sigue siendo la misma que planteó Vasconcelos: educación, educación y más educación.

En el canon propuesto por Vasconcelos para estas *Lecturas Clásicas* en 1924, se agrupan en el primer volumen los fundamentos místicos de la humanidad, el encuentro de los hombres y los dioses: “Los Vedas” y “El Ramayana”, la literatura en sánscrito de Oriente, la vida de Buda, los cuentos y poemas de Tagore, “La Ilíada” y “La Odisea”, las historias bíblicas del “Antiguo” y “Nuevo Testamento”, y en la estructura original de su segundo volumen se incluye, entre otros: “El Cantar del Mío Cid” y “El Quijote”, “El Juglar de Nuestra Señora”, “Tristán e Isolda”, “Parsifal”, “El Rey Lear”, “La tempestad”, “Cuentos de Tolstói”, cuentos de Andersen y los Hermanos Grimm, leyendas americanas y textos históricos sobre Colón, Magallanes, Simón Bolívar, Hidalgo y Morelos, entre otros. Las estampas de Roberto Montenegro y los grabados de Gabriel Fernández Ledesma, además de descansos visuales, son un goce estético para el lector.

La épica o se vive o se lee, pero siempre se aprende a recrearla en la imaginación. No hay cineasta tan grande ni

¹Claude Fell, *José Vasconcelos: Los años del águila, 1920-1925: educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*, UNAM, México, 1989, p. 479.

producción tan colosal para contarnos con exactitud la majestuosidad del palacio de Aladino o el combate de Áyax y Héctor. En cambio las espadas de los Atridas sonarán con la misma intensidad en nuestros oídos, siempre que visitemos las páginas de las *Lecturas Clásicas*.

Esta es una obra para recrear y sentir deseos de volver a crear el mundo. Cervantes escribió “El Quijote” y al parecer, Salvador Novo fue quien lo adaptó para niños.² Luego entonces Novo sería autor de Cervantes, reflejo de Avellaneda,³ de Cide Hamete Benengeli⁴ y del creador de “Pierre Menard, autor de El Quijote”.⁵ Es probable que de entre los lectores de estas obras surjan mañana escritores clásicos de los grandes temas de su tiempo. Lo imposible, escribe Borges, es no componer, siquiera una vez “La Odisea”.

Me vincula a estas lecturas un cariño especial, porque fueron los libros de cabecera de mi infancia. Por eso, cuando Miguel Ángel Porrúa me encargó hacer una incitación a la lectura de estos textos me pareció que no podía encargármese tarea más bella y más gratificante. Aquí

²Blanca Rodríguez, “El Quijote en las *Lecturas clásicas para niños*”, en María Stoopan (coord.), *Horizonte cultural del Quijote*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2010, p. 303.

³A Alonso Fernández de Avellaneda (seudónimo), se le atribuye el segundo tomo de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Tarragona, España, 1614.

⁴Cide Hamete Benengeli (historiador musulmán), personaje creado en el texto de la novela de Cervantes quien afirmaba que ésta había sido escrita, a partir de su capítulo IX, por este personaje. Se trata de un giro literario metaficcional para dar credibilidad al texto. Sostenía que la historia presentaba décadas de antigüedad y que don Quijote fue un personaje real.

⁵Título de un relato escrito por Jorge Luis Borges, mismo que se incluye en su libro *Ficciones*, 1944.

están los pilares de la civilización entera. Esta selección compendia las bases sólidas, reales y ficticias, humanas y divinas, sobre las que la humanidad ha cifrado a lo largo de su historia, sus alegrías y sus miedos, el lamento de sus horrores y sus cantos de esperanza.

En esta nueva edición desaparece el adjetivo “para niños”, porque como deben verse, son lecturas para niños y jóvenes, pero también para hombres y mujeres de todas las edades. Son libros para formar lectores. A pesar del imperio de la imagen en nuestro siglo, tendremos relatos mientras tengamos el beneficio de la palabra en libertad, mientras no nos dejemos esclavizar por el televisor, mientras sigamos entendiendo que los libros son una de las mejores creaciones del alma humana. Allí donde haya un lector, la palabra escrita seguirá encendiendo la imaginación.

Tenemos que devolver a las bibliotecas su carácter formador del espíritu y del lugar donde germinan las ideas que han ordenado y prefigurado por siglos a las sociedades. Que nunca más se les asocie como lugar de aburrimiento, porque allí viven las grandes historias que desatan la imaginación y la creación, estímulos esenciales de la grandeza humana. Que nunca más vuelvan a calificarse como el lugar donde van a morir los libros, sino que vuelvan a ser espacios de alegrías y de consolación de penas, lugar de amor y desamor, morada de héroes y campo de épicas batallas, sitio donde habita la poesía, lugar de rito, anunciación y profecía.

A GUISA DE PRÓLOGO HARÉ LA HISTORIA DE ESTE LIBRO*

JOSÉ VASCONCELOS

Todo el que haya comparado nuestro ambiente hispanoamericano y aun español, con la cultura intensa de los países anglosajones, se habrá dado cuenta de lo escaso que son entre nosotros los libros; no tanto por su carestía, sino por lo difícil que comúnmente se hace encontrarlos, entre otras causas porque no existen traducidos a nuestro idioma. De allí que para hacer en nuestra raza, obra de verdadera cultura sea menester comenzar por crear libros, ya sea escribiéndolos, ya sea editándolos, ya traduciéndolos. Un hombre que sólo sepa inglés, que sólo sepa francés, puede enterarse de toda la cultura humana; pero el que sólo sabe español, no puede juzgarse, ya no digo culto, ni siquiera informado de la literatura y el pensamiento del mundo. Y siempre será para nosotros un bochorno tener que aprender lenguas extrañas, no sólo para comunicarnos

*El texto de José Vasconcelos se refiere a la obra de la cual emana el presente volumen. *Lecturas clásicas para niños*, 2 vols., México, 1924.

con nuestros semejantes, lo cual estaría muy bien, sino aun para conocer el pensamiento del mundo.

Si los gobiernos de nuestros pueblos castizos tuvieran siquiera una noción de los deberes que impone el destino de una raza, si los gobernantes pudieran ver un metro más allá del ruin interés personal y de la corta preocupación del momento; si su patriotismo fuera de verdad un sentimiento elevado de decoro y de amor común, ya hace mucho tiempo que nuestras repúblicas se habrían puesto de acuerdo para establecer una casa editorial enorme, que diera a los 90 millones de hombres de habla española, todos los libros de que hoy carecen, escritos en su lengua y vendidos a mínimo precio. Urge fundar ya que no un gobierno común, por lo menos un Consejo Educativo Cultural, que dirija el pensamiento y el desarrollo espiritual de este pueblo.

Pero ya que éstos son por ahora sueños irrealizables, nosotros resolvimos dedicar atención siquiera a las realizaciones parciales, y reflexionando particularmente en lo que leen los niños en las escuelas primarias, echamos de menos la maravillosa literatura infantil que han creado o traducido los ingleses, adaptándola siempre ingeniosamente a su propio temperamento. En cambio nuestros textos de segundo y tercer año son una prueba lamentable de que apenas copiamos las formas de la cultura, pero sin penetrar su intención. ¿Por qué graduar la lectura en dos y tres libros, si esto está muy bien en inglés, donde cada palabra tiene que ser aprendida ortográficamente, además de

ideológicamente, mientras que en nuestro idioma, quien aprende a leer un buen libro de primer año, ya puede entender cualquiera otra obra escrita? ¿Por qué no se ha visto que estas lecturas graduadas tienen por objeto realizar ejercicios de deletreo (*spelling*), que en nuestro idioma son completamente absurdos? ¡En cambio, no se advierte que los ingleses complementan sus libros de simple ejercicio de lectura con cuentos maravillosos y lecturas de clásicos adaptados a la imaginación infantil! ¿Por qué el niño de México atiborrado de textos ha de carecer, sin embargo, de esa amenidad de información literaria que un niño de habla inglesa adquiere desde el tercer año de su enseñanza?

Tales reflexiones quedaron englobadas hace algunos años en una circular —que pasó inadvertida— la cual recomendaba que se substituyeran los textos mediocres con lecturas originales o adaptadas de *La Iliada* y *La Odisea*, del *Quijote* y el *Romancero*. En honor de la verdad, la circular que menciono quedó sin efecto, no sólo por la indiferencia con que fue acogida, sino porque padecía del vicio tan común a nuestras leyes de mandar hacer las cosas, antes de que existan los medios de ejecutarlas. Sucedió con ella, en menor escala, lo que con nuestra famosa ley de enseñanza obligatoria y con los decretos de algunos generales revolucionarios, que han dictado penas severas contra el que no aprenda a leer; sucede que nadie toma en cuenta todo esto, por la sencilla razón de que no hay escuelas ni libros donde se pueda aprender. Si tuviésemos más sentido de

gobierno, ya desde el 57, a la vez que dictar leyes copiadas sobre enseñanza obligatoria, hubiésemos dedicado algunas de las fincas expropiadas al clero, para formar fondos de enseñanza, antes de permitir que los bienes desamortizados llegasen a constituir fortunas privadas y latifundios que han sido una nueva calamidad social.

Así nos pasó a nosotros con la circular aludida, no pudo permanecer en práctica porque no se hubiese podido encontrar un número suficiente de ejemplares. Al darnos cuenta de ello, pensamos que se podría hacer una gran edición infantil del *Quijote* para regalarla por todo el país, y en efecto, pudimos arreglarnos con una casa española que nos ha vendido 50 mil ejemplares, muy aceptables, a un precio extremadamente bajo.

Así que estuvo en nuestro poder la edición de referencia, el señor doctor Bernardo J. Gastélum, subsecretario de Educación, mandó expedir una nueva circular en la que con mayor acopio de datos se señalaron los defectos de los textos usuales de lectura y la conveniencia de que los niños se instruyesen en los mejores ejemplos de la literatura universal, adaptada convenientemente a sus capacidades.

Esta segunda circular superó a la primera, cuando menos por las resistencias que ha suscitado. Muchos libreros se sintieron lastimados en sus intereses; algunos pedagogos se creyeron postergados; los diarios —con incompleta información sobre el asunto— escribieron, sin embargo, sesudos editoriales, condenando nuestros

proyectos. Finalmente las principales casas editoras interpelan al suscrito en un concurrido banquete. El Estado no debe editar libros, nos dijeron “porque al hacerlo arruina a la industria privada, mediante una competencia desleal”. Los niños no deben leer los clásicos, agregaron, “porque no están al alcance de sus pequeñas inteligencias”.

Repusimos que el Estado tiene el derecho de abaratar el libro y difundirlo, aun cuando por hacerlo se arruinen 20 empresas, pero que en realidad lo que tendría que pasar era que todos aquellos que han aprendido a leer en el millón de libros repartidos por el gobierno tendrían que volverse clientes de los editores, porque tenían que seguir leyendo, y así, lo que hubieren dejado de vender de cartillas de enseñanza, lo recuperarían con creces, con los libros de todo género que un pueblo instruido consume.

Por lo que hace a la lectura escolar, les hicimos ver la petulancia con que nosotros los mayores juzgamos el cerebro infantil. Nuestra propia pereza nos lleva a suponer que el niño no comprende lo que a nosotros nos cuesta esfuerzo; olvidamos que el niño es mucho más despierto y no está embotado por los vicios y apetitos. Tanto es así, agregué, que me atreví a formular la tesis de que todos los niños tienen genio y sólo al llegar a los 16 años nos volvemos tontos. Además, les dije, es menester desechar el temor de los nombres que no se comprenden bien: la palabra CLÁSICO causa alarma; sin embargo, lo clásico es lo que debe servir de modelo, de tipo, lo mejor de una época.

Lo que hoy llamamos genial, será clásico mañana, y lo clásico es lo mejor de todas las épocas. ¿Por qué ha de reservarse eso para los hombres maduros que frecuentemente ya no leen? ¿Y por qué a los niños se les ha de dar la basura del entendimiento únicamente porque nosotros suponemos que no entienden otra cosa?

Sin embargo, todos los problemas sociales, fáciles en la teoría, encuentran escollos a veces insuperables en la práctica. ¿Cómo íbamos a hacer para dar a los maestros los libros cuyo empleo se les recomienda? ¿Dónde están en castellano los bellos cuentos, las adaptaciones de Shakespeare y de Swift, de Grecia y Roma, que andan en las manos de todos los niños ingleses? Hay, es claro, unas cuantas obras, debidas a la reciente actividad de los editores de España; pero no bastan ni por el número, ni por la extensión, ni por el precio.

Se hace menester, por lo mismo, fabricar los libros; así como es necesario construir los edificios de la escuela. Y aquí está el presente libro, creación desinteresada de colaboradores de la Secretaría de Educación Pública, seis nobles ingenios que han puesto su esfuerzo a disposición de los niños de habla castellana.

Quien examine el índice de esta obra advertirá que se trata de una selección respetuosa de toda la literatura universal, depurada sin empequeñecimientos, rica y amena.

Podrá parecer extraño al criterio superficial que se mezclen tesis tan disímiles como el *Aladino* y el *Prometeo*

y la *Historia de Sarmiento* o de *Bolívar*; pero a esto hay que responder que es así la vida de compleja en la apariencia, aunque uniforme en su sentido profundo y alto. En todo caso, se ha observado el único criterio posible en una selección de esta índole, el criterio cronológico combinado con el de calidad.

Se nos ha sugerido que se adicione el volumen con noticias históricas, con reseñas geográficas; nos hemos negado porque no nos propusimos hacer una enciclopedia; quisimos ofrecer a los niños una visión panorámica ordenada en el tiempo, y la enseñanza profunda que sin duda derivarán de sentirse en contacto con los más notables sucesos, los mejores ejemplos y las más bellas ficciones que han producido los hombres.

JV

[*Ciudad de México, 1924*]

RAZONES PARA LA PRESENTE PUBLICACIÓN*

BERNARDO J. GASTÉLUM

El niño posee dentro de sí mismo, cierta potencialidad de desarrollo que le basta por sí sola para ejercitar determinadas adquisiciones mentales; la acción docente, cuando no la respeta, resulta errónea, porque hace artificiosa la enseñanza, ahogando la espontaneidad y mecanizándola. No hay que discutir la utilidad de obras preparadas para facilitar formas especiales de conocimiento, frecuentemente se exagera esta modalidad, produciendo en el espíritu estrechez que lo mantiene dentro de un infantilismo forzado, ya que las materias de enseñanza carecen en sí mismas de la parte estimulante que deben tener para facilitar su aprendizaje.

El espíritu que se educa bajo una disciplina fecunda, tiene en todos los instantes de su evolución, en derredor de los conocimientos formados, una penumbra de ideas, hipótesis, etcétera; de aquí su progreso continuo; en cambio, el individuo que sólo lee textos, sabe o no sabe, sin término medio, todo lo aprecia dentro de fórmulas hechas.

*Texto tomado de *Lecturas clásicas para niños*, 2 vols., México, 1924.

La intención de hacer a todas horas obra pedagógica, echa a perder el mejor propósito y es causa fundamental de errores de enseñanza; en tanto que si tiene por condición permanecer siempre accesible y ser constantemente penetrable, los niños la soportan celebrándola, porque ennoblece su espíritu formándoles su gusto literario y artístico. La acción de las lecturas en esta forma, es continua, nunca pierde su interés, ya que cumple con aquel principio de psicología experimental que ha servido de base para grandes innovaciones pedagógicas, “de la penetración de lo parcialmente inteligible”, que debe exigirse a todo el material pedagógico; y no sucederá, como ahora con las lecturas escalonadas, que su acción es momentánea, perdiendo su interés de un día para el otro, no educando por consecuencia y obstruyendo el desarrollo mental del niño; pues los libros exclusivamente para niños, les parece a ellos mismos demasiado pueril lo que contienen, la inteligencia del niño descubre con frecuencia algo que no le agrada en esa afectada simplicidad de los textos, les ocurre exactamente lo que nos pasaría a nosotros con libros que nos fueran hechos para nuestra edad y profesión.

Los libros de lectura para escuelas son obras en que falta inspiración, y aunque la tuvieran, por ser hechos por inteligencias eminentes, pierden su carácter por el solo hecho de ser textos, estando, por este motivo, dentro de cierto radio.

El idioma español se pronuncia generalmente como se escribe. Desde el momento que el niño después de su primer año de escuela debe dominar los fundamentos de la lectura

mecánica, la práctica de continuar obligándolo a que use textos para aprender a leer durante los años sucesivos de escuela, obliga a su espíritu a que se mantenga dentro de cierto plan mental, hecho condenado por las investigaciones psicológicas, en las que se basan los métodos pedagógicos modernos, ya que generalmente esos libros los forman lecturas peptonizadas.

La existencia de esos libros tiene su explicación en aquellos países cuyo idioma se escribe en una forma y se pronuncia en otra distinta; pero entre nosotros, ha resultado una imitación servil de los métodos sajones. Por consiguiente, desde el momento que el niño ha cursado su primer año escolar, habiendo aprendido a leer, esta Secretaría considera conveniente, que las prácticas sucesivas de lecturas, en los años posteriores de escuelas, se hagan en ediciones de clásicos apropiadas a su edad, para lo que desde luego se procederá a formar un libro. Estas lecturas, al mismo tiempo que perfeccionarán al niño en este ejercicio mucho mejor que lo hacen los malos textos de lectura usados hasta ahora, servirán manteniendo siempre su interés, para formar su gusto literario y artístico, puesto que desde una edad temprana, habrán estado en contacto con espíritus verdaderamente superiores, no dándose el caso, como sucede ahora, que hay jóvenes que llegan a adquirir un título profesional y en ninguna ocasión de su vida han leído un verdadero libro.

BJG

[Ciudad de México, 1924]



GRECIA





CUENTOS
MITOLÓGICOS





HERACLES O HÉRCULES

Heracles o Hércules era hijo de Zeus,¹ rey de los dioses, y de Alcmena. Tenía porte extraordinario, el cuello grueso, la cabeza pequeña y los cabellos cortos y crespos. Como Sansón entre los hebreos, había sido dotado del don de la fuerza, para gloria de los dioses y admiración de los hombres.

Durante todo el día de su nacimiento, resonaron los truenos en Tebas, su patria. Alcmena tuvo gemelos, cuando se hallaban en la cuna, dos serpientes cayeron sobre los niños: el otro hermano se llenó de miedo; pero Hércules las despedazó con sólo sus pequeños brazos. Ésta fue su primera hazaña.

Se cuenta que alguna vez fue amamantado por la diosa Hera² y que el niño mordió con tanta fuerza el seno, que la leche se derramó por el cielo, formando la Vía Láctea o Camino de Santiago...

La educación de Hércules fue completa: aprendió la lucha, la carrera de carros, el manejo del arco, la música, la gimnasia, la

¹Júpiter o Zeus.

²Juno o Hera.

astronomía, y sólo al tocar la lira tuvo un fracaso, porque desafiaba feamente... Al reprenderlo el maestro por la falta de delicadeza de su oído, Hércules le aventó el instrumento, mántandole de un golpe.

Era muy comilón, y una vez que viajaba, se acercó a un campesino, a pedirle parte de su comida. Le fue negada; entonces Hércules desunció uno de los bueyes de la yunta con que araba el labriego, y lo devoró entero.

Era también gran bebedor, y cargaba un cubilete, con cuyo peso apenas podían dos hombres, pero que él levantaba hacia su boca con una sola mano...

Al entrar en la juventud, Hércules se fue a un lugar solitario a meditar en cómo decidiría de su vida. El Valor y la Pereza fueron a buscarlo en la soledad, invitándole cada uno a que le dedicase su juventud. Eligió al primero, a pesar de los placeres con que le incitaba la otra.

La diosa Juno no lo amaba, y aconsejó a Euristeo que le encomendase las empresas más duras, a fin de quebrantar sus fuerzas. Ellas han sido llamadas “los 12 trabajos de Hércules”. Fueron todos difíciles y hasta maravillosos; los más dignos de alabanza son estos:

TRABAJOS DE HÉRCULES

Un león devastaba los bosques de Nemea, en el sur de la Grecia. La bestia vivía en una caverna con dos entradas y su prodigio era que no podía ser herido.

El gigante cubrió una de las salidas, e internándose por la otra, llegó hasta el animal y lo ahogó entre sus brazos.

En una ciénaga de Lema, vivía la Hidra, monstruo de innumerables cabezas, que parecía un árbol viviente. Era el terror de la región porque devoraba a los animales y a los hombres, y si éstos al defenderse le arrancaban una de las cabezas, ella le retoñaba al punto. De este modo, no había manera de aniquilarla.

Llegó Hércules hasta ella y le disparó flechas quemantes; se enroscó la Hidra a sus piernas, paralizándolo para el combate. Hércules fue entonces cortándole las infinitas cabezas, y a cada herida aplicaba un cauterio ardiendo. Así le dio muerte. Con la ponzoña del monstruo, hizo mortales desde entonces las puntas de sus flechas.

En la Arcadia vivían las aves Stinfalidas, que tenían plumas de acero, y cuando eran atacadas, se defendían disparándolas como flechas. Hércules lanzó las suyas, emponzoñadas, e hirió de muerte a las aves funestas.

La diosa Diana³ había dado muerte a cuatro ciervas espléndidas que hacían maravillosos los bosques por donde cruzaban, pues sus cuernos eran de oro. Pero quedaba una, desesperación de los cazadores. Hércules al verla vadear un río, enderezó su arco hacia ella y le dio muerte. Diana le encontró cuando la cargaba a sus espaldas, y le reconvino, un poco celosa de semejante hazaña.

El rey Augias tenía rebaños tan inmensos, que sus establos inficionaban el aire de la región con el estiércol amontonado durante muchos años.

³Diana o Artemisa.

Euristeo señaló al gigante el inmenso trabajo de limpiarlos. Hércules, no queriendo trabajar sumergido en la inmundicia, desvió el curso de un río, haciéndolo pasar por los establos, que en unos días quedaron purificados.

El rey Diomedes tenía fama de que hacía desaparecer a cuantos extranjeros le pedían hospedaje. Esto era porque poseía cuatro caballos prodigiosos, que tenían las crines de bronce y sólo se alimentaban con carne humana. Diomedes, para conservarlos, hacía el sacrificio de sus huéspedes.

Hércules descubrió la iniquidad del rey, y dio muerte a él y a los cuatro corceles bronceos.

Euristeo buscaba a Hércules todavía una empresa imposible, y así, le exigió que fuese a robar las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides, guardadas por terrible dragón.

Según dicen algunos, Hércules hizo que verificase el robo el gigante Atlas, que sostenía el peso del mundo sobre sus espaldas, y mientras tanto, soportó él a la Tierra. Según otros, fue Hércules mismo quien despedazó al dragón que custodiaba el Jardín, cogiendo tranquilamente las frutas milagrosas, que resplandecían como una constelación sobre su pecho, cuando iba huyendo...

El duodécimo trabajo dado por Euristeo fue arrancar a Cerbero de la entrada de los infiernos. El horrible Can tenía el cuello erizado de serpientes; como la Hidra, poseía muchas cabezas, y con cada una de las fauces abiertas ladraba a los condenados que querían escaparse, y si conseguía morderles, entraban sus dientes agudos hasta el tuétano de los huesos, causando espantoso dolor. El cuerpo del Can era tan venenoso, que de haber babeado las hierbas de la Tesalia, las volvió

tóxicas y sólo sirvieron desde entonces para los maleficios de las hechiceras.

Le venció Hércules.

Uno a uno fue Hércules cumpliendo los trabajos que le imponía el perverso Euristeo, aconsejado de Juno; a cada nuevo encargo, pensaba éste que el gigante sería devorado por los monstruos; pero salía vivo, y hasta más fuerte y hermoso de cada hazaña, porque el valor rejuvenecía sus músculos y brillantaba sus ojos.

Hizo, además de éstas, otras proezas: acabó con los Centauros, dio alivio a Prometeo, desprendiendo de su costado sangriento el buitre que lo devoraba, y hasta pudo herir a Hades (Plutón) en la misma morada de los muertos, a la que alcanzó a llegar.

Un día enderezó su arco contra el Sol, que enardecía salvajemente su espalda, y el astro, asombrado de su temeridad, le regaló una copa de oro.

Por su fama de triunfador de bestias y de hombres, ya no tenía en los juegos olímpicos quien quisiera disputarle el premio, y el propio Zeus, su padre, descendió a pelear con el gigante. Lucharon largamente; el combate no se decidía, puesto que Hércules estaba en frente ni más ni menos que del rey de los Dioses. Entonces, conmovido Zeus, reveló su nombre, entre el estupor y la alegría de todo el pueblo.

LA MUERTE

Aunque la vida de Hércules había sido magnífica, recibió tremenda muerte.

Una de sus esposas, Deyanira, loca de celos porque Hércules amaba a otra, se unió al centauro Neso, que también le odiaba, y mandó a su esposo una túnica teñida con la sangre del centauro. Ella creía que este vestido mágico sólo dejaría al gigante más tranquilo y fiel a ella; pero en cuanto Hércules la puso sobre su cuerpo, el lienzo se apegó, confundiéndose con la carne y penetrándola del veneno de que estaba impregnado. Hércules, exasperado de dolor, se echó sobre una hoguera, para darse muerte rápida.

Subió al Olimpo, donde los inmortales, que le habían visto realizar trabajos casi divinos, le dieron sitio entre los semidioses.





PROMETEO

Prometeo era hijo del Titán Japeto y de la Tierra. Se le consideraba digno de ser admitido en el Olimpo y de tomar parte en las discusiones de los dioses; él amaba a los hombres y llevó la voz de éstos, que eran desgraciados, hacia el cielo.

Solía descender, y andaba entre los hombres a quienes enseñó la manera de contar el tiempo, la ciencia de los números, el alfabeto, la navegación y hasta la medicina: todas las artes.

Pero los hombres no conocían el fuego sino en la forma del rayo y del Sol, y sin el fuego, su comida brutal consistía en las carnes crudas; no podían trabajar los metales, ni tener tampoco la llama encendida en el fondo de sus casas, como una amiga maravillosa. Los dioses, que no amaban a los hombres, se habían reservado “la flor roja”, que es amorosa y civilizadora.

Prometeo, dispuesto a hacer del hombre otra cosa mayor, se acercó, temerario, a la rueda del Sol, y encendiendo en ella su antorcha corrió a traerla a la Tierra.

El castigo vino pronto contra Prometeo, pues los dioses burlados, a su vez burlaron al Titán de este modo: enviaron

al mundo a Pandora, con una caja sellada, que contenía todos los males. La recibió un hermano de Prometeo, y al abrirla, las calamidades salieron volando desde la caja y se repartieron por sobre el mundo. Dañados los hombres, vino la expiación del amigo de los hombres: sujeto con cadenas de bronce, hincadas en una roca del Cáucaso, Prometeo quedó abandonado a los buitres. Sus gemidos resonaban en las grutas de la montaña, y sus ojos sólo miraban en torno la impiedad de los riscos y la indiferencia del cielo. Prometeo no se humilló a los dioses, y con grandes gritos mostraba a Zeus su maldad, sin pedirle misericordia. Zeus, irritado por la rebeldía de un simple Titán, cambió su suplicio por otro peor: le hizo descender hacia el Tártaro; después fue atado de nuevo a la roca, por tiempo incalculable. Un águila o un buitre, abría desgajándolas, sus entrañas, y éstas retoñaban a cada golpe del tremendo pico.

Los dioses no se apiadaron; pero Hércules, que era generoso sin ser divino, mató con sus flechas al ave, libertando al héroe.

La cautividad del fuego, que hasta entonces había corrido libre por el cielo, mudó la vida de los humanos: creó la casa; los metales derretidos fueron trabajados como el barro, y nacieron de ellos, cuya terquedad los hacía estériles, desde las armas terribles para las fieras, hasta las joyas delicadas que llevaron las mujeres sobre su pecho o sus manos.

Desde entonces tuvo Prometeo un lugar superior al de los héroes, que son solamente hombres, y su reto contra Zeus lo aproximó a los propios dioses.



ORFEO

Algunos lo llaman hijo de Apolo, y nació en la Tracia. Era esta tierra de hombres brutales, y Orfeo aparece entre ellos para suavizar sus costumbres, con las virtudes y con la música.

Hizo muchos viajes, entre los cuales fue el más notable el de los Argonautas. La mitad de su poder le venía de la manera perfecta con que tocaba la lira, y la otra mitad, de su suave doctrina. Durante la navegación de los Argonautas, Orfeo hacía música sobre el mar, y la nave se deslizaba suavemente entre las olas felices, penetradas del ritmo; las mismas sirenas dejaron de cantar, oyendo aquella música que empañaba sus voces; los arrecifes se apartaron del casco de la nave, por no lacerarla, y hasta los marineros suspendieron sus disputas, por el embeleso del sonido, y acordaron el ritmo de sus remos con el de la lira, por no romper el encantamiento; y al llegar a la región del vellocino de oro, el dragón que guardaba éste, también se adormeció con la música, descuidando el tesoro...

Después Orfeo fue a Egipto, donde los sacerdotes le enseñaron el viaje de las almas de uno a otro cuerpo y una doctrina

de purificación; de regreso del Egipto, enseñó a sus salvajes compatriotas la expiación de la culpa y el castigo de la carne, por medio del ayuno.

Conocía la naturaleza y sabía las virtudes escondidas en las yerbas, y el arte de cultivar cada una de las especies. Pero no sólo él amaba a la Tierra, sino que la Tierra le amaba a él, y se conmovía como carne viva cuando lo escuchaba. Daba complacencia a todas las criaturas con la música, y hasta las cosas inanimadas despertaban de su sueño y entraban en el hechizo. Los ríos paraban su corriente; los pájaros acudían, hasta oscurecer el cielo; los animales feroces tenían movimientos dulces, y los bosques danzaban con la misma agilidad de las ninfas, en torno suyo.

De vivir entre los árboles, se mezcló con las ninfas y dio su amor a una de ellas: Eurídice. La desposó, pero un rival quiso arrebatarla; la ninfa, huyendo, fue picada por una serpiente y cayó muerta.

Inconsolable, bajó a buscarla al Reino de los muertos. Y el encantamiento que seguía sus pasos, se hizo también en el mundo sombrío.

Sísifo pudo suspender su martirio y a Tántalo le abandonó por unos momentos la horrible sed. Los reyes de la morada de las sombras, Hades y Perséfone, ganados por la piedad, aceptaron devolverle a Eurídice; pero recomendando a Orfeo que no volviese atrás la vista hasta después de haber abandonado el antro.

Iba saliendo de los infiernos Orfeo, seguido de su esposa, mas tenía tal ansia de mirarla, que volvió la cabeza, vio un instante a su esposa y la perdió para siempre.

Orfeo murió víctima de las Ménades, que dispersaron los miembros de su cuerpo por el campo y arrojaron su cabeza a un río. Se detuvo ésta en una isla, y allí quedó la boca del cantor, desprendiendo melodías como cuando estaba viva, y la lira misteriosa fue arrebatada hacia el cielo, donde formó la constelación que lleva ese nombre.

ORFEO ENCANTANDO A LOS ANIMALES

PAUL FORT

El alba acarició el monte volviéndolo de plata. Y cuando al penetrar en la selva dormida descubrió el césped de los claros, fue como si un mar sin oleaje descubriera los esplendores de un tesoro sumergido.

Sobre el monte argentado, en esa alba, Orfeo cantó:

Y en la selva despierta, sobre el follaje susurrante, se alzó un concierto de voces que brotaron de los arroyos o de las sendas bajo los árboles, y que subían claras a las cimas.

La voz del león llegó hasta la lira de Orfeo.

El león apareció lentamente con la aurora, y se acercó rugiendo.

El Cantor estaba de pie frente a él y frente a la aurora con la lira brillante entre los dedos, bello y sin miedo.

Y, arrastrándose sobre las piedras, el león escuchó.

La voz del hombre y la de la lira cantaban, confundidas, la hora que subía al cielo brillante. Y el león vino a lamer las sandalias del hombre cuyo canto ascendente parecía la voz del Tiempo.

Y vinieron todos y fueron encantados.

El tigre se estiraba largo como una hierba larga y saboreaba el sonido como la hierba saborea el viento.

El orangután, pensativo, con la frente sobre su bordón, dejaba correr la baba de plata.

Vinieron en gran número y todos fueron encantados.

El oso danzaba como una roca que se bambolea, rimando la pendiente a saltitos. Sobre una peña roja de aurora, como una lira en el puño de un hombre, como una lira de cuerdas negras, se empinaba una joven cabra.

Vinieron en multitudes y todos fueron encantados.

El elefante todo oídos, dejaba a las brisas frescas hinchar las largas velas de sus orejas, y avanzaba soñadoramente y con tanta dulzura como un bajel sobre un río dormido.

El pavo real se hinchaba o se afinaba siguiendo el son.

Vinieron los soberbios y los tímidos y todos fueron encantados.

La gacela desmayada parecía no oír ya; pero lloraba lágrimas felices tejiendo su ensueño al filo de la melodía. ¡La bella y dulce, y tierna gacela amorosa!

Vinieron de cercanas y lejanas selvas, de desiertos y de llanuras.

El uro y el carnero, el búfalo y el unicornio se rozaban, como embriagados, con sus cuernos. Un monito que chupaba una naranja imprimía a sus ancas dulce balanceo.

Vinieron del oriente y del occidente. De todas partes, aun del cielo.

Guirnaldas de palomas desmayadas sobre el cuello de las águilas y horizontes de abejas incrustadas de brillantes abejorros; todo el alfabeto de las golondrinas y “el sueño de grandes ojos” del búho persiguiendo a un colibrí fantástico.

La tierra y la arena enviaron sus embajadas.

El cangrejo y la araña, con su airecito sagaz y sus ajillos vivos, llevaron sus virtudes.

Dos boas ayuntadas hicieron en el espacio con un rayo de sol, un caduceo gigantesco.

Vinieron los pesados y los esbeltos.

¡Oh, la jirafa! ¡qué aire de gracia, qué gran aire! Escuchaba con los ojos muy altos bajo las pestañas; y el pingüino juraba con una pata levantada que no había visto nunca nada más bello.

Una nube de catarinitas apresaba el viento.

Un caracol rojo esplendía; el lagarto friolento titilaba; cerca del agua la rana reflejaba la luz y era sólo tres chispas en el diamante de la roca.

Vinieron en el aire azul; salieron de las piedras.

Las moscas hacían en el espacio una columna; una avispa tocaba su trompetilla; y había en torno un rumor ligero como el de un pequeño juicio final.

Vinieron de todas partes, aun del mar.

¡Llegó la ballena!, ¡la ballena misma! Vino por el mar Mediterráneo; un río la arrancó cual un banco de arenques que arrastra hacia Orfeo la armada de los caimanes. Oíd su corazón que late al compás del sonido.

Y resucitaron del fondo de la leyenda.

Saliendo del huevo de oro del Sol, las alas negras del Roc se tendieron lentas en las profundidades azules. Se vio en la polvareda de una onda de esmeralda y fuego, alzarse del Tártaro la sombra de Leviatán.

Vinieron de los Infiernos, de las Estrellas, de todas partes, seres desconocidos aun de los dioses.

De pronto, habiendo enmudecido Orfeo, el león rugió... Había visto en la sombra azul de un valle a un pastor con un rebaño, su caballo y su perro, que parecía no haber oído el puro canto divino que hablaba al instinto.

Orfeo arrojó su lira que lloraba.

Pero en el mismo instante se vio a la Flora entera, más tarda para moverse al acento del Cantor, estremecerse en la llanura, trepar hacia las cimas y cubrir bajo el cielo, sus nieves eternas.

Los árboles helados se empavesaron de flores.

Orfeo cantó sin lira la belleza de la Flora. Y las flores embrujadas, cautivas del canto, se desprendían de las ramas como mariposas vibrantes, para fijarse, vueltas estrellas, en su frente.

¡Orfeo volvió a tomar la lira! Y las rocas lloraron fuentes de júbilo al oír su voz.

Y se vio, ¡divino prodigio!, el horizonte flotar cadencioso, mecer sus brumas descubriendo los montes en los sonidos, velándolos en las pausas.

Orfeo cantó al día, cantó al sol. Y el cielo, detenidas las nubes, escuchaba, y el rayo, encantado, escuchaba en el seno profundo de la borrasca escondida.

Cuando la noche cayó sobre Orfeo, los árboles, las bestias, las nubes, en las rocas y en el aire, oscilando y rodando, sintieron en su fuga que la Tierra embriagada giraba, giraba más de prisa...



DEMÉTER O CERES

Tenía porte elevado y digno, el cutis rojo de soles, el pecho fuerte, la túnica color de trigo caía hasta sus pies, y en las estampas la figuraban con dos niños sobre el seno, como signo de la abundancia que daba a la Tierra. Fue su flor la adormidera, por brotar en los trigales, y también porque le fue dada para que olvidase su dolor.

Se desposó con Júpiter,⁴ y tuvo de él a Perséfone.⁵

Cortaba un día flores en el campo con ella; Hades (Plutón) dios de los infiernos, vio sobre el horizonte la figura de las dos hermosas mujeres. Perséfone parecía un arroyo de luz, y Hades, que sólo conocía obscuridad, se lanzó sobre ella, raptándola.

Ceres no supo quién la había raptado, y anduvo toda la Tierra buscando a su hija; preguntaba por la desaparecida a los hombres, a los ríos, a las rocas, y encendió como antorcha el cráter del volcán Etna, para iluminar la noche y seguir caminando.

⁴Júpiter o Zeus.

⁵Perséfone o Proserpina.

Se burlaron de la diosa errante unos campesinos a quienes interrogó, llena de dolor, y ella, por su impiedad, los transformó en ranas. En Eleusis fue bien acogida, en mérito de su desgracia, por el rey, y para corresponderle, Deméter tomó a su cargo a su hijo Triptolemo; le dio su leche, queriendo infundirle aliento divino, y quiso purificarlo de su naturaleza mortal. Cuando el niño creció fue enseñándole con dulzura el cultivo de los campos y el amasijo del pan, e hizo más tarde para él un carro en el que recorriese la Tierra, enseñando a los hombres la agricultura.

Volvió a seguir la búsqueda de Proserpina y encontró un día sobre una fuente, flotando, el velo de la joven. Una ninfa le reveló quién era el raptor, y entonces ella fue hacia Júpiter, en demanda de justicia. Éste prometió libertar a Proserpina, siempre que no hubiese comido nada en los infiernos, es decir, que no estuviese contaminada; pero Proserpina había llevado a su boca siete granos de granada. Entonces Júpiter, por ser propicio a Deméter, consintió en que su hija pasara la mitad del año con ella, y la otra con su esposo.

Cuando Perséfone subía a la superficie de la Tierra, la dicha de su madre hacía brotar las flores de los campos y crecer la hierba: echaban brotes los árboles y venía la estación de los frutos. Pero Perséfone, llamada por su esposo, abandonaba otra vez a su madre, y entonces amarilleaba el campo, perdía nitidez el horizonte y se desnudaba el bosque, por el dolor de Deméter. La pesadumbre y la felicidad de la diosa agrícola regían, pues, a la primavera y al invierno.

Deméter tenía relación con toda la tierra cultivada: eran suyas las lindes de los campos; venían de ella las buenas

cosechas: eran como su regazo mismo las trojes y como su mirada la tierra verde. Se la llamó la Legisladora, y todas las tierras fértiles quisieron ser su patria: Sicilia, Egipto.





LA NINFA EGERIA

Había espíritus de las montañas, de los bosques y de las fuentes, que tenían la índole de las cosas que regían, y que se llamaban ninfas. Las más puras eran las ninfas de las fuentes; por ser éstas pequeñas y silenciosas, les habían sido dados espíritus femeninos. Eran solamente la soledad vuelta musa.

El sitio en donde manaba una fuente fue religioso, y a su agua no debía caer cosa impura. Las ninfas eran amadas de los campesinos, quienes hasta les hacían ofrendas de aceite, de leche y de miel.

Numa Pompilio, antes de dar sus leyes a Roma, se había retirado a una fuente, en la que tuvo la compañía de la ninfa Egeria. El rumor del agua era la voz de ésta y Numa la escuchaba como a una amiga, días y noches. Con su alma pura de contacto humano, nacieron de él las leyes perfectas que llevó a los hombres.

A la muerte de Numa, Egeria sufrió tanto que se retiró de Roma a llorarlo en los bosques muchos años.



LA NINFA ECO

Eco vivía en la corte de la diosa Juno; las musas le habían enseñado a cantar y a dar en la flauta hermosas modulaciones; hasta en la conversación su acento era muy grato de oír y ella, por lucirlo, estaba conversando siempre.

La diosa Juno, que era colérica, cansada un día de su charla, la arrojó del Olimpo; extremó su crueldad y dispuso que sólo pudiese hablar al ser interrogada.

Pero cuentan otros que Eco abandonó la corte por su propia voluntad. Amaba a Narciso, quien no tenía tiempo de mirarla, pues vivía cerca de una fuente, gozando al maravilloso reflejo de su cuerpo.

Eco huyó a las montañas a esconder su pesadumbre; su cuerpo fue enflaqueciendo hasta desaparecer, se evaporó como una fuentecilla la sangre de sus venas; la calidad de sus huesos pasó a las rocas; y se quedó vagando por las montañas, sin que desapareciera del todo su voz. Se alejó de las mesetas y de las llanuras, y fue a ocultarse en lo más hondo de las grutas, donde todavía existe. Si hay silencio y se la llama claramente, ella

responde; pero, por su tristeza, su voz se oye como rota y muy lejana.

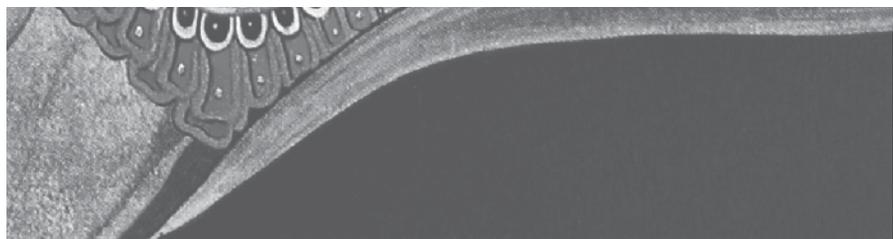
No ama a los hombres, mas suelen buscarla los niños, que la llaman con gritos, muchas veces, hasta que ella contesta desde una quebrada. La siguen y ella se va alejando más y más y se podría dar vuelta a la Tierra sin alcanzarla nunca. No es que se burle, sino que gusta de la soledad, porque recibió daño viviendo entre los hombres.





HOMERO

LA ILÍADA





LA ILÍADA

La guerra de Troya es el acontecimiento más célebre de la Edad Heroica Griega. Troya era una populosa y rica ciudad del Asia Menor y se levantaba cerca del monte Ida a orillas del Escamandro.

Príamo, rey de Troya, o Ilión, envió a su hijo Paris a la corte de un rey de la Hélade. En el camino se detuvo en la corte de Menelao, rey de Lacedemonia, se enamoró de Helena, mujer de este héroe y la raptó.

Todos los reyes amigos de Menelao y de su hermano Agamenón se dispusieron a vengar este ultraje. El relato de las batallas que en el último año del sitio (que duró 10) se realizaron, es lo que se llama *La Ilíada*. *La Ilíada* comienza con la disputa de Aquiles y Agamenón, que trajo grandes males al ejército y acaba con la muerte de Héctor; pero la guerra siguió todavía hasta que Troya fue tomada y destruida por los asaltantes.

LA CÓLERA DE AQUILES⁶

El sacerdote de Apolo, Crises, deseando redimir a su hija, se presentó ante las naves aqueas con un inmenso rescate y a todos, pero especialmente a los Atridas,⁷ caudillos de pueblos, les suplicó así:

“¡Atridas y demás aqueos! Los dioses os permitan destruir la ciudad de Príamo y regresar felizmente a la patria. ¡Poned en libertad a mi hija, venerando a Apolo!”.⁸

Todos los aqueos aprobaron que se respetase al sacerdote, mas el Atrida Agamenón,⁹ le mandó enhoramala con amenazador lenguaje. El anciano sintió temor y sin desplegar los labios fue por la orilla del mar y dirigió ruegos al soberano Apolo, el de la hermosa cabellera:

“Oyeme, tú, que llevas el arco de plata. ¡Cúmplase este voto! ¡Paguen los aqueos mis lágrimas!”.

Oyóle Apolo e irritado descendió con su arco y su carcaj. Iba semejante a la noche. Sentado lejos de las naves tiró una flecha, y el arco de plata dio un terrible chasquido. Al principio el dios disparaba contra los mulos y los perros, mas luego dirigió sus mortíferas saetas a los hombres y continuamente ardían piras de cadáveres. Durante nueve días volaron por el ejército las flechas del dios. Al décimo, Aquiles convocó a junta, porque se lo puso en el corazón Hera, que amaba a los aqueos. Acudieron y, una vez reunidos, Aquiles, el de los pies ligeros, dijo:

⁶Aquiles: Hijo de la diosa Tetis y del rey Peleo.

⁷Los reyes Agamenón y Menelao, hijos de Atreo.

⁸Apolo o Febo: Hijo de Zeus y de Latona; dios del Olimpo.

⁹Agamenón: Rey de Micenas y Corinto, hermano de Menelao.

“¡Atrida! Creo que tendremos que volver atrás yendo otra vez errantes, pues si no la guerra y la peste acabarán con los aqueos. Consultemos a un adivino o intérprete de sueños para que nos diga por qué se irritó tanto Apolo y si querrá apartar de nosotros la peste”.

Cuando hubo hablado, se levantó Calcas que conocía lo presente, lo futuro y lo pasado, y había guiado las naves hasta Ilión¹⁰ y dijo:

—“Hablaré, pero declara y jura que me defenderás, pues temo irritar a un varón que goza de gran poder entre los aqueos”. Respondióle Aquiles:

—“Ninguno pondrá en ti sus pesadas manos, mientras yo viva”.

Entonces cobró ánimo Calcas, y dijo:

“No está el dios quejoso con motivo de algún voto sino a causa del ultraje que Agamenón ha inferido al sacerdote a quien no devolvió su hija. Por eso el Flechador¹¹ nos causa males, y no nos libraré de la peste hasta que sea restituida sin rescate la doncella de ojos vivos”.

Dichas estas palabras se sentó.

Levantóse al punto el poderoso Agamenón, afligido, con las entrañas llenas de cólera y los ojos parecidos al fuego, y exclamó:

—¡Adivino de males! Jamás me has anunciado nada grato. Siempre te complaces en profetizar desgracias. Consiento en devolver a la joven Criseida, porque quiero que el pueblo se

¹⁰Ilión o Troya: Ciudad del rey Príamo y de sus hijos Héctor y Paris.

¹¹Apolo.

salve; pero preparadme otra recompensa. ¡Ved todos que se me va de las manos la que me correspondió!

Respondióle Aquiles el de los pies ligeros:

“¡Atrida codicioso! ¿Cómo pueden darte otra recompensa los aqueos? Entrega esa joven al dios y te pagaremos el triple, si Zeus¹² nos permite tomar Troya”.

Díjole en respuesta el rey Agamenón:

“Aunque seas valiente, Aquiles, no podrás burlarme. Si los magnánimos aqueos no me dan otra recompensa conforme a mis deseos, yo mismo me apoderaré de la tuya o de la de Ajax o me llevaré la de Odiseo. Mas de esto deliberaremos otro día. Ahora botemos la nave y embarquemos a Criseida, la de hermosas mejillas, y sea capitán cualquiera de los jefes: Ajax, Odiseo o tú, Pelida, el más portentoso de los hombres, para que aplaques al Flechador”.

Mirándole con torva faz, exclamó Aquiles: “¡Oh, codicioso! No hemos venido obligados a pelear contra los troyanos, pues nada nos han hecho. Te seguimos a ti para daros el gusto a ti y a Menelao¹³ de vengaros de ellos. No fijas en esto la atención y aun me amenazas con quitarme mi recompensa.

“Jamás mi botín iguala al tuyo. Aunque la parte más pesada de la guerra la sostienen mis manos, tu recompensa es siempre mayor”.

“Ahora me iré, pues lo mejor es regresar a la patria: no pienso permanecer aquí sin honra para proporcionarte ganancia y riqueza”.

¹²Zeus o Júpiter: El padre de los dioses.

¹³Menelao o Atrída: Hermano de Agamenón y esposo de Helena. Era rey de Lacedemonia.

Contestó el rey Agamenón:

—“Huye, pues no te ruego que por mí te quedes. Otros hay a mi lado que me honrarán. Me eres odioso más que ningún otro, porque siempre te han gustado las riñas y peleas. Si es grande tu fuerza, un dios te la dio. Vete a tu patria, llevándote las naves y tus compañeros. No me cuido de que estés irritado; pero te haré una amenaza: puesto que Apolo me quita a Criseida yo mismo iré a tu tienda y me llevaré a Briseida, tu recompensa, para que sepas cuán poderoso soy”.

Tal dijo. Acongojóse Aquiles y dentro de su corazón discurrió dos cosas: matar al Atrida o reprimir su furor. Mientras tales pensamientos tenia, vino Atenea¹⁴ del cielo, y le tiró de la blonda cabellera apareciéndose a él solo. Aquiles volvióse y al instante la reconoció.

Díjole Atenea, la diosa de los ojos claros:

—“Vengo del cielo a apaciguar tu cólera y me envía Hera.¹⁵ Cesa de disputar. Lo que voy a decirte se cumplirá: Por este ultraje se te ofrecerán un día triples presentes. Domínate y obedéceme”.

Envainó la enorme espada el hijo de Peleo y dijo a Agamenón:

—“¡Borracho, ojos de perro y corazón de ciervo!, irey devorador de tu pueblo! En otro caso, Atrida, éste fuera tu último insulto, pero voy a decirte otra cosa y sobre ella prestaré juramento:

“Algún día los aqueos todos echarán de menos a Aquiles, y tú, aunque te aflijas, no podrás socorrerles cuando sucumban a

¹⁴Hija de Zeus, diosa de la sabiduría y las artes llamada también Minerva.

¹⁵Hera o Juno: Esposa de Zeus.

manos de Héctor, matador de hombres. Entonces desgarrarás tu corazón por no haberme respetado”.

Así se expresó el Pelida, y tirando a tierra el cetro tachonado con clavos de oro, se sentó.

En el otro lado, el Atrida iba enfureciéndose; pero se levantó Néstor, suave en el hablar, que había visto morir dos generaciones, y dijo:

“¡Oh, dioses! ¡Qué motivo tan grande de pesar para la tierra aquea! Alegraríanse Príamo y sus hijos si oyeran las palabras con que disputáis vosotros. Prestadme obediencia, que es lo mejor que podéis hacer. Ni tú, Agamenón, aunque seas valiente, le quites la doncella, puesto que se la dieron en recompensa, ni tú, Aquiles, quieras altercar de igual a igual con un rey. Si tú eres esforzado, Aquiles, se debe a que eres hijo de una diosa; pero éste es más poderoso porque reina sobre mayor número de hombres. Atrida, apacigua tu cólera, que Aquiles es para todos los aqueos fuerte muralla en el combate”.

Respondió el rey Agamenón:

“Sí, anciano; oportuno es cuanto has dicho; pero este hombre a todos quiere dominar, a todos gobernar, a todos dar órdenes...”. Interrumpióle Aquiles:

—“Cobarde y vil podría llamárseme si cediera a todo lo que me dices... Manda a otros, a mí no me des órdenes, pues yo no pienso obedecerte. Otra cosa te diré: No he de combatir con estas manos por la doncella que me disteis; pero de lo demás que tengo en mi nave, nada podrías llevarte y si no inténtalo; pronto tu negra sangre correría en torno a mi lanza”.

Después de altercar así disolvieron la junta. El hijo de Peleo fué hacia sus naves con Patroclo y sus amigos. Agamenón botó al mar una nave y condujo a Criseida hasta ella.

Pero no olvidó la amenaza que hiciera a Aquiles, y mandó a sus heraldos:

“Id a la tienda de Aquiles y, tomando de la mano a Briseida, traedla acá y si no os la diere, decidle que iré yo mismo a quitársela”.

Contra su voluntad fueron los heraldos, y llegando a la tienda, paráronse sin decir nada; pero el héroe lo comprendió todo y dijo:

“¡Salud, heraldos! Acercaos, pues para mí vosotros no sois culpables, sino Agamenón que os envía. ¡Ea, Patroclo! Saca a la doncella y entrégala”.

Su amigo obedeció. Entonces Aquiles rompió en llanto y alejándose de sus compañeros sentóse a la orilla del mar, y dirigió a su madre muchos ruegos:

“¡Madre! ¡El poderoso Agamenón me ha ultrajado!”.

Oyóle la madre desde el fondo del mar, donde se hallaba, e inmediatamente subió como una niebla de las aguas y sentándose a su lado acaricióle la mano, y le habló así:

“¡Hijo! ¿Por qué lloras, qué pesar tienes? Habla, no me ocultes lo que piensas”.

Dando profundos suspiros, contestó Aquiles:

“Tú lo sabes, madre; socorre a tu hijo: ve al Olimpo y ruega a Zeus. Muchas veces hallándome en el palacio de mi padre oí que te gloriabas de haber evitado tú sola una desgracia a Zeus que amontona las nubes. Recuérdaselo. Abraza sus

rodillas: Quizá quiera favorecer a los troyanos y abandonar a los aqueos haciéndolos morir junto a las naves”.

Respondióle Tetis:

“¡Ay, hijo mío! Yo misma iré al Olimpo y hablaré a Zeus. Tú quédate en las naves, conserva tu cólera y no combatas. Ayer fue Zeus al país de los etíopes para asistir a un banquete y todos los dioses le siguieron; pero de aquí a 12 días volverá. Entonces acudiré y espero persuadirlo”.

Volvió Aquiles a sus naves y no concurrió más a las juntas ni cooperó a la guerra.

Tetis no olvidó el encargo de su hijo y saliendo del mar al día duodécimo subió muy de mañana al cielo. Halló a Zeus sentado en la más alta de las muchas cumbres del monte. Abrazó sus rodillas con la mano izquierda, tocóle la barba con la diestra y le dirigió esta súplica: “¡Padre Zeus! Honra a mi hijo, el héroe de más breve vida, pues el rey Agamenón lo ha ultrajado. Véngale tú, Zeus Olímpico, concediendo la victoria a los troyanos hasta que los aqueos den satisfacciones a mi hijo y le colmen de honores”. Zeus que amontona las nubes agitó la divina cabeza en señal de asentimiento, y Tetis saltó al profundo mar.





LOS COMBATES-LA SALIDA

Los aqueos promovieron gran clamor como cuando las olas baten un elevado risco y soplan los vientos en encontradas direcciones. Luego levantándose se dispersaron por las naves, encendieron lumbre en las tiendas y ofrecieron sacrificios a los dioses para que los librasen de morir en la batalla.

Agamenón inmoló un buey de cinco años a Zeus que reina en el Olimpo, habiendo llamado a su tienda a los principales caudillos de los aqueos: A Néstor,¹⁶ a Ajax,¹⁷ a Idomeneo,¹⁸ a Diomedes¹⁹ y a Odiseo.²⁰ Espontáneamente se presentó Menelao porque sabía lo que su hermano estaba preparando. Colocáronse todos alrededor y tomaron harina con sal. Y puesto en medio Agamenón oró, diciendo:

“¡Zeus gloriosísimo! Que no se ponga el sol ni sobrevenga la noche antes que yo destruya el palacio de Príamo, entregándolo a las llamas y rompa con mi lanza la coraza de Héctor”.

¹⁶Rey de Pilos.

¹⁷Rey de Salamina.

¹⁸Rey de Creta.

¹⁹Rey de Argos

²⁰Rey de Itaca.

Hecha la rogativa y esparcida la harina con sal, cogieron las víctimas por la cabeza y las degollaron. Pero Zeus, no oyó su súplica.

Al momento Agamenón dispuso que los heraldos llamaran a la batalla y los aqueos se reunieron prontamente. El Atrida y los reyes hacían formar a los guerreros; Atenea ponía fortaleza en sus corazones para que pelearan sin descanso, y el brillo de las armaduras de los que se ponían en marcha llegaba al cielo.

Y los que en el florido prado del Escamandro²¹ llegaron a juntarse, fueron innumerables.

A los troyanos mandábalos el gran Héctor y Eneas, el rey Asio, Pándaro y Sarpedón. Puestos en orden de batalla con sus respectivos jefes, los troyanos avanzaron gritando como aves. Los aqueos marchaban silenciosos respirando valor y dispuestos a ayudarse mutuamente.

Cuando ambos ejércitos se hubieron acercado, apareció en primera fila, Paris²² semejante a un Dios, con una piel de leopardo sobre los hombros, el corvo arco y la espada, y blandiendo dos lanzas desafió a los más valientes a que sostuvieran con él terrible combate.

Menelao, el legítimo esposo de Helena a quien Paris retenía en su palacio, le vio venir y como un león hambriento saltó del carro al suelo sin dejar las armas, ansioso de castigar al culpable. Pero Paris apenas le distinguió entre los combatientes delanteros, retrocedió al grupo de sus amigos como el que descubre un dragón en la espesura de un bosque.

²¹Río sagrado.

²²El raptor de Helena, esposa de Menelao.

Advirtiéndolo Héctor, lo llenó de injurias:

—“¡Miserable Paris, mujeriego; seductor! ¡Ojalá hubieses muerto! Te valdría más que no ser la vergüenza de los tuyos. Los aqueos se ríen de haberte creído un bravo campeón cuando fuiste a sus comarcas, porque no hay en tu pecho ni fuerza ni valor. Reuniste a tus amigos, y te trajiste de remota tierra una mujer linda que era esposa y cuñada de hombres guerreros ¡y hoy no esperas a Menelao para el combate! ... Conocerías al varón de quien tienes la bella esposa y no te valdrían los dones de Afrodita,²³ la cabellera y la hermosura cuando rodaras por el polvo. Los troyanos son muy tímidos, si no ya estarías cubierto de una túnica de piedras por los males que les has causado”.

Respondióle Paris:

“¡Héctor! Con motivo me injurias; pero tu corazón es inflexible como el hacha que se hunde en el leño. Si ahora quieres que combata detén a los aqueos y a los troyanos todos: dejadnos en medio a Menelao y a mí para que peleemos por Helena. El que venza por ser más valiente lleve a su casa mujer y riquezas, y vosotros después de jurar la paz seguid en la fértil Troya, y vuelvan los aqueos a sus comarcas”.

Así habló. Oyóle Héctor con placer y corriendo al centro de ambos ejércitos, detuvo las falanges troyanas. Los aqueos le arrojaban flechas y piedras; pero Agamenón les gritó:

“No tiréis, pues Héctor quiere decirnos algo”.

Quedaron silenciosos, y Héctor, colocándose entre unos y otros, dijo:

²³Afrodita o Venus, diosa del amor.

—“Oíd, aqueos y troyanos, el ofrecimiento de Paris. Propone que dejemos las armas en el suelo, y él y Menelao peleen en medio por Helena. El que venza por ser más valiente, llevará a su casa mujer y riquezas, y los demás nos juraremos paz y amistad”.

Enmudecieron todos hasta que Menelao habló de este modo:

—“Oídme a mí. Tengo el corazón traspasado de dolor y creo que ya habéis padecido muchos males por causa mía y por culpa de Paris. Es tiempo de que nos separemos. Conducid aquí a Príamo para que sancione los juramentos”.

Tal dijo. Gozáronse todos con la esperanza de que ya iba a terminar la calamitosa guerra, y dejando las armaduras en tierra se acercaron, y Héctor despachó dos heraldos a la ciudad para que llamaran al rey.

Los heraldos encontraron al anciano Príamo cerca de la muralla, y le dijeron lo que se había acordado. Mandó el anciano que enganchasen los caballos y subiendo guió su carro por la llanura hasta el campo de batalla. Levantáronse al verlo llegar todos los reyes, hicieron los juramentos y después Príamo regresó a Ilión.

COMBATE DE PARIS Y MENELAO

Héctor y Odiseo midieron el campo y echaron suertes para decidir quién sería el primero en arrojar la lanza.

Los hombres oraban y algunos decían:

“¡Padre Zeus! Concede que quien tantos males nos causó a unos y a otros, muera, y nosotros gocemos la amistad jurada”.

Vistióse Paris una magnífica armadura, protegió el pecho con la coraza, colgó de su hombro una espada de bronce, abrazó el fuerte escudo, cubrió su cabeza con hermoso casco empenachado de crines de caballo y asió una poderosa lanza.

De igual manera armóse Menelao.

Cuando aparecieron entre ambos ejércitos mirándose de un modo terrible, aqueos y troyanos se quedaron atónitos al contemplarlos.

Paris lanzó primero la lanza y dio un bote en el escudo de Menelao Atrida sin que el bronce lo rompiera, y la punta se torció al chocar.

Disponiéndose a acometer, oró Menelao:

“¡Zeus, soberano! Permíteme castigar al que me ofendió, para que los hombres venideros teman ultrajar al que les diere su amistad!”.

Su lanza atravesó el escudo de Paris, se clavó en la coraza y rasgó la túnica; pero el troyano, inclinándose, evitó la muerte.

El Atrida desenvainó la espada, pero al herir a su enemigo se le rompió en tres pedazos. Entonces lo cogió por el casco, y lo arrastró hacia los aqueos, medio ahogado por la correa, y lo hubiera llevado consigo hasta su tienda, consiguiendo enorme gloria, si no le hubiese advertido Afrodita, hija de Zeus, quien rompió la correa dejando el casco vacío en la mano de Menelao. De nuevo atacó el Atrida a Paris para matarlo con la lanza, pero entonces Afrodita lo arrebató envuelto en densa niebla, y se lo llevó hasta el palacio.

Y Menelao se revolvía entre la muchedumbre, como una fiera, buscándolo.

Entonces Agamenón dijo:

“¡Oíd, troyanos y aqueos! La victoria quedó por Menelao. Entregadnos a Helena y pagad una indemnización que sea justa”. Y todos los aqueos aplaudieron.





LOS TROYANOS ROMPEN LA TREGUA

Pero Zeus, que quería honrar a Aquiles, dispuso que los troyanos, contra lo jurado, volvieran a atacar a los aqueos.

Atenea transfigurada en varón penetró hasta el ejército e incitó a un troyano para que disparase sus flechas contra Menelao. Rechinó el gran arco en las manos del guerrero, crujió la cuerda y la flecha se clavó en el cinturón del Atrida y rompiendo la coraza rasguñó la piel e hizo brotar la sangre.

Estremecióse el rey Agamenón al verlo, pero como advirtiera que quedaban fuera el nervio y las plumas, recobró el ánimo y asiendo la mano de Menelao, dijo:

“Hermano, te han herido pisoteando los juramentos; pero si el Olímpico no los castiga ahora, lo hará más tarde y pagarán cuanto hicieron. Día vendrá en que perezca la sagrada Ilión y Príamo y su pueblo”.

En seguida recorrió veloz las filas de los guerreros, excitándolos a la pelea, y diciendo:

—“¡Aqueos, no desmaye vuestro valor, Zeus no protegerá a los pérfidos; han faltado a sus juramentos y sus carnes se-

rán pasto de los buitres, y nosotros nos llevaremos sus riquezas cuando tomemos la ciudad!”.

Como las olas impelidas por el viento, primero se levantan en alta mar, braman después al romperse en la playa, suben a lo alto y escupen la espuma, así las falanges de los aqueos marchaban al combate.

Los caudillos daban órdenes y los guerreros avanzaban callados.

Los troyanos se acercaban también y un confuso vocerío elevábase de entre ellos. A éstos los excitaba Ares, a los otros Atenea y a ambos la Discordia y el Terror.

Cuando los ejércitos volvieron a juntarse, chocaron entre sí y se produjo gran tumulto. Se oían simultáneamente los lamentos de los heridos y los gritos jactanciosos de los matadores, y la tierra manaba sangre. Cuando Odiseo y Ajax entraron al combate arredraronse los combatientes delanteros y Héctor mismo. Entonces Apolo, que presenciaba los combates, excitó a los troyanos, diciendo: “¡Acometed, hijos de Príamo! No cedáis en la batalla, que no pelea Aquiles, hijo de Tetis, el más valiente de los hombres”.

Entonces Palas Atenea infundió gran valor a Diomedes y al Atrida Agamenón y a Menelao, y muchos troyanos murieron. Pero Ares enardeció a Héctor que, blandiendo un par de afiladas picas, recorrió el ejército y promovió terrible pelea. Cubrió el campo Ares de espesa niebla para socorrer a los troyanos, que a todas partes iba manejando una lanza enorme, y su furor era insaciable.

ATENEA HIERE A ARES EN EL COMBATE

Cuando Hera vio que los troyanos capitaneados por el dios mataban a muchos aqueos, dijo a Atenea:

—“¡Hija de Zeus! Vana será la promesa que hicimos a Menelao de que no se iría sin destruir Troya, si dejamos que Ares ejerza su furor”.

Al punto Atenea se armó para la guerra. Cubrió su cabeza con áureo casco y asió la lanza poderosa con la que la hija del prepotente Padre destruye filas enteras de héroes.

Hera, tomando el aspecto de un guerrero, descendió y dijo a los aqueos:

—“¡Qué vergüenza, aqueos, hombres sin dignidad! Mientras Aquiles asistía a las batallas, los troyanos amedrentados no pasaban de sus puertas, y ahora combaten lejos de la ciudad y junto a las naves!”.

Con tales palabras los excitó a todos.

Atenea, la diosa de los brillantes ojos, fue en busca de Diomedes y le halló junto a su carro refrescando una herida que un arquero le causara. La diosa le dijo:

— “¡Diomedes, carísimo a mi corazón! No temas a Ares ni a ninguno de los inmortales dioses. Tanto te voy a ayudar”.

Y subiendo al carro con él, guió los caballos hacia el combate.

Cuando Ares les vio venir se encaminó a su encuentro. Deseaba acabar con Diomedes, y le dirigió la lanza por encima de las riendas; pero Atenea la alejó del carro e hizo que diera el golpe en vano. A su vez Diomedes atacó a Ares y la pica, dirigida por la diosa, hiriólo.

Ares clamó como gritarían nueve o 10 mil hombres en la guerra. Temblaron amedrentados aqueos y troyanos y el dios, cubierto por una niebla, se dirigió al cielo, donde Zeus mandó que lo curaran.

COMBATE ENTRE HÉCTOR Y AYAX

Inspirado por Apolo que deseaba que la victoria fuera para los troyanos, entró Héctor corriendo con la lanza cogida por en medio, detuvo las falanges enemigas y, puesto entre unos y otros, dijo:

“¡Oídmme, aqueos y troyanos! Entre vosotros se hallan los más valientes aqueos. Aquel que quiera combatir conmigo que se adelante. Propongo lo siguiente y Zeus sea testigo:

“Si logra quitarme la vida, despójeme de mis armas y lléveselas a las naves y entregue mi cuerpo a los míos, y si yo le matare, me llevaré sus armas a la sagrada Ilión, las colgaré en el templo de Apolo y enviaré su cadáver a los navíos”.

De este modo se expresó. Todos enmudecieron, pues, por vergüenza, no rehusaban el desafío, y por miedo, no se decidían a aceptarlo. Al fin Menelao exclamó de esta manera:

“¡Ay de mí, aqueos! Grande será nuestro oprobio si no sale alguno al encuentro de Héctor. Ojalá os volvierais agua y tierra allí donde estáis sentados, hombres sin honor. Yo seré quien me arme y luche, pues la victoria la conceden desde lo alto los dioses”.

Dicho esto, empezó a ponerse la armadura. Pero Agamemón asióle de la mano, exclamando:

“¡Deliras, Menelao! No quieras luchar con un hombre más fuerte que tú, con Héctor, que a todos amedrenta y cuyo encuentro causaba horror al mismo Aquiles. Siéntate con tus compañeros y los aqueos harán que surja otro campeón”.

Levantóse entonces Néstor, el viejo, e increpó duramente al ejército. Y nueve en punto se presentaron. Acudió Agamenón, luego Diomedes, Ajax, Idomeneo, el divino Odiseo y otros.

Echaron suertes y salió Ajax. Armóse al punto y tan terrible entró al combate que los aqueos se regocijaron y al mismo Héctor palpitóle el corazón en el pecho.

Blandiendo la enorme lanza, arrojóla contra el escudo de Ajax y la fuerte punta lo horadó, pero en la última capa quedó detenida. Ajax tiró a su vez un bote en el escudo liso de Héctor, y el arma atravesándolo se hundió en la coraza y rasgó la túnica, pero el héroe, inclinándose, evitó la muerte. Arrancando ambos las lanzas acometiéronse de nuevo. Ajax hirió en el cuello a Héctor. Mas no por eso cesó éste de combatir. Cogió con su robusta mano una piedra y la tiró contra el enemigo haciéndolo vacilar. Éste cogió una mucho mayor y la despidió con fuerza inmensa. La piedra dobló el borde del escudo de Héctor y, chocando con sus rodillas, lo tumbó de espaldas. Pero Apolo lo puso en seguida de pie.

Helios descendía ya y los heraldos suspendieron el combate, y ambos héroes se separaron haciéndose magníficos regalos, sin que la victoria quedara para ninguno, pues eran igualmente fuertes.



COMBATE JUNTO A LAS NAVES

Eos se esparcía por la tierra cuando Zeus reunió la junta de los dioses en la más alta de las cumbres del Olimpo, y les habló así:

“¡Oídmе todos, dioses y diosas! El que intente socorrer a los aqueos o a los troyanos, volverá afrentosamente al Olimpo, o, cogiéndolo, le arrojaré al Tártaro, en lo más profundo debajo de la tierra”.

Todos callaron asombrados, y Atenea dijo:

“¡Padre nuestro, el más excelso de los dioses! Bien sabemos que tu poder es incontrastable, pero tenemos lástima de los aqueos que morirán”.

Sonrióse Zeus, unció los corceles de pies de bronce, y subió al carro. Los caballos emprendieron el vuelo entre la tierra y el cielo, y llegaron a la cima del monte Ida desde donde se puso a contemplar la ciudad troyana y las naves aqueas.

Los aqueos se desayunaban apresuradamente, y, en seguida, tomaron sus armas. Los troyanos se armaban también dentro de la ciudad. Cuando los dos ejércitos llegaron a juntarse, se

produjo un gran tumulto. Al amanecer, los tiros alcanzaban por igual a unos y otros, y los hombres caían. Cuando el sol hubo recorrido la mitad del cielo, Zeus, para saber a quién estaba reservada la dolorosa muerte, cogió por el centro la balanza y tuvo más peso el día fatal de los aqueos.

Entonces el padre de los dioses tronó fuerte desde el Ida y envió una ardiente centella a los aqueos, quienes al verla no se atrevieron ya a permanecer en el campo, ni Agamenón, ni Ajax, ni Idomeneo.

Néstor dijo a Diomedes, que combatía cerca de Héctor:

“Tuerce la rienda a los caballos. Hoy Zeus da la victoria a los troyanos, y ningún hombre puede impedir sus propósitos”. Tal dijo. Diomedes estaba indeciso. Tres veces se le presentó la duda en el corazón y tres veces Zeus tronó sobre el monte para anunciar el triunfo de los habitantes de Ilión.

Y Héctor los animaba diciendo:

“¡Troyanos! Sed hombres, mostrad vuestro valor. Zeus envió la perdición a los aqueos; los débiles muros que construyeron para proteger sus naves no podrán contener mi arrojo, pues los caballos salvarán fácilmente el foso. Cuando llegue a las naves, traedme el voraz fuego para que las incendie y mate junto a ellas a los aqueos aturdidos por el humo. Seguid adelante, para ver si nos apoderamos del escudo de Néstor, que es todo de oro, y le quitamos a Diomedes la labrada coraza. Creo que si hacemos estas cosas, los aqueos se embarcarán esta misma noche en sus naves”.

Así habló, vanagloriándose. El espacio que había entre los bajeles y el muro, llenóse de carros y de hombres que

retrocedían, y Héctor, igual a Ares, hubiese pegado fuego a las naves, de no haber sugerido Hera a Agamenón que animara a los aqueos.

Subió el atrida a la nave de Odiseo, que estaba en el centro, para que lo oyeran por ambos lados hasta las tiendas de Ajax y de Aquiles, que estaban en los extremos. Y, con voz penetrante, gritaba a los aqueos:

“¡Qué vergüenza, aqueos, hombres sin dignidad! Nos gloriábamos de ser valientísimos y que cada uno haría frente en la batalla a 100 y a 200 troyanos!... ¡Ahora ni con uno podemos!

Y Héctor pegará fuego a las naves. ¡Padre Zeus! Cúmpleme este voto: déjanos escapar y librarnos de este peligro, y no permitas que los troyanos maten a los aqueos”.

El Padre, compadecido de verle derramar lágrimas, le concedió que su pueblo se salvara y no pereciese, y en seguida mandó un águila, la mejor de las aves agoreras, que tenía en las garras un hijuelo de cierva y lo dejó caer al pie del altar donde los aqueos ofrecían sacrificios al dios. Cuando éstos vieron el ave enviada por Zeus, sólo pensaron en combatir de nuevo. El primero en resistir el ataque, fue Diomedes, luego los atridas Ajax e Idomeneo. Teucro, el mejor de sus arqueros, envió muchas flechas contra Héctor y mató a varios grandes guerreros; pero Héctor se le escapaba siempre. Por fin, el jefe troyano acertó a darle con una gran piedra cerca del hombro donde la clavícula separa el cuello y las heridas son mortales, y le rompió el nervio.

El Olímpico excitaba siempre el valor de los troyanos, que hicieron retroceder a los aqueos más allá del foso. Héctor iba

delante haciendo gala de su fuerza, y perseguía a los aqueos matando al que se rezagaba, y todos huían espantados. Cuando atravesaron la empalizada del foso, muchos sucumbieron a manos de los troyanos. Los que pudieron escapar no pararon hasta las naves, y allí se animaban unos a otros y, con los brazos levantados, oraban a todos los dioses.

Hera, compadecida de los aqueos, dirigió a Atenea estas palabras:

“¡Oh Dioses! ¡Hija de Zeus! ¿No nos cuidaremos de socorrer, aunque sea tarde, a los aqueos moribundos? Perecerán por el arrojado de un solo hombre, de Héctor, hijo de Príamo, que causa tan gran estrago”.

Atenea dejó caer el hermoso peplo bordado, y se armó para la guerra, pero el padre Zeus, apenas las vio desde el Ida, se encendió en cólera y llamó a Iris para que le sirviera de mensajera:

“¡Anda, ve, rápida Iris! Haz que se vuelvan y no las dejes llegar a mi presencia. Lo que voy a decir se cumplirá: las derribaré del carro que romperé luego, y ni en 10 años curarán de las heridas que les produzca el rayo, para que conozca la de los ojos claros que es con su padre, contra quien combate”.

Iris, la de los pies rápidos, se levantó para llevar el mensaje y alcanzando a las diosas a la entrada del Olimpo, les transmitió la orden de Zeus.

Hera dirigió entonces a Atenea estas palabras:

“¡Oh, dioses! Mueran unos y vivan otros, cualesquiera que fueren; yo no quiero que por los mortales peleemos con Zeus”.

El padre Zeus guió su carro hasta el Olimpo y tomando asiento en el trono de oro, dijo a Hera y a Atenea:

“¿Por qué os halláis tan abatidas?”.

Atenea, aunque airada, guardó silencio, y Zeus añadió: “En la próxima mañana verás, si quieres, cómo el padre de los dioses hace gran ruina en el ejército de los aqueos porque el impetuoso Héctor no dejará de pelear hasta que junto a las naves se levante Aquiles, el de los pies ligeros”.

AGAMENÓN ENVÍA MENSAJEROS A AQUILES

La brillante luz de Helios se hundió en el océano trayendo sobre la tierra la noche oscura. Contrarió a los troyanos la desaparición de la luz; mas para los aqueos fue grata.

Héctor reunió a sus soldados en las riberas del Janto, en un lugar donde el suelo no aparecía cubierto de cadáveres, y les arengó diciendo:

“Oídme, troyanos y aliados: En el día de hoy esperaba volver a la sagrada Ilión después de destruir las naves y acabar con todos los aqueos; pero la noche los ha salvado y a los buques que tienen en la playa. Ocupémonos en preparar la cena; traed de la ciudad y de vuestras casas, pan y vino; amontonad abundante leña y encendamos muchas hogueras que ardan hasta que despunte la aurora, no sea que los aqueos intenten huir esta noche por el mar. Durante la noche hagamos guardia nosotros mismos, y mañana al comenzar del día, tomaremos las armas para trabar vivo combate junto a las naves”.

De este modo arengó Héctor y los troyanos le aclamaron, y toda la noche permanecieron en el campo, donde ardían numerosos fuegos.

Entre tanto los aqueos estaban conmovidos y asustados y aun los más valientes agobiados de insufrible pesar. El atrida iba de un lado para otro y mandaba a los heraldos que convocaran junta. Los guerreros acudieron afligidos. Levantóse Agamenón llorando como fuente profunda que desde altísimo peñasco deja caer sus aguas sombrías, y dijo:

“¡Amigos, capitanes y príncipes de los aqueos! ¡En grave infortunio envolvióme Zeus! Me prometió que no me iría sin destruir la bien murada Ilión, y ahora me manda regresar a Argos sin gloria después de haber perdido tantos hombres. Así debe ser grato al prepotente padre de los dioses. Ea, obremos todos como voy a decir: huyamos en las naves a nuestra patria, pues ya no tomaremos Troya, la de las anchas calles”.

Largo tiempo, los afligidos aqueos quedaron en silencio, mas al fin Diomedes, dijo:

“¡Atrida! ¿Crees que los aqueos son tan cobardes y débiles como dices? Si tu corazón te incita a regresar, parte; pero los demás nos quedaremos hasta que destruyamos la ciudad de Troya”.

Así habló y todos aplaudieron. En seguida Néstor se levantó, y dijo: “¡Gloriosísimo atrida! Te diré lo que considero más conveniente:

“Te llevaste a la joven Briseida, de la tienda de Aquiles; gran empeño puse en disuadirte, pero venció tu ánimo fogoso y menospreciaste a un fortísimo varón, honrado por los dioses, arrebatándole su recompensa que todavía retienes. Veamos si podríamos aplacarle con agradables presentes y dulces palabras”.

Respondióle Agamenón:

“No has mentido, anciano, al enumerar mis faltas. Obré mal, no lo niego; vale por muchos aquel a quien Zeus ama cordialmente; y ahora el dios, queriendo honrar a Aquiles, ha causado la derrota de los aqueos. Mas ya que le falté dejándome llevar por la funesta cólera, quiero aplacarle y le ofrezco siete trípodas no puestos aún al fuego, 10 talentos de oro y 12 corceles robustos, que en la carrera alcanzaron la victoria. Le daré también siete esclavas y con ellas a Briseida. Todo esto se le presentará en seguida y si conseguimos volver a los fértiles campos de Argos, será mi yerno y tendrá tantos honores como mi hijo; ofrezco darle también siete populosas ciudades situadas todas junto al mar y pobladas de hombres ricos en ganado, que le honrarán como a un Dios. Todo esto haré con tal de que deponga su cólera”.

Contestóle Néstor: “¡Glorioso atridal! No son despreciables los regalos que ofreces a Aquiles; que vayan a su tienda Fénix, Ajax y Odiseo acompañados de los heraldos, y roguemos a Zeus, que se apiade de nosotros”.

AQUILES SE NIEGA A SALVAR A LOS AQUEOS

Cuando los mensajeros llegaron a las tiendas y naves de los mirmidones, hallaron a Aquiles deleitándose con una hermosa cítara labrada. En frente, Patroclo, solo y callado, esperaba que el Pelida acabase de cantar. Entraron precedidos por Odiseo, y se detuvieron delante del héroe; Aquiles, asombrado, se alzó del asiento sin dejar la cítara y Patroclo levantóse también. Aquiles tendióles la mano, y dijo:

“¡Salud, amigos! Grande debe ser la necesidad cuando venís vosotros, que sois para mí los más queridos de los aqueos”.

Y diciendo esto les hizo sentar en sillas cubiertas de ricos tapetes, y habló a Patroclo:

“Amigo, saca el vino más añejo y distribuye copas, pues están bajo mi techo los amigos que me son más queridos”.

Odiseo llenó su copa, y dijo: “¡Salve, Aquiles! Nos sucede una gran desgracia ¡oh amado de Zeus! Y dudamos si nos será dado salvar o perderemos las naves, si tú no te revistes de valor. Los orgullosos troyanos combaten junto al muro, y dicen que, como no podremos resistirles, asaltarán las negras naves; Zeus relampaguea haciéndoles favorables señales, y Héctor, envanecido y confiado, no respeta a hombres ni a dioses. Está poseído de rabia y asegura que ha de quemar las naves y matar cerca de ellas a los aqueos. Mucho teme mi alma que los dioses cumplan sus amenazas, y que esté dispuesto que muramos en Troya, lejos de la patria tierra. Ea, levántate, si deseas salvar a los aqueos que están acosados por sus enemigos. A ti mismo te ha de pesar si no lo haces, y no puede repararse el mal una vez causado. Cede ya y deja la funesta cólera: Agamenón te ofrece ricos presentes si renuncias a ella”. Y le refirió cuanto Agamenón dijo en su tienda que le daría.

Respondióle Aquiles:

“Preciso es que os manifieste lo que pienso hacer para que dejéis de importunarme. Creo que ni el Atrida Agamenón ni los aqueos lograrán convencerme. Me quitó la dulce esposa y la retiene aún. ¿Por qué los aqueos han traído la guerra a los troyanos? ¿Por qué el Atrida reunió tan gran ejército? ¿No es

por Helena, la de hermosa cabellera? Pues ¿acaso son los Atridas los únicos hombres que aman a sus esposas? Todo hombre bueno quiere y cuida a la suya y yo amaba a la mía. Que no me tiente; le conozco y no me persuadirá. Que delibere contigo, Odiseo y con los demás reyes, cómo podrá librar a las naves del fuego enemigo. Muchas cosas ha hecho ya sin mi ayuda, pues construyó un muro abriendo a su pie un ancho y profundo foso; mas ni con eso puede contener el arrojado de Héctor, matador de hombres. Mientras yo combatía con los aqueos, jamás quiso Héctor que la pelea se trabara lejos de la muralla. Pero yo no deseo ya guerrear contra Héctor y mañana, después de ofrecer sacrificios a los dioses, botaré al agua los cargados bajeles y los verás, si quieres, surcando el mar. Decídselo así públicamente al rey Agamenón. Sus presentes me son odiosos y aunque me diera 10 o 20 veces más de lo que posee, o tanto cuanto son las arenas o los granos de polvo, ni aun así aplacaré mi enojo. No me casaré con la hija de Agamenón, aunque fuese más hermosa que Afrodita. Mi madre la diosa Tetis dice que el destino ha dispuesto que si me quedo a combatir en torno de la ciudad troyana, no volveré a la patria, pero mi gloria será inmortal, y que si regreso perderé la fama, pero mi vida será larga. Yo aconsejo a todos que se embarquen y se vuelvan a sus hogares”.

Todos enmudecieron al oírle, y Ajax, por fin, habló diciendo: “Odiseo, vámonos. No espero lograr nuestro propósito y hemos de anunciar la respuesta, aunque sea desfavorable a los que nos están esperando. Aquiles tiene en su pecho un corazón orgulloso y salvaje”.

Respondióle Aquiles: “Ajax, mi corazón se enciende en ira, cuando me acuerdo del desprecio con que el Atrida me trató delante de todos. Id y publicad mi respuesta. No me ocuparé de la guerra hasta que el hijo de Príamo llegue matando aqueas hasta las tiendas y las naves de los mirmidones y las incendie. Creo que Héctor se cuidará de combatir tan pronto como se acerque a mi tienda y a mi nave”.

Los enviados regresaron. Y Odiseo dijo a Agamenón:

“Glorioso atrida, no quiere Aquiles deponer la cólera; te desprecia a ti y a tus dones; dice que botará sus bajeles al descubrirse la nueva aurora y aconseja a los demás que se vuelvan a sus hogares”.

Largo rato duró el silencio de los afligidos aqueos. Mas al fin exclamó Diomedes:

“Agamenón, no debiste rogar al hijo de Peleo, ni ofrecerle regalos; has dado pábulo a su soberbia; dejémosle que se vaya o que se quede, ahora acostémonos y cuando aparezca Eos que se reúnan junto a las naves los hombres y los carros, y tú exhorta a la tropa y pelea en primera fila”.

Tales fueron sus palabras. Volvieron todos a sus tiendas, se acostaron y el don del sueño recibieron.

LA DERROTA

Eos se levantaba del lecho para llevar la luz a los dioses y a los hombres, cuando enviada por Zeus se presentó en las veleras naves aqueas la Discordia con la señal del combate en la mano. Subió la diosa a la nave de Odiseo y desde allí dio grandes

voces y horrendos gritos a fin de que pelearan y combatieran sin descanso.

Los troyanos pusieron también en orden de batalla, alrededor del gran Héctor y de Eneas, y el primero armado de su escudo los llevó al combate. Los aqueos y los troyanos se acometieron y mataron sin pensar en la fuga, y la pelea estaba indecisa. Agamenón entró en las filas de los guerreros y combatió con la lanza, con la espada y con grandes piedras, sin cuidarse de que la sangre caliente brotaba de su brazo, pues pronto lo hirieron. Mas así que la sangre dejó de correr, agudos dolores debilitaron sus fuerzas. De un salto subió al carro y con el corazón afligido hizo que lo llevaran a las naves y, gritando fuertemente, dijo a los aqueos:

“¡Amigos! Apartad vosotros de las naves el funesto combate, pues a mí Zeus no me permite ya combatir contra los troyanos”. Al notar Héctor que Agamenón se ausentaba, animó a los suyos:

“¡Troyanos, sed hombres y mostrad vuestro valor! El guerrero más valiente se ha ido y Zeus nos concederá la victoria”. Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Muy alentados abrieron paso y cayeron, como tempestad que viene de lo alto, sobre los contrarios.

Odiseo, famoso por su lanza, acudió para ayudar a Diomedes que había sido herido, y cuando lo hubo subido al carro, se quedó solo entre los troyanos que lo acometían por todos lados, hasta que también fue herido en un costado, y entonces retrocedió llamando a voces a sus compañeros.

Ajax vino a auxiliarlo con su escudo, fuerte como una torre, y los troyanos huyeron a la desbandada.

Como el hinchado torrente que aumentó la lluvia arrastra pinos y encinas secas, así Ajax destrozaba corceles y guerreros. Las lanzas, que manos audaces despedían contra él, se clavaban en el gran escudo o caían en el suelo delante del héroe. Idomeneo vio que Ajax estaba abrumado por los tiros y se colocó a su lado; pero Paris logró herirlo y entonces retrocedió al grupo de sus amigos para evitar la muerte. Aquiles, que desde lo alto de la nave contemplaba la gran derrota, llamó a Patroclo, su compañero, y le dijo:

“Ahora vendrán los aqueos a suplicarme y se postrarán a mis plantas; pero ve, Patroclo, y pregunta quién es el herido que saca Néstor del combate”.

Patroclo obedeció y se fue corriendo. En la tienda de Néstor, díjole éste:

“¿Cómo es que Aquiles no se compadece de los aqueos? ¡No sabe en qué aflicción está sumido el ejército! Los más fuertes, heridos, yacen en las naves. Con una flecha fue herido el poderoso Diomedes, con la pica Odiseo y Agamenón. Pero Aquiles, a pesar de su valentía, no se cuida de los aqueos. ¿Aguarda acaso que las veleras naves sean devoradas por el fuego en la orilla del mar sin que podamos impedirlo? ¡Ojalá fuese yo tan joven y mis fuerzas robustas! Pero del valor de Aquiles sólo se aprovechará él mismo. ¡Oh, amigo! ¡ya no hay defensa para los aqueos!”.

Desde las torres, los aqueos tiraban piedras para defenderse, y los dardos llovían y los cascos resonaban secamente. Por donde quiera ardía el combate al pie del muro. Los aqueos, llenos de angustia, veíanse obligados a defender las

naves, y estaban apesarados porque los dioses protegían a los troyanos.

Héctor echó a andar y siguiéronle todos con fuerte gritería, porque querían romper la gran muralla aquea. Arrancaban las almenas, demolían los parapetos y tiraban de las torres, con esperanzas de romper el muro; pero los aqueos no les dejaban libre el camino y, protegiéndose, herían a los que estaban al pie de la muralla.

Héctor cogió entonces una piedra de ancha base y aguda punta que había delante de la puerta; dos forzudos hombres de hoy, con dificultad hubieran podido cargarla en un carro, pero él la manejaba fácilmente, porque Apolo la hizo liviana. Se detuvo delante de la puerta y apoyándose en el suelo para que el golpe no fuese débil, arrojó la piedra al centro de la puerta: rompiéronse ambos quiciales, cayó la piedra adentro, desuniéronse las hojas y cada una se fue por su lado. Héctor, semejante a un dios, saltó al interior. El bronce relucía de un modo terrible en torno de su cuerpo. Nadie, a no ser un dios, hubiera podido salir a su encuentro y detenerlo cuando traspuso la puerta. Sus ojos brillaban como el fuego. Volviéndose a la tropa, alentaba a los troyanos para que pasaran la muralla. Obedecieron, y los aqueos se refugiaron en las naves.

Los troyanos, semejantes a leones, las asaltaron y Héctor, resplandeciente, saltó al centro de la turba como ola impetuosa.

Defendíanse los aqueos detrás de las naves que se habían sacado a la orilla, y los otros fueron a perseguirlos. Obligados a retroceder, se apiñaron cerca de las tiendas, sin dispersarse por vergüenza y por temor.

Néstor les suplicaba:

“¡Oh, amigos! ¡Mostrad que tenéis un corazón pundonoroso! ¡Resistid firmemente!”.

Pero hubiérase dicho que, sin estar cansados, comenzaban entonces a pelear icon tal denuedo combatían!

Héctor alcanzó por fin la popa de una nave y muchas dagas y hachas y picas cayeron al suelo, ya de las manos, ya de los hombros de los combatientes. Héctor, asido a la nave, gritaba:

“¡Traed fuego! ¡Zeus nos concede un día que lo compensa todo, pues vamos a tomar las naves que nos han ocasionado tantos males!”.

Acometieron con mayor ímpetu y Ajax, abrumado a tiros, dejó la cubierta y desde un banco apartaba con la pica a cuantos llevaban el fuego, y a todos les dio muerte.





MUERTE DE PATROCLO

Mientras peleaban así por la nave, Patroclo se presentó a Aquiles, derramando ardientes lágrimas. Vióle Aquiles, y le dijo:

“¿Por qué lloras, Patroclo, como una niña? ¿Vienes a participarnos algo a los mirmidones y a mí mismo? ¿O lloras acaso porque los aquivos perecen cerca de las naves?”.

Dando profundos suspiros, respondió así Patroclo:

“¡Oh, Aquiles, hijo de Peleo! No te enfades, porque es muy grande el pesar que los abruma. ¡Los más fuertes, heridos unos de cerca y otros de lejos, yacen en los bajeles! ¡Tú, Aquiles, eres implacable! ¡Que jamás se apodere de mí un rencor como el que guardas! ¡Oh, tú, que tan mal empleas el valor! ¿A quién podrás ser útil más tarde, si ahora no salvas a los aqueos de una muerte indigna? Si te abstienes de combatir por algo que te haya dicho Tetis, envíame a mí y permite que cubra mis hombros con tu armadura para que los troyanos me confundan contigo y cesen de pelear y los aqueos se reanimen”.

Así le suplicó; y con ello llamaba a la terrible muerte.

Aquiles le contestó:

“¡Ay de mí, Patroclo! Se me oprime el corazón cuando pienso que un hombre porque tiene más poder, quiere privar a su igual de lo que le corresponde; pero no es posible guardar siempre la ira en el corazón. Cubre tus hombros con mi armadura, ponte al frente de los mirmidones y llévalos a la pelea, pues una nube de troyanos cerca las naves, y los aqueos sólo disponen de un corto espacio. Sobre ellos cargan confiadamente porque no ven mi casco. Pero tú, Patroclo, échate impetuosamente sobre ellos y apártalos de las naves y tan luego como los alejes vuelve atrás y deja que peleen en la llanura”.

Mientras ellos hablaban, Ajax ya no resistía; su refulgente casco resonaba de un modo horrible contra sus sienes y ya no podía sostener con firmeza el escudo. Copioso sudor corría de todos sus miembros y apenas podía respirar. Héctor, que se hallaba cerca de él, le dio con la espada un golpe en la pica y se la quebró. Los troyanos arrojaron entonces el fuego, y una llama inextinguible envolvió la nave.

Así que el fuego rodeó la popa, Aquiles, golpeándose el muslo, dijo a Patroclo:

“¡Ya veo en las naves la llama! ¡Apresúrate a vestir las armas y yo en tanto reuniré la gente!”.

Patroclo se puso la armadura y la coraza, abrazó el escudo, cubrió la cabeza con el hermoso casco cuyo terrible penacho de crines de caballo ondeaba en la cimera, y asió dos lanzas fuertes. Sólo dejó la lanza de Aquiles porque el hijo de Peleo era el único capaz de manejarla.

Aquiles, recorriendo las tiendas, hacía tomar las armas a todos los mirmidones, y les decía:

“¡Mirmidones! ¡A la vista tenéis la gran empresa de combate que habéis anhelado! Que cada uno pelee con valeroso corazón contra los troyanos”.

Cuando los troyanos vieron a Patroclo, se les conturbó el ánimo. Se figuraban que el Pelida había vuelto a ser amigo de Agamenón, y cada uno miraba adónde podía huir para librarse de la muerte. Patroclo tiró la reluciente lanza, echó a los asaltantes de los bajeles y apagó el fuego. El navío quedó medio quemado, y los troyanos huyeron retirándose de las naves, y ya no fue en orden como repasaron el foso. A Héctor le sacaron de allí, con sus armas, sus ligeros corceles; y el héroe desamparó la turba de troyanos a quienes detenía el profundo foso. Patroclo excitaba con ardor a los aqueos, y los contrarios, puestos en desorden, llenaban todos los caminos. Patroclo se encaminaba a donde veía a los enemigos más desordenados. Los guerreros caían de bruces debajo de los carros y éstos se volcaban con estruendo.

Patroclo mató en combate a Sarpedón. Quisieron arrebatarse el cadáver y empezaron a pelear sobre él, y los aqueos hubieran tomado Ilión por las manos de Patroclo si Apolo no se hubiera colocado en la bien construida torre. Tres veces encaminóse Patroclo a la muralla y tres veces rechazólo Apolo.

Héctor, que se hallaba cerca de las puertas, volvió a la batalla, y Zeus permitió que Apolo hiriera a Patroclo por la espalda y que rodara por tierra el casco de Aquiles. Cuando Héctor notó que Patroclo estaba herido, fue en su seguimiento,

causando gran aflicción al ejército aqueo. Advirtió Menelao que Patroclo había sucumbido y dando agudos gritos abrióse paso entre los combatientes para ver si lograba arrastrar el cadáver y entregarlo a Aquiles. Ajax fue quien cubriéndolo con su escudo, se lo quitó a Héctor que quería entregarlo a los perros de Troya. Los combatientes, blandiendo afiladas lanzas, luchaban por él.

Menelao llamó a Antíloco, y le dijo:

“Corre a las naves y anuncia a Aquiles que ha muerto Patroclo, su amigo más amado: por si dándose prisa puede llevar al navío el cadáver desnudo, pues las armas las tiene ya Héctor”.

Antíloco salió del combate, llorando, para dar al Pelida la triste noticia.

Hallóle junto a las naves (ya el héroe presentía lo ocurrido al ver a los aqueos correr aturcidos por la llanura en dirección a las naves), y dióle la triste nueva.

Negra nube de pesar envolvió a Aquiles. Cogió ceniza con ambas manos y derramándola en su cabeza, afeó su rostro y manchó su túnica; después se tendió en el suelo, gimiendo. Oyóle su madre que se hallaba en el fondo del mar y salió de su gruta. Las nereidas la acompañaban llorosas, y cuando llegaron a Troya, la madre se acercó al héroe, abrazóle la cabeza y dijo:

“¡Hijo! ¿Por qué lloras? ¿Qué pesar te ha llegado al alma? Zeus ha cumplido lo que tú le pediste alzando las manos: los aqueos acorralados sufrieron vergonzosos desastres”.

Exhalando profundos suspiros contestó Aquiles:

“¡Madre mía! El Olímpico ha cumplido; pero ¿qué placer puedo tener habiendo muerto Patroclo? Lo he perdido; y Héctor después de matarlo le despojó de mis armas. Yo no quiero permanecer entre los hombres si Héctor no pierde la vida atravesado por mi lanza”.

Respondióle Tetis, derramando lágrimas:

“Breve será entonces tu existencia, pues la muerte te aguarda así que Héctor perezca”.

Y contestó muy afligido Aquiles:

“Muera yo en el acto ya que no pude socorrer al amigo cuando lo mataron”.

Respondióle Tetis:

“Sí, hijo. Pero tu magnífica armadura la tiene Héctor. No entres en combate hasta que me veas volver; mañana al romper el alba vendré a traerte una hermosa armadura fabricada por Hefestos”.²⁴

Mientras la diosa se encaminaba al Olimpo, los aqueos huyendo, llegaron a las naves. Héctor parecía una llama. Tres veces asió a Patroclo por los pies e intentó arrastrarlo y tres veces Ajax lo rechazó con impetuoso valor; pero se lo hubiera llevado al fin si Hera, colocándose cerca de Aquiles, no le dice:

“¡Oh, Peleida, el más portentoso de los hombres! ¡Ve a defender a Patroclo por cuyo cuerpo se combate cerca de las naves! Muéstrate a los troyanos a la orilla del foso para que temiéndote dejen de pelear”.

Aquiles se levantó, y Atenea circundóle la cabeza con ardiente nube, y él, acercándose a la orilla del foso, dio recias

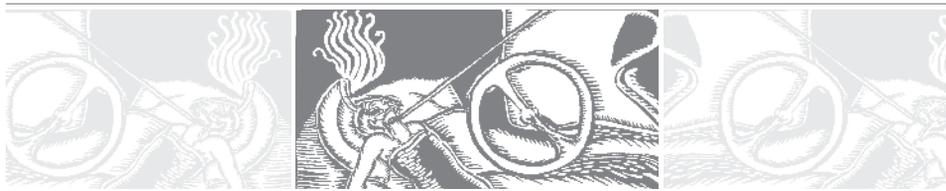
²⁴Vulcano, dios, hijo de Hera, el herrero de los dioses.

voces. Atenea gritó también y los troyanos se turbaron, y 12 de sus más valientes guerreros murieron atropellados por sus carros, y heridos por sus propias lanzas. Y los aqueos, muy alegres, sacaron a Patroclo fuera del alcance de las armas y colocáronlo en un lecho. Los aquivos pasaron la noche llorando a Patroclo. Y Aquiles gimió sobre el cadáver:

“Ya que he de morir, ¡oh, Patroclo! no te haré las honras fúnebres hasta que traiga la cabeza de Héctor, tu matador”.

Cuando Tetis llevó a las naves la armadura que Hefestos le entregara, halló al hijo querido reclinado sobre el cadáver y llorando copiosamente. La diosa infundióle fortaleza y audacia, y echó unas gotas de ambrosía en la nariz de Patroclo para que el cuerpo se hiciera incorruptible. Luego Aquiles convocó a los héroes aqueos. Los guerreros afluyeron y el brillo de sus corazas y sus escudos llegaba hasta el cielo. Toda la tierra se mostraba risueña por los rayos que el bronce despedía. Armóse Aquiles, sacó su lanza y dando voces dirigió sus caballos por las primeras filas.





MUERTE DE HÉCTOR

Mientras los aqueos se armaban alrededor de Aquiles, los troyanos se preparaban también en una colina.

Zeus llamó a todos los dioses, y les dijo:

“Id hacia los teucros y los aqueos y cada uno auxilie a los que quiera, pues si Aquiles combatiese solo contra los troyanos, éstos no resistirían ni un instante la acometida del hijo de Peleo”.

Los dioses fueron al combate divididos en dos bandos: encamináronse a las naves Hera, Atenea, Poseidón, Hermes y Hefestos, y fueron hacia los troyanos Ares, Apolo, Artemisa, Lato, el río Janto y Afrodita.

Atenea daba fuertes gritos, unas veces junto al foso cavado al pie del muro y otras en los altos promontorios, y Ares, que parecía negro torbellino, animaba vivamente a los guerreros de Héctor. El Padre de los hombres y de los dioses tronó horriblemente en las alturas; Poseidón sacudió la inmensa tierra y las cumbres de los montes, y retemblaron las cimas del Ida, cuando los dioses entraron al combate. Al soberano Poseidón le

hizo frente Apolo; a Ares, Minerva; a Hera, Artemisa, hermana del Flechador; a Latona, Hermes y al Hefesto, el gran río Janto que los hombres llaman Escamandro.

Apolo, que enardece a los guerreros, movió a Eneas a oponerse al Peleida. Y Eneas dijo:

“Ningún hombre puede combatir con Aquiles porque a su lado está siempre una deidad que lo libra de la muerte. Si un dios igualara el combate, Aquiles no me vencería fácilmente, aunque se gloriase de ser de bronce”.

Tan pronto como se hallaron frente a frente empezaron a combatir y cuando ya Aquiles lo vencía, Poseidón lo arrebató, pasándolo por encima de muchas filas de héroes.

Aquiles se revolvía furioso con la lanza persiguiendo cual un dios a los que debían de morir, la negra tierra manaba sangre, y sus corceles hollaban a un mismo tiempo cadáveres y escudos; el eje del carro tenía la parte inferior cubierta de sangre, y los barandales estaban salpicados de gotas que los cascos de los caballos y las ruedas despedían.

Cuando los troyanos, perseguidos por el de los pies ligeros, llegaron al vado del voraginoso Janto, Aquiles los dividió en dos grupos. Al primero echólo por la llanura hacia la ciudad. Los otros rodaron al río y cayeron en él con estrépito: resonaban las aguas y los teucros nadaban gritando y los torbellinos los arrastraban. La corriente, de profundos vórtices, se llenó de hombres y de caballos que caían confundidos. Aquiles saltó al río con sólo la espada y comenzó a herir a diestra y siniestra y el agua bermejeó de sangre. Los troyanos se refugiaban temblando debajo de las rocas. El río, con el corazón irritado, presenciaba

el estrago, hasta que transfigurándose en hombre, le dijo desde uno de los vórtices: “¡Oh, Aquiles! Mi hermosa corriente está llena de cadáveres que obstruyen el cauce y no me dejan verter el agua en la mar y tú sigues matando de un modo atroz. ¡Cesa ya, príncipe de hombres!”.

Respondióle Aquiles: “No me abstendré de matar a los troyanos ¡oh, Escamandro! hasta que, peleando con Héctor, él me mate o yo acabe con él”. Dijo, y saltó al centro del río. Pero éste le atacó enfurecido: hinchó sus aguas, revolvió la corriente y las olas rodearon a Aquiles que ya no podía tenerse en pie. Asíóse entonces con ambas manos a un olmo corpulento; pero el río lo arrancó de raíz. Aquiles, amedrentado, dio un salto, salió del agua y corrió por la llanura. Mas el río lanzó tras él sus olas con gran ruido y lo alcanzaba azotándole los hombros.

El Peleida, levantando los brazos al cielo, gimió:

“¡Padre Zeus! ¿Cómo no viene ningún dios a salvarme? ¡Ojalá me hubiese muerto Héctor! Ahora quiere el destino que yo perezca cercado por un gran río como un niño a quien arrastran las aguas”.

El Escamandro no cedía en su furor, sino que levantando a lo alto sus olas llamaba a gritos al Símois para que le ayudara a matar a Aquiles y se revolvía, mugiendo, con la sangre, la espuma y los cadáveres.

Hera llamó a Hefestos su hijo, para que llevara su llama al Janto, y Hefestos incendió primeramente la llanura, quemó los cadáveres y, dirigiéndose al río, hizo arder los olmos y los sauces así como el loto y el junco. Anguilas y peces padecían saltando en la corriente, y el río, quemándose también, así hablaba.

“¡Hefestos! Ninguno de los dioses te iguala y no quiero luchar contigo. Cesa ya de perseguirme y que Aquiles arroje a los troyanos de la ciudad”.

El agua hervía, y no podía seguir adelante oprimida por el vapor, y el río seguía diciendo:

“¡Oh, Hera! ¿Por qué tu hijo maltrata mi corriente?”. Hefestos apagó la abrasadora llama y Aquiles volvió al campo a perseguir impetuosamente a los troyanos, que se refugiaron en la ciudad. El destino hizo que sólo Héctor quedara fuera de la muralla, junto a las puertas.

Aquiles llegó, tan veloz como el corcel vencedor en la carrera, y el anciano Príamo fue el primero que lo vio venir por la llanura. Gimió el viejo en la muralla golpeándose la cabeza con las manos levantadas y profirió grandes voces y lamentos dirigiendo súplicas a su hijo para que no aguardara a Aquiles, solo e inmóvil junto a las puertas. Y le decía:

“Ven adentro del muro, hijo querido, para que salves a los troyanos y a las troyanas. Compadécete de mí, de este infeliz que aún conserva la razón y no quieras proporcionar gloria inmensa al Peleida y perder tú mismo la existencia”.

Así se expresó el anciano y con las manos se arrancaba de la cabeza muchas canas; pero no logró persuadir a Héctor. La madre de éste, Hécuba, que en otro sitio se lamentaba llorosa, le suplicaba también; y Héctor seguía aguardando a Aquiles que se acercaba; pero cuando éste llegó, Héctor se echó a temblar y ya no pudo permanecer allí sino que dejó las puertas y huyó espantado. Aquiles corrió detrás de él y tres veces dieron la vuelta a la ciudad de Príamo por fuera del muro. A la cuarta,

Atenea fue a encontrar a Héctor tomando la figura de Deífobo, su hermano, y lo engañó para que combatiera. Ambos guerreros se hallaron frente a frente. Acometiéronse y Aquiles mató a Héctor y quitóle de los hombros las ensangrentadas armas. Acudieron entonces los demás aqueos y ninguno dejó de herirle. Aquiles horadó los tendones de detrás de ambos pies desde el tobillo hasta el talón; introdujo correas de piel de buey y le ató al carro de modo que la cabeza fuera arrastrando; subió y picó a los caballos para que corrieran. La madre al verlo se arrancaba los cabellos, y arrojando de sí el blanco velo, prorrumpió en tristísimos sollozos. El padre suspiraba lastimeramente y alrededor de él y por la ciudad, el pueblo gemía y se lamentaba. El anciano quería salir por las puertas Dardanias y, revolcándose en el lodo, decía:

“Dejadme salir, amigos, para que vaya a las naves y ruegue a ese hombre que me entregue el cadáver de mi hijo”.

Y Hécuba comenzó entre las troyanas el funeral lamento:

“¡Oh, hijo! ¡Ay de mí, desgraciada! ¿Por qué viviré después de haber muerto tú? Día y noche eras en la ciudad motivo de orgullo y el baluarte de los troyanos que te saludaban como a un dios”.

La esposa de Héctor, Andrómaca, nada sabía, pues ningún mensajero le llevó la noticia y en lo más hondo del palacio tejía una tela purpúrea. Pero oyó gemidos y lamentaciones que venían de la torre y al instante salió del palacio como una loca y llegó a la muralla. Palpitándole el corazón registró el campo, y en seguida vio que los caballos arrastraban el cadáver de Héctor fuera de la ciudad hacia las naves. Las tinieblas de la noche velaron sus ojos y cayó de espaldas.

Llegando a las naves, Aquiles arrojó el cadáver del troyano a los pies del lecho de Patroclo. Gimió, dijo:

“¡Alégrate, oh, Patroclo, aunque estés en el Hades! Ya te cumplo cuanto te prometiera. El fuego devorará contigo a 12 hijos de troyanos ilustres y a Héctor lo entregaré a los perros para que lo despedacen”.

Pero Afrodita apartó a los canes día y noche y ungió el cadáver con divino aceite para que no se maltratara.

Celebráronse los funerales de Patroclo; pero los dioses inspiraron al anciano Príamo, quien sin ser visto llegó hasta Aquiles y abrazándole las rodillas besó sus manos homicidas, diciéndole: “¡Acuérdate de tu padre, oh Aquiles, que tiene la misma edad que yo! Quizá los vecinos circundantes lo oprimen y no hay quien le salve del infortunio y la ruina; pero al menos tú vives y en espera de tu vuelta se alegra su corazón. Mas yo, desdichadísimo, no tengo ya ningún hijo. 50 tenía cuando vinieron los aqueos y todos han muerto. Y el que era único para mí, Héctor, a ese tú le mataste. Respeta a los dioses, Aquiles, y apiádate de mí; te ofrezco cuantioso rescate si me lo entregas. Soy el mortal más digno de compasión, puesto que me atreví a llevar a mis labios la mano del matador de mis hijos”.

A Aquiles le vino deseo de llorar, y cogiendo la mano de Príamo apartóle suavemente y accedió a sus súplicas.





LA TOMA DE TROYA

Finalizaba el año décimo y Troya no se entregaba. Cansados los griegos de sostener un sitio tan largo, construyeron, auxiliados por el arte divino de Atenea, un caballo grande como un monte, cuyos costados estaban formados con tablas de abeto bien ajustadas. Dentro se ocultaron con gran sigilo los mejores guerreros —Diomedes, Odiseo, Ajax, Idomeneo— y mucha más gente armada. Después levantaron el campamento y llevaron las naves a una isla cercana, dejando abandonado en la playa el enorme caballo que, decían, era un voto para alcanzar feliz regreso.

Volvió la tranquilidad a Troya después de tan largo duelo y se abrieron las puertas. Los troyanos se maravillaban de ver la extraña ofrenda y uno de ellos aconsejó que se llevase el caballo a la ciudad. Hubo con motivo de esto encontrados pareceres, y la mayoría era de opinión de que así se hiciera. Casandra, hija de Príamo, comenzó a recorrer la ciudad, prediciendo a gritos la ruina de la patria; pero los troyanos no dieron valor alguno a

sus palabras, y la máquina funesta entró, por una brecha abierta en la muralla, hasta el centro de la ciudad.

En aquella lúgubre noche, mientras estaban entregados al sueño los troyanos, salieron del vientre del caballo los guerreros escondidos, abrieron las puertas de la población al resto del ejército y unidos con los que estaban afuera, se entregaron al incendio y la matanza. La mayor parte de los habitantes fue pasada a cuchillo, los supervivientes fueron reducidos a esclavitud, y la ciudad, convertida en hoguera, fue en poco tiempo, un montón de cenizas.





HOMERO

LA ODISEA



*Después de que los aqueos tomaron Troya
emprendieron el regreso a sus hogares;
pero el viento dispersó las naves y separó a Odiseo y
sus compañeros del resto del ejército.
El relato de sus aventuras se conoce
con el nombre de Odisea.
Las que aquí siguen son algunas de ellas.*



ODISEO EN LA ISLA DE LOS CÍCLOPES²⁵

Legamos a la isla de los soberbios Cíclopes, gentes sin ley, que no cultivan los campos ni labran las tierras, sino que todo les nace sin semilla y sin arada. Moran en las cumbres de empinados montes, en hondas grutas, y cada uno gobierna a su mujer y a sus hijos sin cuidarse de los otros.

Ni muy próximo ni muy alejado, existe un islote delante del país de los Cíclopes. Hállase cubierto de floresta, donde se reproducen en cuantía considerable las cabras monteses, jamás asustadas por la presencia del hombre, porque allí no van nunca los cazadores, ni pastan los rebaños, ni se ara la tierra, pues carece de pobladores. Tal era la tierra a donde arribamos conducidos, sin duda, por un dios en noche oscura, pues nada podíamos ver nosotros. Apretada niebla envolvía las naves y Selene²⁶ no lucía en el anchuroso Uranos²⁷ cubierto de nubes.

²⁵Cíclope: Raza de gigantes con un solo ojo en medio de la frente.

²⁶La Luna.

²⁷El Cielo.

No bien mostróse Eos²⁸ de rosados dedos, hija de la mañana, recorrimos el islote requiriendo los corvos arcos y los venablos de larga punta, y comenzamos el ojeo, otorgándonos un dios abundante caza. Pasamos así todo el día y en tanto veíamos el humo de la próxima tierra de los Cíclopes y nos llegaba su voz y el balar de sus ovejas.

Convoqué a mis amigos, y les dije:

“Permaneced aquí, bravos compañeros. Con mi nave y mi gente iré a enterarme de quiénes son esos hombres, si soberbios, salvajes e injustos, u hospitalarios y temerosos de los dioses”.

Llegado que hubimos a la cercana tierra, se nos mostró en una extremidad frontera a las aguas, alta gruta a la sombra de unos laureles. Numerosos hatos de ovejas y cabras seстеaban en las inmediaciones. Ceñíala alto muro de piedra y grandes pinos y encinas de elevada copa. Allí tenía su asiento un varón de gigantesca talla. Solo y apartado de todos, llevaba a pastar su grey, sin cuidarse de los demás. Era un monstruo horrible en nada semejante al hombre que come pan; pero sí a una umbrosa cumbre de montaña que descuella sola entre las cimas que la rodean.

Encargué a mis fieles compañeros que se quedasen a guardar la nave; escogí a los 12 mejores y echamos a andar llevando un odre rebosante de dulce vino.

Pronto llegamos a la gruta; pero el Cíclope estaba apacientando las ovejas. Miramos lo que allí había: los zarzos gemían bajo la pesadumbre de los quesos; los establos rebosaban de corderos y cabritos.

²⁸La Aurora.

Instóme mi gente, deseosa de tomar algunos quesos y de llevarse del aprisco corderos y cabritos, para que regresáramos a la nave y huyéramos al punto a través del salobre mar. Pero yo no me dejé persuadir. Encendimos fuego, ofrecimos un sacrificio a los dioses y nos sentamos en espera del Cíclope.

Al regresar el Cíclope traía un enorme haz de leña para preparar la comida y a la entrada de la gruta lo arrojó con gran estruendo. Presa de horrible temor huimos al fondo de la gruta. Hizo que entrasen las cabras y alzando grandísimo pedrusco, tan grande que 22 carros de cuatro ruedas no lo habrían movido, acomodólo a guisa de puerta. Sentóse en seguida; ordeñó las ovejas y las cabras, encendió fuego y al vernos, nos hizo estas preguntas:

“Forasteros ¿quiénes sois? ¿De dónde venís por el ponto? ¿Os lleva algún negocio o vagáis a la ventura como los piratas que recorren los mares acarreando infortunios a los hombres?”.

Así nos dijo. Nos quebraba el corazón el temor que nos produjo su horrible voz y su aspecto monstruoso. Mas con todo eso le respondí de esta manera:

“Somos aqueos²⁹ a quienes extraviaron al salir de Troya vientos de todas clases; deseosos de arribar a nuestra patria llegamos aquí por otros caminos. Nos preciamos de pertenecer a las huestes de Agamenón³⁰ cuya gloria es inmensa. Suplicantes nos postramos a tus rodillas, varón excelente, para que nos acojas con bondad. Respeta a los dioses, que Zeus³¹ hospitalario venga a los suplicantes”.

²⁹Aquea: Pueblo griego que había ido a la conquista de Troya.

³⁰Agamenón: Rey griego que tuvo el mando supremo en la guerra de Troya.

³¹Padre de los dioses, llamado también Júpiter Olímpico.

Así le hablé y respondiome con ánimo cruel:

“Insensato eres, oh, forastero, al pedirme que tema a los dioses y los acate. Nada se nos importa a los Cíclopes de los dioses felices porque somos más fuertes que ellos y no te perdonaré a ti ni a tus compañeros por temor a Zeus si mi ánimo no me lo ordenase. Pero dime en qué lugar dejaste tu nave a fin de que yo lo sepa”.

Su intención no me pasó inadvertida, y de nuevo le hablé con engañosas palabras:

“Poseidón³² rompió mi nave estrellándola contra las rocas en los confines de vuestra tierra”.

Así le dije. El Cíclope no me dio respuesta; pero extendió las manos sobre mis camaradas, agarró a dos de ellos y, cual si fuesen cachorrillos, arrojólos en tierra con tamaña violencia que los sesos fluyeron al suelo y mojaron el piso. Seguidamente despedazó los miembros y se puso a comer cual montaraz león sin perdonar las entrañas ni los huesos. Ante tal horror alzamos las manos gimiendo en oración a Zeus. El Cíclope, tan luego como hubo llenado su enorme vientre, se acostó en la gruta tendiéndose en medio de las ovejas.

Entonces pensé acercarme a él y sacando la aguda espada hundírsela en el pecho; mas todos hubiéramos perecido allí a causa de no poder apartar el pesadísimo pedrusco que colocara el monstruo a la entrada.

Y así aguardamos gimiendo.

Cuando se descubrió Eos, la hija de la mañana, encendió la lumbre el Cíclope y ya sentado comenzó a ordeñar su hato.

³²Dios de los mares, llamado también Neptuno, y padre del Cíclope Polifemo.

Luego echó mano a otros dos de los míos y con ellos se preparó el almuerzo. Acabando de comer sacó de la cueva los ganados moviendo con facilidad la enorme peña que al instante tornó a colocar y fuese guiando sus animales.

Allí quedamos, meditando horribles propósitos.

En el suelo del establo veíase una gran rama de olivo verde. Corté de ella un trozo que dí a los compañeros mandándoles que lo puliesen. Una vez alisado agucé uno de sus cabos y lo oculté cuidadosamente. Elegí luego por suerte a los que, uniéndose conmigo, deberían atreverse a levantar la estaca y clavarla en el único ojo del Cíclope cuando de él se apoderase el sueño.

Por la tarde volvió el Cíclope con el rebaño. Cerró la puerta acomodando la enorme piedra que llevó a pulso y comenzó a ordeñar sus cabras. Acabadas tales cosas agarró a dos de mis compañeros y se aparejó la cena. Entonces acerquéme a él y teniendo en la mano una copa de negro vino, le hablé de esta manera:

“¡Cíclope! Toma y bebe de este vino. Para ti lo traía deseoso de ofrecértelo si apiadándote de mí disponías mi regreso a la Patria. ¡Pero nadie te iguala en la cólera! ¿Cómo se acercará a ti ningún nacido si careces de compasión?”.

Tomó el vino y gustóle tanto que me pidió más.

“Dame de buen grado más vino y dime tu nombre para que te ofrezca un don hospitalario”.

Tres veces se lo presenté y tres veces bebió incautamente. Y cuando los vapores del vino envolvieron su mente, díjele: “Cíclope, ¿preguntas cuál es mi nombre?”

Voy a decírtelo: Nadie es mi nombre y Nadie me llaman mi padre, mi madre y mis hermanos”.

En seguida me respondió:

“A Nadie me lo comeré al último y a todos los demás antes que a él: tal será el don hospitalario que te ofrezca”.

Tiróse hacia atrás y cayó de espaldas. Así echado rindióle el sueño, domador de todo. Entonces metí la estaca en el abundante rescoldo para calentarla y animé con mis palabras a los compañeros, temeroso de que me abandonaran horrorizados.

Cuando la estaca de olivo estaba a punto de arder y alumbraba intensamente, la saqué del fuego. Una deidad nos infundió audacia. Ellos, tomando la estaca, hincáronla por la aguzada punta en el único ojo del Cíclope, y yo, alzándome, hacía-la girar por arriba y la sangre brotaba alrededor del caliente palo. Quemóle el vapor párpados y cejas, la pupila estaba ardiendo, sus raíces crepitan por la acción del fuego, y rechinan como rechina el hierro en el agua fría. Dio el Cíclope un fuerte y horrendo gemido, retumbó la roca y nosotros, amedrentados, huimos prestamente; él se arrancó la estaca toda manchada de sangre, arrojóla furioso lejos de sí y se puso a llamar con grandes gritos a los Cíclopes que habitaban en los contornos. Al oír sus voces, acudieron muchos, unos por un lado y otros por otro, y parándose junto a la cueva le preguntaron qué le pasaba.

“¿Por qué tan irritado, ioh, Polifemo! gritas de semejante modo en la divina noche despertándonos a todos? ¿Acaso algún hombre se lleva a tus ovejas? ¿O acaso te matan con engaño o fuerza?”.

Respondióles desde la cueva Polifemo:

“¡Oh, amigos! ¡Nadie me mata con engaño!”.

Y ellos le contestaron:

“Pues si nadie te hace nada, ya que estás solo, no es posible evitar la enfermedad que te manda el gran Zeus; ruega a tu padre, el soberano Poseidón”.

Se fueron todos y yo me reí en mi corazón viendo cómo mi fingido nombre les había engañado.

El Cíclope gimiendo, anduvo a tientas, quitó el peñasco y se sentó a la entrada tendiendo los brazos por si lograba echar mano a alguien.

Yo meditaba para librar de la muerte a mis compañeros y a mí mismo. Al fin parecióme la mejor resolución la que voy a decir: había unos carneros bien alimentados, hermosos, grandes y de espesa lana. Sin desplegar los labios, los até de tres en tres entrelazando miembros de aquellos sobre los que dormía el monstruoso Cíclope: así el carnero del centro cargaba a un hombre y los otros dos iban a los lados para salvarlo. Y viendo yo que había otro que sobresalía entre las reses, me colgué de él deslizándome al vientre y así me quedé agarrado de la abundantísima lana.

Cuando se descubrió Eos, la hija de la mañana, los animales salieron presurosos a pacer. Su amo afligido por los dolores palpaba el lomo a todas las reses y no advirtió que mis compañeros iban atados al pecho de los animales. El último en tomar el camino de la puerta fue mi carnero, cargado con su lana y conmigo.

Polifemo lo palpó, y así dijo:

“¡Carnero querido! ¿Por qué te quedaste detrás de las ovejas? Siempre llegabas el primero y ahora vienes el último de todos. Sin duda echarás de menos el ojo de tu señor a quien cegó un hombre malvado, perturbándole con el vino... Pero no se librará de una horrible muerte. Pronto su cabeza despedazada a golpes se esparcirá por el suelo de la gruta”.

Diciendo así dejó al carnero y lo echó fuera. Cuando estuvimos algo apartados soltáme del carnero y desaté a mis compañeros. Al punto recogimos las reses y llegamos por fin a las naves.

Nuestros compañeros se alegraron al vernos a nosotros y empezaron a gemir por los demás. Pero yo les prohibí el llanto. Embarcáronse en seguida y sentándose en los bancos tornaron a herir con los remos el espumoso mar.

Y al estar tan lejos cuanto se puede oír a un hombre que grita, hablé al Cíclope:

“¡Cíclope! No debías emplear tu gran fuerza en comerte a tus huéspedes en tu misma morada. Por eso Zeus y los demás inmortales te han castigado. Si alguno te pregunta la causa de tu ceguera diles que quien te privó del ojo fue Odiseo, hijo de Laertes que tiene su casa en Itaca”.

El Cíclope furioso arrancó la cumbre de una gran montaña y arrojóla delante de nuestra embarcación. Agitóse el mar, y las olas al refluir empujaron nuestra nave hacia la tierra firme; pero yo, asiendo con ambas manos un larguísimo botador, echélo al mar y ordené a mis compañeros con silenciosa señal que apretaran con los remos a fin de librarnos de aquel peligro. Encorváronse todos y empezaron a remar.

El Cíclope oró a Poseidón, su padre, alzando las manos al estrellado cielo.

“¡Oyeme, Poseidón, que ciñes la tierra! Concédeme que Odiseo no vuelva nunca a su palacio. Mas si le está destinado que ha de ver a los suyos, sea tarde y mal, y después de perder a todos sus compañeros y encuentre nuevas penas en su morada”.

Tomó en seguida un peñasco mucho mayor que el de antes y lo despidió lanzándolo con fuerza inmensa detrás de nuestra nave. Agitóse el mar, pero las olas mismas nos llevaron esta vez hasta el islote.

Así llegamos a donde estaban los restantes navíos y nuestros compañeros que nos aguardaban llorando.

Saltamos a la orilla y sacamos la nave a la arena y yo sacrificué en la playa a Zeus, que amontona las nubes, el carnero más hermoso. Estuvimos todo el día en la isla desierta; pero apenas se descubrió Eos de rosados dedos, nos embarcamos y seguimos adelante con el corazón triste por la pérdida de nuestros compañeros.





EOLO DA A ODISEO LOS VIENTOS PRISIONEROS

Legamos a la isla cercada de bronceo e irrompible muro donde moraba Eolo.³³ Eolo tratóme como a un amigo por espacio de un mes, y me hizo muchas preguntas sobre Troya y sobre los aqueos.

Cuando quise partir dióme encerrados en un cuero de buey; a los mugidores vientos; ató el cuero en la nave con un reluciente hilo de plata de modo que no saliese el menor soplo, y envióme sólo a Céfiro³⁴ para que soplando llevara nuestras naves.

Navegamos seguidamente nueve días con sus noches, y en el décimo se nos mostró la tierra patria y vimos a los que encendían fuegos cerca del mar. Había yo gobernado sin descanso el timón de la nave que no quise confiar a nadie, y me rindió el sueño.

³³Dios de los vientos.

³⁴Viento ligero que sopla por el Oeste.

Los compañeros hablaban los unos con los otros de lo que yo llevaba a mi palacio, figurándose que en el cuero había oro y plata recibidos de Eolo. Y alguno de ellos dijo al que tenía más cercano:

“¡Cuán querido y honrado es este varón!

Muchos y valiosos objetos trajo de Troya mientras que los demás volvemos con las manos vacías. Eolo acaba de darle estas cosas. Veamos lo que son y cuánto oro y plata hay en el cuero”.

Y desatando mis amigos el odre escapáronse con gran ímpetu todos los vientos. En seguida arrebató las naves una tempestad violenta y llevólas al ponto alejándolas de la orilla. Ellos lloraban al verse de nuevo lejos de la patria. Yo pensé si debía tirarme del bajel y morir en el ponto.

Las naves tornaron a la isla de Eolo; llegados allá saltamos en tierra encaminándonos al palacio. Eolo y sus hijos se pasaron al verme, y nos hicieron estas preguntas:

“¿Cómo aquí Odiseo? ¿Qué funesta deidad te persigue?”. Yo, con el corazón afligido, les dije:

“Mis imprudentes compañeros y un sueño pernicioso causáronme este daño. Remediadlo vosotros, amigos, ya que podéis hacerlo”.

El padre me respondió:

“Sal de la isla, Odiseo, no me es permitido tomar a mi cuidado a un hombre que se ha hecho odioso a los dioses”.

Seguimos adelante con el corazón angustiado y navegamos seis días y seis noches. Al séptimo llegamos a la ciudad de los lestrigones. Dejé mi negra embarcación fuera del puerto lleno de naves e hice atar las amarras a un peñasco. Subí luego a una altura y desde allí vi el humo que se alzaba de la tierra. Designé entonces tres hombres para que averiguaran cuáles

hombres comían el pan de esa comarca. Fuéronse y siguiendo el camino llano por donde las carretas llevaban la leña de los altos montes a la ciudad, encontraron una doncella, la hija de Antífates, que iba a proveerse de agua a una fuente. Detuviéronse preguntándola quién era el rey y ella les mostró en seguida la casa de su padre. Cuando llegaron a la magnífica morada hallaron dentro a la reina que era alta como la cumbre de un monte. La mujer llamó a su marido y Antífates maquinó contra mis compañeros cruda muerte: agarrando prestamente a uno se lo comió, mientras los otros dos tornaban a los barcos en precipitada fuga. Antífates gritó por la ciudad y acudieron por todos lados los fuertes lestrigones que no parecían hombres sino gigantes, y desde las peñas tiraron pedruscos muy pesados. Pronto se alzó en las naves un deplorable estruendo causado a la vez por los gritos de los que morían y por la ruptura de los barcos. Mientras así mataban a los que estaban en el puerto, saqué la espada y corté las amarras de mi bajel, mandando a mis compañeros que batieran los remos para librarnos de aquel peligro.

De allí seguimos adelante con el corazón triste.

ODISEO EN LAS ISLAS DE CIRCE

Llegamos a la isla donde moraba Circe,³⁵ la de las lindas trenzas, deidad poderosa, hija de Helios.

Silenciosamente acercamos la nave a la ribera haciéndola entrar en amplio puerto; permanecimos allí dos días con sus noches y nos roían el ánimo, el cansancio y los pesares.

³⁵Diosa que poseía drogas mágicas.

Mas al punto que Eos nos trajo el día tercero, tomé mi lanza y subí a una altura muy escarpada. Desde allí vi el humo que se alzaba del palacio de Circe entre un espeso encinar. Emprendí la vuelta. Reuní a mis amigos, y les hablé de esta manera:

“¡Amigos! ya que ignoramos dónde está el poniente, ni el sitio en que aparece Eos, tomemos alguna determinación; desde la altura he contemplado esta isla, es baja y a su alrededor forma una corona el mar inmenso. Con mis propios ojos vi salir humo de en medio de los pinares”.

A todos se les quebraba el corazón acordándose de Antífates y del Cíclope que se comía a los hombres, y ninguno quería ir.

Formé dos secciones poniendo al frente de una a Euríloco y mandando yo la otra. Echamos suertes y Euríloco tuvo que partir con 22 compañeros.

Dentro de un valle y en lugar visible, descubrieron el palacio de Circe construido de piedra pulimentada. En torno suyo encontraron lobos y leones a los que Circe había encantado; pero esos animales no acometieron a mis hombres, sino que, levantándose, fueron a halagarlos con las largas colas. Llegando a la mansión de la diosa, oyeron a Circe que cantaba. Llamáronla. Circe se alzó en seguida, abrió la magnífica puerta, los llamó y siguiéronla todos imprudentemente, menos Euríloco que se quedó afuera por temor de algún engaño.

Cuando los tuvo dentro, los hizo sentar y preparó un potaje de quesos, harina y miel fresca con vino, echando en él drogas perniciosas para que los míos se olvidaran por completo de la tierra patria. Bebieron y en seguida los tocó con una varita y

tuvieron la cabeza, la voz, las cerdas y el cuerpo como puercos, pero sus mentes quedaron tan enteras como antes. Así fueron encerrados en pocilgas y todos lloraban: Circe les echó de comer bellotas que es lo que comen los puercos.

Sin dilación volvió Euríloco para enterarme de la suerte de nuestros compañeros.

Ya entonces, colgándome la grande espada y tomando el arco, le mandé que nos llevara por el camino que habían seguido; mas él comenzó a suplicarme, abrazando mis rodillas:

“¡No me lleves allá!, idéjame aquí! Sé que no volverás tú ni traerás a ninguno de los compañeros, ihuyamos en seguida con los que quedan!”.

Así me habló, y yo le contesté:

“Quédate tú; yo iré, porque la dura necesidad me lo pide”.

Alejíme de la nave; pero yendo por el valle salíome al encuentro Hermes³⁶ en figura de un hermoso mancebo, y me habló diciendo:

“¿A dónde vas por aquí, solo y sin conocer la comarca? Tus amigos han sido encantados en el palacio de Circe. ¿Vienes acaso a libertarlos? Yo quiero salvarte. Toma este remedio (y me dio una planta que tenía negra la raíz y blanca la flor) que apartará de tu cabeza el mal, y ve a la morada de Circe. Te preparará un manjar y te echará drogas en él, mas no podrá encantarte. Cuando te toque con su vara, tira de la espada y acométela como si desearas matarla. Ella cobrando temor te invitará a permanecer con ella, no te niegues para que libres

³⁶Hermes o Mercurio: Dios hijo de Zeus llamado también el Mensajero.

a tus amigos; pero hazle prestar juramento de que no te hará ningún daño”.

Cuando así hubo dicho, se fue, y yo seguí hasta la morada de Circe. Llegando, me detuve en el umbral y empecé a dar gritos. La diosa oyó mi voz y alzándose abrió la puerta y me llamó, y yo, con el corazón angustiado, me fui tras ella.

Hízome sentar, y en una copa de oro, me preparó la bebida. Me la dio y bebí sin que lograra encantarme. Tocóme entonces con su vara y yo desenvainé la espada y arremetí contra ella. Ella profirió agudos gritos, se echó al suelo, y abrazándome por las rodillas me dirigió estas palabras:

“¿Quién eres? Hay en tu pecho un ánimo indomable. Sin duda eres aquel Odiseo de quien me hablaba siempre Hermes, asegurándome que vendrías cuando volviesses de Troya. Ven y crezca entre nosotros la confianza”.

Yo le repliqué, diciendo:

“¡Oh, Circe! ¿Cómo me pides que tenga confianza después de que en este palacio convertiste a mis compañeros en cerdos? Presta juramento de que no maquinárs contra mí ningún daño”.

Juró al instante e invitóme a comer; pero yo permanecí quieto sin echar mano a los manjares y abrumado por fuerte pesar. Entonces vino a mi lado y me dijo:

“¿Por qué, Odiseo, permaneces mudó, sin tocar la comida ni la bebida? ¿Sospechas que haya algún daño?”.

Y le respondí diciendo:

“Oh, Circe, si me invitas de buen grado, suelta a mis fieles amigos para que mis ojos puedan verlos”.

Circe salió del palacio con la vara en la mano, abrió las puertas de la pocilga y sacó a mis compañeros en figura de puercos de nueve años. Colocáronse delante y ella anduvo por entre ellos untándolos con una nueva droga; en el acto cayeron de los miembros las cerdas, y mis amigos tornaron a ser hombres, pero más jóvenes y mucho más hermosos. Conociéronme y uno a uno me estrecharon la mano.

La diosa dijo entonces:

“Odiseo, ve a donde tienes tu velera nave, sácala a tierra firme y trae en seguida a tus fieles compañeros”.

Tomé el camino de la orilla del mar y hallé a mis compañeros, que al verme me rodearon llorando y diciendo:

“Tu vuelta, oh amado de Zeus, nos alegra tanto como si hubiéramos llegado a Itaca, nuestra patria tierra. Mas cuéntanos la pérdida de nuestros compañeros”.

Entonces, les dije con suaves palabras:

“Saquemos primero la nave a tierra firme y después seguidme para que veáis cómo los amigos comen y beben en la mansión de Circe”.

Y obedecieronme todos, aun Euríloco que estaba lleno de temor.

Circe los lavó y los ungió con rico aceite y celebramos alegre banquete en el palacio.

Allí nos quedamos día tras día un año entero.

Mas cuando acabó el año y volvieron a sucederse las estaciones, llamáronme mis fieles compañeros y me recordaron la tierra patria y mi casa.

Cuando el sol se puso, y sobrevino la noche, empecé a suplicar a la diosa:

“Oh, Circe, cúmpleme tu promesa de mandarme a mi casa”.
Y la diosa contestóme en seguida:

“No te quedes por más tiempo aquí mal de tu grado. Pero antes ve a la morada de Hades³⁷ para consultar al tebano Tiresias³⁸ el adivino ciego, que te dirá el camino que debes seguir, y cómo podrás volver a tu patria atravesando el mar”.

Yo anduve por toda la casa llamando a los compañeros y cuando ya estuvieron reunidos, les dije:

“Circe me ha dicho que debemos hacer un viaje a la morada de Hades para consultar el alma del tebano Tiresias”.

Nos embarcamos, y la nave nos llevó a los confines del Océano, de profunda corriente. Allí está el pueblo y la ciudad de los cimerios entre nieblas y nubes, sin que jamás Helios los ilumine con sus rayos.

En seguida hice los sacrificios que me había dicho Circe. Corrió la negra sangre y al instante salieron las almas de los muertos: mujeres, jóvenes, niños, ancianos y doncellas. Agitábase con gran ruido alrededor del hoyo lleno de sangre, y al verlas me dominó el terror. Desenvainando la espada me senté y no permití que los muertos se acercaran a la sangre antes de haber interrogado al adivino.

Vino primero la sombra de un compañero muerto en la mansión de Circe; vino luego la sombra de mi madre, a la cual yo dejé viva cuando partí para Troya. Vino después el alma del tebano Tiresias. Conocióme, y me habló así:

³⁷Dios de los infiernos; llamado también Plutón, hermano de Zeus y Poseidón. Mora en las entrañas de la tierra.

³⁸Célebre adivino originario de Tebas, en donde le rendían homenaje como a un dios.

“¡Odiseo, rey de Itaca! ¿Por qué has dejado la luz de Helios³⁹ y vienes a ver a los muertos? Apártate, a fin de que bebiendo la sangre te revele lo que quieres”.

Bebió, y dijo así:

“Un dios hará difícil tu vuelta, Odiseo, pues Poseidón que sacude la tierra, te guarda rencor porque cegaste a su hijo el Cíclope. Llegarás, después de padecer trabajos, si respetas a las vacas de Helios cuando las halles paciendo en la isla Trinacria. Si las causas daño, desde ahora te anuncio la pérdida de tu nave y la de tus compañeros. Y si tú te libras llegarás tarde y mal a tu patria, y en extranjera nave, y hallarás en tu casa otra plaga: unos hombres soberbios que se comen tus bienes y pretenden a tu esposa. Te vendrá más adelante y lejos del mar, una suave muerte cuando ya estés abrumado de vejez y a tu alrededor los ciudadanos sean dichosos”.

Cuando así hubo dicho volvió a internarse en la sombra. Regresamos en seguida al bajel y ordené a mis compañeros, que desataran las amarras.

Embarcáronse y la honda corriente llevó nuestra nave nuevamente por el mar hasta la isla de Circe.

CIRCE ACONSEJA A ODISEO

Circe me tomó de la mano y me hizo sentar separadamente de los compañeros, y me preguntó cuanto me había ocurrido. Yo se lo conté.

Entonces me dijo:

³⁹El Sol.

“Oye ahora lo que te voy a decir: llegarás primero a la isla de las Sirenas que encantan a los hombres. Aquel que imprudentemente se acerca a ellas no vuelve a ver a su esposa ni a sus hijos, porque las Sirenas, sentadas en una pradera donde tienen a su alrededor enorme montón de huesos de hombres, le hechizan con sus cantos. Pasa de largo y tapa las orejas de tus compañeros con blanda cera a fin de que ninguno las oiga; mas si tú desearas oírlas, haz que te aten de pies y manos arrimado al mástil. Sólo así podrás deleitarte oyéndolas”.

“Más allá de las islas de las Sirenas hay dos caminos: a un lado se alzan peñas enormes contra las cuales rugen las inmensas olas. Ninguna embarcación ha llegado allí salva, pues las olas y las tempestades se llevan las tablas de los barcos y los cuerpos de los hombres”.

“Al lado opuesto hay dos escollos, el uno alcanza el anchuroso Uranos con su pico agudo coronado de pardo nubarrón que jamás le abandona. Ningún hombre, aunque tuviese 20 manos y 20 pies, podría subir al escollo, pues la roca es tan lisa que parece pulimentada. En medio del escollo hay un antro sombrío. Hacia él, Odiseo, lleva tu nave. En la profunda cueva mora Escila que aúlla terriblemente con voz semejante a la de una perra recién nacida. Es un monstruo perverso, tiene 12 pies todos deformes, y seis cuellos larguísimos cada cual con una horrible cabeza en cuya boca hay tres filas de apretados dientes. Está sumida hasta la mitad del cuerpo en la honda gruta, saca las cabezas fuera y registrando alrededor pesca del-fines, perros de mar y otros monstruos mayores. Por allí jamás pasó una embarcación cuyos marineros pudieran gloriarse de

haber escapado sanos y salvos, pues Escila arrebató a los hombres con sus horribles cabezas”.

“El otro escollo es más bajo y lo verás cerca del primero”. “Hay allí una higuera frondosa y a su sombra Caribdis sorbe las turbias aguas. Tres veces al día las echa afuera y otras tantas vuelve a sorberlas de un modo horrible. No te encuentres allí; Odiseo, cuando las sorba, pues nadie podría salvarte. Debes acercarte mucho al escollo de Escila y pasar muy rápidamente, pues mejor es que pierdas seis compañeros que no a todos”.

Así se expresó. Y le contesté diciendo:

“Háblame sinceramente, oh diosa. Si por algún medio logro escapar de Caribdis ¿podré atacar a Escila cuando quiera apoderarse de mis compañeros?”.

“Escila no es mortal, contra ella no hay defensa posible. Huir de su lado es lo mejor. Si te demoras junto al peñasco por atacarla, se lanzará otra vez y te arrebatará otros seis compañeros”.

“Llegarás más tarde a la isla Trinacria donde pacen las vacas de Helios que ni se reproducen ni mueren, porque son divinas. Si las respetas llegarás a Itaca; pero si les causas daño, desde ahora te anuncio la perdición de la nave y la de tus compañeros. Y aunque tú te escapes llegarás tarde y mal y tristemente a tu patria”.

Así dijo. Y yo ordené a mis compañeros que subieran a la nave y la diosa se internó en la isla.





CARIBDIS Y ESCILA

Conducida por el próspero viento que henchía las velas, avanzó la nave. Entonces dirigí la palabra a mis compañeros, diciendo:

“¡Oh, amigos, no conviene que sólo uno conozca los consejos que me dio la diosa Circe! Nos ordena rehuir la voz de las Sirenas y el florido prado donde se hallan. Sólo yo debo oírlas; pero atado de pies y manos a la parte inferior del mástil. Y aunque os ruegue o mande que me soltéis, atadme con más lazos todavía”.

Mientras hablaba, llegamos a la isla de las Sirenas. En el instante echóse el viento, reinó sosegada calma y algún dios adormeció las olas. Mis compañeros amainaron las velas y habiéndose sentado en los bancos, emblanquecían el agua agitándola con los remos. Tomé un gran pan de cera y partiéndolo me puse a apretar con mis manos; pronto se emblandeció la cera y fui tapando con ella los oídos a todos los compañeros. Atáronme luego con fuertes lazos, y sentándose tornaron a herir con los remos el espumoso mar.

Las Sirenas empezaron a llamarme con sonoro canto.

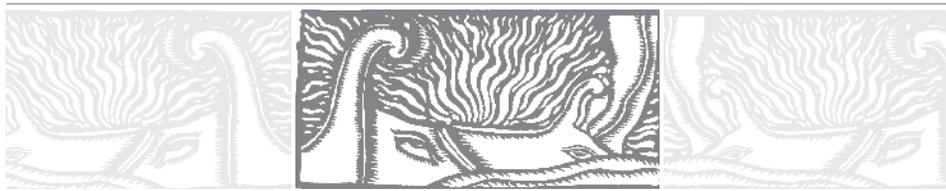
Ordené a mis compañeros que me desatasen; pero levantándose dos al punto atáronme más reciamente, y los demás siguieron remando. Cuando dejamos atrás las Sirenas, y ni su voz ni su canto se oía ya, quitáronse mis compañeros la cera y me desligaron.

Al poco rato percibí humo, grandes olas un fuerte estruendo. Mis amigos amedrentados soltaron los remos y la nave se detuvo.

Acercándome les dijo:

“¡Amigos! La desgracia que se nos presenta no es mayor que las que hemos sufrido. No olvidéis que escapamos del Cíclope gracias a mis consejos. Batid, pues, los remos, y tú, piloto, apártate de ese humo y de esas olas y procura llevar la nave cerca del escollo”.

Obedecieron, y yo, poniéndome la armadura, tomé dos lanzas y subí a esperar a Escila; pero no la vi. Pasamos el estrecho llorando. De un lado estaba Escila y del otro Caribdis sorbía de manera horrible las turbias aguas del mar. Al vomitarlas dejaba oír un murmullo como el de una enorme caldera que está sobre el fuego y la espuma llegaba a las cumbres de los dos escollos. El temor se apoderó de los míos y mientras mirábamos a Caribdis, temerosos de la muerte, Escila me arrebató seis compañeros. Cuando volví los ojos vi en el aire los pies y las manos de los que eran arrebatados y me llamaban, y de todo cuanto padecía, peregrinando por el mar, fue éste el espectáculo más lastimoso que vieron mis ojos.



ODISEO EN LA ISLA DE HELIOS

Legamos muy pronto a la isla donde pacía el ganado divino de Helios. Desde la nave oí los mugidos y me acordé de las palabras de Tiresias y de los consejos de Circe que me encargó que huyese de la isla.

Con el corazón afligido, dije a mis compañeros:

“Amigos, encaminemos el bajel lejos de la isla, porque Tiresias y Circe me anunciaron que en ella nos aguarda el más terrible de los infortunios”.

A todos se les quebraba el corazón, y Euríloco me dijo:

“¡Eres cruel, oh, Odiseo! Tus miembros no se cansan y debes de ser de hierro, ya que no permites a los tuyos, molidos de fatiga y de sueño, tomar tierra en esa isla, sino que los mandas que se alejen en la noche por el sombrío ponto. Obedezcamos a la noche, oh, Odiseo, y descansemos aquí. Al amanecer nos embarcaremos nuevamente”. Los demás compañeros aprobaron y yo afligido, les dije:

“Prometed, entonces, que si encontramos una manada de ovejas y de vacas, ninguno de vosotros matará ni una sola, y que comeréis sólo los manjares que nos dio Circe”.

Juraron y detuvimos la nave. Aparejamos la cena y mientras lloraban mis compañeras acordándose de los amigos a quienes devoró Escila, les sobrevino el sueño.

Cuando la noche llegó a su último tercio, Zeus suscitó una tempestad deshecha.

Al levantarse Eos de rosados dedos, pusimos la nave en seguridad llevándola a una profunda gruta, y yo, reuniendo nuevamente a mis amigos, repetí: “Puesto qué hay en la nave alimentos y bebida, abstengámonos de tocar esas vacas porque son de un dios terrible, Helios, que todo lo ve”.

Durante un mes, sopló el Noto. Y mientras no les faltó pan y vino, abstuviéronse mis compañeros de tocar las vacas por el deseo de conservar la vida. Pero tan luego como se agotaron los víveres, viéronse obligados a ir errantes tras peces y aves, porque el hambre nos atormentaba. Yo me interné en la isla, con el fin de orar a los dioses, y en tanto Euríloco dio a mis compañeros este pernicioso consejo:

“Oíd mis palabras, compañeros: todas las muertes son horribles; pero ninguna tan mísera como morir de hambre. Tómemos las más excelentes de las vacas de Helio; ofrezcamos sacrificios a los dioses, y si conseguimos tornar a Itaca, levantaremos un templo al dios Helios; pero si irritado quiere Helios perder nuestra nave, prefiero morir de una vez en las olas que consumirme lentamente en una isla desierta”.

Tales palabras profirió, y los demás las aprobaron. Seguidamente echaron mano a las vacas.

Al acercarme yo al bajel, llegó hasta mí el olor de la grasa quemada. Clamé a los dioses y reprendí a mis compañeros,

pero ya no había ningún remedio porque las vacas estaban muertas.

Los dioses mostraron varios prodigios: los cueros se movían y las carnes asadas y crudas mugían en los asaderos.

Durante seis días mis compañeros celebraron banquetes con las vacas sagradas. Al séptimo cesó el vendaval y nos embarcamos.

NAUFRAGIO DE ODISEO

Cuando ya no se divisaba tierra alguna, Zeus colocó encima de la nave una parda nube debajo de la cual se oscureció el ponto. En seguida desencadenóse gran tempestad; un torbellino rompió los dos cables del mástil que al caer hirió al piloto. Zeus despidió un trueno y arrojó su rayo en nuestra nave, que se estremeció llenándose de olor de azufre, y mis hombres cayeron al agua. Llevábalos el oleaje semejantes a cornejas marinas. Un dios los privó de la vuelta a la patria.

El mar separó los flancos de la quilla, y yo, atando con una sogá de buey, mástil y quilla, y sentándome en ambos, dejéme llevar por los perniciosos vientos.

Toda la noche anduve a merced de las olas, y al salir el sol llegué al escollo de Escila. Caribdis estaba sorbiendo las turbias aguas del mar y yo me lancé a la higuera y me agarré como un murciélago sin que pudiera afirmar los pies en sitio alguno. Me mantuve reciamente esperando que Caribdis vomitara el mástil, y cuando éste apareció por fin soltéme de pies y manos y caí con estrépito en medio de las aguas junto a los largos maderos, y sentándome encima me puse a remar con los brazos.

No permitió el padre de los hombres y de los dioses que Escila me viera, pues no me hubiese librado de la muerte.

Errante fui durante nueve días y en la noche del décimo los dioses me llevaron a la isla de la ninfa Calipso, hija de Atlante, la cual me acogió amistosamente y me prodigó sus cuidados ofreciéndome que me haría inmortal y libre de la vejez si me quedaba para siempre con ella.

Largo tiempo permanecí allí contra mi voluntad porque no disponía de naves. Sentábame en la playa, y allí me estaba, sin que mis ojos se secasen del continuo llorar y consumía mi existencia suspirando por el regreso; pues la ninfa ya no me era grata. Hasta que los dioses conmovidos ordenaron a Calipso que me despidiera. Llegándose entonces a mí, me dijo:

“Desdichado, no llores más ni consumas tu vida porque de buen grado te dejaré que partas. ¿Quieres abandonarme y regresar a tu casa? Bien ido seas. Si conocieses los males que te aguardan, te quedarías conmigo y yo te libraría de la vejez y la muerte. Pero estás deseoso de ver a tu esposa, de la que padeces nostalgia todos los días. Sabe que me vanaglorio de no serle inferior, que no pueden competir las mortales con las diosas”.

Respondí al punto:

“No te enojas conmigo, veneranda deidad. Conozco muy bien que la prudente Penélope no puede igualarte en hermosura. Con todo, quiero y ansío irme a mi casa y ver lucir el día de mi regreso. Y si alguno de los dioses quiere aniquilarme en el oscuro mar, lo sufriré. He padecido mucho así en el mar como en la guerra. Venga este mal tras de los otros”.

No bien se mostró Eos, hija de la mañana, vistióse la ninfa y me condujo a un extremo de la isla donde crecían grandes árboles, y cuyos troncos secos desde muy antiguo eran muy duros y a propósito para mantenerse a flote sobre las aguas. Derribé 20 y ensamblándolos con bronce, construí con ellos fuerte balsa. Al cuarto día ya estaba terminada y al quinto despidióme de la isla la divina Calipso, dándome vestiduras, un odre de vino, otro mayor de agua, un zurrón de cuero con abundantes provisiones, y mandándome favorable y plácido viento.

Gozoso desplegué las velas y sentándome comencé a regir el timón sin que el sueño rindiese mis párpados.

Diecisiete días navegué a través del ponto, y cuando alegre vi los montes del país de los Feacios, Poseidón que sacude la tierra, me miró. Encendióse de ira y echando mano al tridente reunió las nubes y turbó el mar levantando olas inmensas. Zozobró la balsa y mucho tiempo permanecí sumergido. Salí por fin despidiendo de la boca el agua amarga y nadando vigorosamente pude asir la balsa y sentarme en ella para evitar la muerte.

Viome la ninfa Ino, la de los bellos pies, y apiadándose de mí, díjome estas palabras:

“¡Desdichado! ¿Por qué Poseidón que sacude la tierra, se irritó tan fuertemente contigo? Haz lo que voy a decirte: Quítate esos vestidos, deja la balsa, y a nado gana la tierra de los Feacios. Toma, extiende este velo bajo tu pecho y no temas morir. Así que toques tierra firme quítatelo y arrójaló al mar”.

Yo gemía indeciso, y mientras meditaba lo que debía hacer, Poseidón levantó una ola inmensa y lanzóla contra mí desbaratando la balsa y dispersando como pajas los maderos.

Sentado en un leño, desnudéme los vestidos que me diera Calipso y extendiendo el velo, echéme al agua. Viome el poderoso dios y picando sus corceles, se fue a su morada.

Dos días anduve errante, mas al tercero aplacóse el vendaval y pude ver que la tierra estaba muy cerca. El mar se rompía en las peñas, y bramaban contra las rocas las olas inmensas. Apartándome llegué hasta la desembocadura de un río de hermosa corriente. El río apaciguó sus olas y me acogió. Dobláronse mis rodillas y quedéme tendido en la ribera, sin fuerzas, porque el cansancio me abrumaba. Cuando respiré, desaté el velo y arrojélo en el río que corría hacia el mar; llevóselo una ola grande y pronto la ninfa lo tuvo en sus manos.

Entonces busqué un asilo y metiéndome debajo de unos arbustos donde había abundancia de hojas secas, Atenea derramó sobre mis ojos el dulce sueño.





ODISEO EN EL PAÍS DE LOS FEACIOS

Mientras dormía Odiseo, Atenea se encaminó a la ciudad de los Feacios donde reinaba a la sazón Alcínoo. Penetró en la estancia del palacio en que dormía una doncella parecida a las diosas por su hermosura, Nausícaa, hija de Alcínoo, y tomando el aspecto de una joven muy querida de ella, le dijo: —“¡Nausícaa! tienes descuidadas tus vestiduras y cercano está el día de tu casamiento, en el que necesitarás ataviarte con los más hermosos vestidos. Vayamos a lavarlos; yo te acompañaré. Pide a tu padre que mande prevenir al rayar el alba el carro en que llevarás tus mantos espléndidos”.

Dijo así, y cuando hubo aconsejado a la doncella, se fue al Olimpo.

Pronto vino Eos, y despertó a Nausícaa. La doncella, admirada del sueño, se fue por el palacio y dijo a su padre:

“¡Padre querido! ¿Querrías ordenar que me aparejasen un carro para que fuese al río y lavase nuestras hermosas vestiduras?”.

El respondió: “Ve, hija. Mis esclavos te prepararán un carro alto y grande capaz de llevar toda tu carga”.

Prepararon fuera de la casa un carro, y mientras Nausícaa sacaba de la habitación los espléndidos vestidos, su madre púsole en una cesta toda clase de manjares.

Nausícaa tomó el látigo y asiendo las riendas fuese acompañada de sus esclavas.

Así que llegaron al río sacaron las ropas, las metieron en las profundas aguas y las pisotearon en las pilas rivalizando unas y otras en hacerlo con destreza. Después se bañaron y se pusieron a comer a la orilla del río. Mientras Helios secaba las ropas. En seguida jugaron a la pelota y Nausícaa, la de los brazos de nieve, comenzó a cantar. Cuando ya estaba a punto de volver a su morada, la princesa arrojó la pelota errando el tiro, y todas gritaron fuertemente.

Despertóse Odiseo, y sentándose se dijo:

“Ay de mí ¿qué gentes habitarán esta tierra a donde he llegado? A mí llegan voces de mujer... ¿Será la voz de las ninfas que viven en la cumbre de las montañas y en los manantiales de los ríos?”.

Hablando así salió de entre los arbustos cubriendo su desnudez con una frondosa rama, e igual que un montaraz león se apareció entre las doncellas que huyeron despavoridas. Sólo la hija de Alcínoo se mantuvo firme, y Odiseo le habló con blandas palabras: “¡Oh, reina! ¡Ya seas diosa, ya mortal, yo te imploro! Si eres una diosa de las que habitan el anchuroso Uranos, te hallo parecida a Artemisa por tu hermosura y gracia, y si naciste de los hombres que moran en la tierra, itres veces felices sean tu padre y tu venerable madre y tus hermanos! Te contemplo con admiración ¡oh, mujer! y me infunde temor

abrazar tus rodillas, aunque estoy abrumado de un pesar muy grande. Ayer pude salir del ponto después de 20 días en que me vi a merced de las olas. Algún dios me ha echado aquí acaso para que padezca nuevas desgracias. Pero tú ioh, reina! apiádate de mí ya que eres la primera persona a quien me acerco después de soportar tantos males. Así los dioses te concedan cuanto tu corazón anhele”.

Nausícaa, la de los brazos de nieve, le respondió:

—“¡Forastero! Sabe que el mismo Zeus distribuye la felicidad así a los buenos como a los malos, y si te dio esas penas justo es que las sufras. Pero ahora que has llegado a nuestra ciudad, no carecerás de ninguna de las cosas que debe tener un suplicante. Te mostraré la población y te diré el nombre de nuestro pueblo: los Feacios poseen la ciudad y la comarca y yo soy la hija del magnánimo Alcínoo, cuyo es el imperio de este pueblo”.

Dijo y dio esta orden a las esclavas:

—¡Deteneos, esclavas! ¿A dónde huís por haber visto un hombre? Éste es un infeliz que viene perdido y es necesario socorrerle, pues todos los forasteros y mendigos vienen de Zeus. Así, pues, dadle de comer y de beber y lavadle en el río.

Detuviéronse las esclavas, condujeron a Odiseo a un lugar abrigado para que se lavara, y le dejaron un manto y una túnica.

Luego que se hubo lavado y ungido con aceite, cubrióse con las vestiduras que le diera la doncella y Atenea hizo que apareciese hermoso.

Las esclavas le ofrecieron manjares y bebidas y Odiseo bebió y comió con avidez porque desde hacia mucho tiempo estaba en ayunas.

Entonces Nausícaa le dijo:

“Levántate, forastero, y partamos para la ciudad. Yo te guiaré a la casa de mi padre”.

Llegaron a la mansión de Alcínoo que resplandecía como Helios y Selene. En la casa halló a los caudillos y príncipes de los Feacios y tendiendo los brazos a las rodillas de la reina, comenzó su ruego de esta manera:

“Oh, reina, después de sufrir mucho, vengo a tu esposo y a ti, a quienes permitan los dioses vivir felizmente. Hace mucho que ando lejos y padeciendo infortunios, dadme hombres que me conduzcan para que pronto vuelva a la patria”.

Dicho esto sentóse junto al hogar en la ceniza.

El rey Alcínoo hízolo sentarse en una silla espléndida; una esclava dióle aguamanos que trajo en magnífico jarro de oro y que vertió en fuente de plata. La dispensera trájole pan e innúmeros manjares y Odiseo comenzó a comer y beber.

Alcínoo dijo:

“¡Príncipes y capitanes Feacios! Acabada la cena idos a dormir a vuestras casas. Mañana ejerceremos en el palacio los deberes de la hospitalidad, y en seguida concertaremos lo más oportuno para que pueda nuestro huésped volver a la patria tierra por lejana que esté”.

Los generosos Feacios condujeron en una de sus naves a Odiseo hasta el país de Itaca, donde el héroe, ayudado por Atenea, pudo llegar a su morada. Durante su ausencia, que duró 20 años, su hijo Telémaco, al que dejara en la cuna, se había hecho hombre. Vivía en su palacio con la hermosa Penélope, su madre, y grandes calamidades habían caído sobre ellos porque

los príncipes y señores de Itaca, al ver que Odiseo no regresaba, instaron a Penélope para que escogiera marido de entre ellos. Penélope los engañó largo tiempo con mil argucias de las cuales la más famosa fue ésta: púsose a labrar una gran tela que debía servir de mortaja a Laertes, padre de Odiseo, y dijo a los pretendientes que, al terminarla, escogería marido. Y cuatro años más los tuvo esperando, pues deshacía de noche lo hecho durante el día. Cuando los pretendientes se dieron cuenta, declararon que se instalaban en la casa hasta que ella se resolviera por alguno. Y empezaron a comerse entre todos la hacienda de Odiseo. Desesperado Telémaco resolvió, por consejo de Atenea, salir de Itaca para ir en busca de su padre.

Cuando Odiseo hubo llegado a Itaca, la diosa lo hizo regresar y les suscitó un encuentro en casa de uno de los esclavos del hijo de Laertes. Y juntos resolvieron acabar con los pretendientes.

Disfrazado de mendigo llegó Odiseo a su propia casa: los pretendientes que comían y bebían en la sala, lo llenaron de injurias y él lo soportó todo con paciencia esperando el momento de la venganza.





ODISEO EN ITACA

A costóse Odiseo en el vestíbulo de la casa; tendió la piel de un buey y echó encima otras muchas pieles de ovejas sacrificadas, y tendido, discurría males contra los pretendientes.

Atenea inspiróle en el corazón a la discreta Penélope, que en la propia casa de Odiseo les sacara a los pretendientes el arco y el pulido hierro, a fin de celebrar un certamen. Subió Penélope la alta escalera de la casa, tomó en su hermosa mano la llave de bronce y se fue al aposento interior donde guardaba los objetos preciosos del rey —bronce, oro y labrado hierro— y también el arco y las flechas. Rechinaron las hojas como muge un toro que pasa en la pradera y abrióse inmediatamente la puerta. Penélope descolgó de un clavo el arco, y sentándose allí mismo lloró ruidosamente. Cuando ya estuvo harta de llorar y gemir, fuese hacia la habitación donde se hallaban los pretendientes, paróse ante la columna que sostenía el techo, con las mejillas cubiertas por espléndido velo, y les habló de esta manera:

“Oídme, ilustres pretendientes, los que habéis caído sobre esta casa para comer y beber de continuo durante la prolongada

ausencia de mi esposo, sin poder hallar otra excusa que la intención de casaros conmigo y tenerme por mujer. Os propongo este certamen: pondré aquí el gran arco de Odiseo, y aquel que más fácilmente lo maneje, lo tienda y haga pasar una flecha por el ojo de las 12 segures, será con quien yo me vaya, dejando esta casa a la que vine casi niña y que es tan hermosa que me figuro que habré de acordarme de ella aun entre sueños”.

Tales fueron sus palabras, y mandó en seguida al porquerizo que ofreciera el arco a los pretendientes.

Antínoo, el más audaz de los pretendientes, dijo: “Creo que nos será difícil armar ese pulido arco, porque no hay entre todos los que aquí nos encontramos, un hombre como fue Odiseo”. Así les habló, pero allá dentro de su ánimo, tenía esperanzas de armar el arco y hacer pasar la flecha a través del hierro. Telémaco les dijo:

“Oh, dioses, dícame mi madre querida que se irá con otro y saldrá de esta casa; y yo creo que Zeus me ha vuelto el juicio. Ea, pretendientes, no difiráis la lucha con pretextos, y no tardéis en hacer la prueba de armar el arco, para que os veamos. También yo lo intentaré; y si logro armarlo y hacer pasar la flecha a través del hierro, mi madre no me dará el disgusto de irse con otro y abandonar el palacio”.

Dijo, y poniéndose en pie, se quitó el manto y descolgó de su hombro la espada. En seguida hincó las segures abriendo para todas un gran surco, alineándolas a cordel y poniendo tierra a ambos lados. Todos se quedaron sorprendidos al notar con qué buen orden las colocaba. De seguida, fuese al umbral y probó a tender el arco. Tres veces lo movió, con el deseo de

armarlo, y tres veces hubo de desistir de su propósito. Y lo hubiese armado acaso, tirando con gran fuerza por la cuarta vez, pero Odiseo se lo prohibió con una seña, y le contuvo en su deseo. Entonces, Télémaco habló de esta manera:

“¡Oh, dioses! O soy ruin y menguado o soy aún demasiado joven, y no puedo confiar en mis brazos para rechazar a quien me ultraja. Probad el arco vosotros que me superáis en fuerza, y acabemos el certamen”.

Diciendo así, puso el arco en el suelo y volvió a su asiento, y Antínoo habló de esta manera:

“Levantaos consecutivamente, compañeros, empezando por la derecha”.

Y a todos les agradó lo que dijo. Levantóse primero Liodes, que era el único que aborrecía las iniquidades que cometían los demás pretendientes, y probó el arco; mas no pudo tenderlo con sus manos blandas y no encallecidas, y al momento dijo así a los otros:

“¡Amigos! Yo no puedo armarlo; tómelo otro. Ahora cada cual espera en su alma que se le cumplirá el deseo de casarse con Penélope; mas tan pronto como vea y pruebe el arco ya puede dedicarse a pretender a otra aquiva, solicitándola con regalos de boda”. Antínoo ordenó a un cabrero que encendiera lumbre en la sala, y que trajera una gran bola de cebo para que los jóvenes calentando el arco y untándolo con grasa, pudieran armarlo; mas no consiguieron tenderlo porque les faltaba la fuerza. Quedaban sólo sin probarlo Antínoo y Eurímaco que eran los príncipes entre los pretendientes y a todos superaban en fuerza.

Entonces salieron juntos de la casa el porquerizo, el boyero y Odiseo, quien les dijo:

“Si Odiseo llegara de súbito porque alguna deidad os lo trajese ¿os pondríais de parte de los pretendientes o de parte suya? Contestad como vuestro corazón os lo dicte”.

Dijo entonces el boyero: “¡Padre Zeus! ¡Qué vuelva aquel varón y tú verías cuál es mi fuerza para defenderlo!”.

El héroe les dijo entonces: “Pues aquí lo tenéis, soy yo que después de muchos trabajos he vuelto tras 20 años de pesares a la patria tierra”.

Y les mostró la cicatriz que tenía en la pierna y que servía para reconocerle. Ambos la vieron y examinaron cuidadosamente y en seguida rompieron en llanto, echaron los brazos sobre Odiseo y le besaron la cabeza y los hombros.

Odiseo los calmó, diciendo: “Cesad de llorar y de gemir, no sea que alguno lo vea. Entremos al palacio uno tras otro y acordaos de esto que os digo: los ilustres pretendientes no han de permitir que se me dé el arco; pero tú, porquerizo, tráelo, pónmelo en las manos y di a las mujeres que cierren las puertas y que si alguna oyere gemidos o estrépito de hombres, no se asome”.

Hablando así, entró en el espléndido palacio, y fue a sentarse en el sitio que antes ocupaba. Luego penetraron también los dos esclavos. Ya Eurímaco manejaba el arco, dándole vueltas y calentándolo, mas no conseguía armarlo, y entonces Antínoo habló así:

“¡Eurímaco! Pon en tierra el arco y ofrezcamos un sacrificio a Apolo para ver si así podemos armarlo y terminar este certamen”.

El ingenioso Odiseo, les habló entonces de este modo:

“Oídmme, pretendientes: dejad el arco y mañana algún dios dará bríos a quien le plazca. Pero ahora entregádmelo a mí y probaré con vosotros mis brazos y mi fuerza”.

Todos sintieron gran indignación, y Antínoo lo increpó, diciendo:

“¡Miserable mendigo! ¿No te basta estar sentado tranquilamente en el festín con nosotros, sin que se te prive de ninguna de las cosas del banquete? Sin duda te trastorna el vino que suele perjudicar a quien lo bebe. Si llegaras a tender el arco, te anuncio una gran desgracia, pues no habrá quien te defienda en este pueblo”. Entonces Penélope habló a Antínoo, diciendo:

“No es decoroso ni justo que se ultraje a los huéspedes de Telémaco. ¿Por ventura crees que si el huésped tendiese el arco de Odiseo, me llevaría a su casa para tenerme por mujer propia? Ni él mismo concibió en su pecho tal esperanza, ni eso se puede pensar razonablemente”.

Dijo entonces Telémaco: “¡Madre mía, ninguno de los aqueos tiene poder superior al mío para dar o rehusar el arco a quien me plazca. Vuelve a tu habitación, y ocúpate en las labores que te son propias, que del arco nos cuidaremos los hombres, y principalmente yo, que mando en esta casa”.

Asombrada se fue Penélope a su habitación, y en tanto el porquerizo tomó el arco para llevárselo al huésped. Todos los pretendientes se enfurecieron; pero él atravesó la sala y lo puso en las manos de Odiseo. En seguida hizo cerrar sólidamente todas las puertas.

Tomó el héroe una flecha que estaba encima de la mesa, armó el arco, apuntó al blanco, despidió la saeta y no erró ni un solo tiro. Después, dijo a Telémaco:

“¡Telémaco! ¡No te afrente el huésped que está en tu palacio! Ni erré el blanco ni me costó gran fatiga armar el arco. ¡Mis fuerzas están íntegras todavía!”.

Saltó entonces al umbral con el arco y la aljaba repleta de flechas, y habló así a los pretendientes:

“El certamen fatigoso está acabado; ahora apuntaré a otro blanco”. Y enderezó la saeta hacia Antínoo. Levantaba éste una copa de oro entre sus manos, cuando la flecha, hiriéndole en la garganta, asomó por la cerviz. Desplomóse Antínoo y brotó de sus narices un espeso chorro de sangre. En la caída empujó la mesa dándole con el pie y esparció las viandas por el suelo. Al verle caído, los pretendientes levantaron gran tumulto dentro del palacio; dejaron las sillas y moviéndose por la sala recorrieron con los ojos las bien labradas paredes, pero no había ni un escudo ni una lanza de qué echar mano, y con airadas voces dijeron a Odiseo:

“¡Oh, forastero, mal haces en disparar el arco contra los hombres! Ahora te aguarda una terrible muerte, porque quitate la vida a un varón que era el más notable de los jóvenes de Itaca, y por ello te comerán a ti los buitres”.

Así hablaban figurándose que había muerto a aquel hombre involuntariamente.

Dijo con torva faz Odiseo:

“¡Ah, perros! ¡No creáis que volviese a mi morada y me arruinábais la casa, y estando yo vivo cortejábais a mi esposa

sin temer a los dioses! Ahora pende la ruina sobre vosotros todos”.

Los pretendientes desenvainaron las espadas para combatir, pero en el mismo instante Odiseo empezó a disparar sus flechas. Mientras tuvo flechas para defenderse fue apuntando e hiriendo sin interrupción a los pretendientes, los cuales caían uno en pos de otro. Mas en el momento en que se le acabaron dejó el arco, echóse al hombro al un escudo de cuatro pieles, cubrió la robusta cabeza con un yelmo, y asió dos fuertes lanzas y junto con Telémaco atacó a los pretendientes.

Cuando los vio a todos, tantos como eran, caídos entre la sangre y el polvo, dijo a Telémaco que llamara a las esclavas para que limpiaran la sangre.

Atenea llegó a la estancia superior donde descansaba Penélope, y le dijo estas palabras:

“Despierta, Penélope, para ver con tus ojos lo que anhelas todos los días. Ya llegó Odiseo, ya volvió a su casa, y ha dado muerte a todos los pretendientes”.

Alegróse Penélope y saltando de la cama comenzó a destilar lágrimas y bajó de la estancia superior.

El héroe se hallaba sentado de espaldas y Penélope permaneció mucho tiempo sin desplegar los labios por tener el corazón indeciso: unas veces mirándole fijamente veía que aquel era realmente su aspecto; y otras no le reconocía a causa de las miserables vestiduras que llevaba.

Telémaco habló así entonces:

“¡Madre mía! ¿Por qué estás tan apartada de mi padre, en vez de sentarte a su lado y hacerle preguntas y enterarte

de todo? Ninguna mujer se quedaría así con el ánimo firme, cuando su esposo vuelve después de 20 años a la patria tierra”.

Respondióle Penélope:

“Hijo mío, atónito está mi ánimo y no podría decirle ni una palabra, ni hacerle preguntas, ni mirarlo frente a frente”.

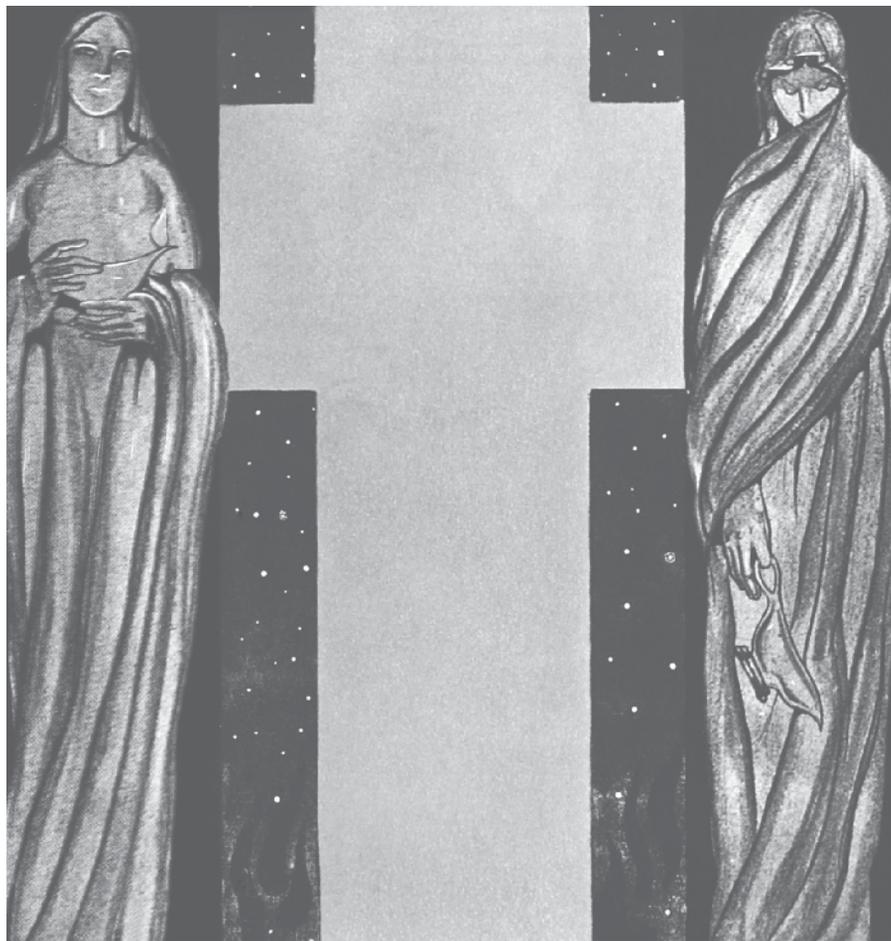
Se adelantó y desfallecieron sus rodillas. Él corrió a su encuentro derramando lágrimas y ella echóse en sus brazos y le besó en la cabeza.





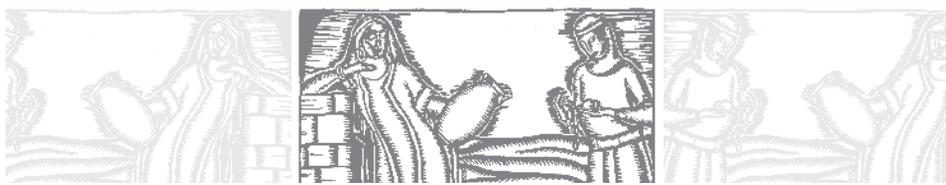
LOS HEBREOS





ANTIGUO TESTAMENTO





ISAAC Y REBECA

Ya estaba muy viejo Abraham; Sara, su mujer, había muerto; él se hallaba lleno de pesadumbre y, presintiendo su fin, quiso dejar casado a su hijo Isaac. Llamó a Eliezer, su siervo más anciano, a quien había confiado empresas costosas, porque le amaba, y le dijo que iría a Mesopotamia, a buscar esposa entre los suyos para Isaac, pues no quería que tomase mujer cananea. El siervo se llenó de temor, pero el patriarca le alentó diciéndole que el Dios que velaba sobre él y su descendencia, le asistiría a través del viaje.

Eliezer preparó 10 camellos, los cargó con lo mejor que había en las bodegas del patriarca, cogió lo más delicado entre sus joyas, y partió hacia Mesopotamia.

Cuando ya estuvo próximo a la ciudad, se postró a hacer oración, pidiendo a Dios la gracia de reconocer a la joven que su amo desposaría, para continuar la santa descendencia del pueblo de Israel. Hizo arrodillarse a sus camellos a corta distancia de un pozo: allí venían al atardecer todas las jóvenes de la aldea a buscar agua. Después oró, diciendo:

“Jehová, dame la gracia de un buen encuentro. La joven que se acerque al pozo y me ofrezca agua para mí y para mis camellos, será la que destine tu voluntad a Isaac, mi amo”.

Vinieron las jóvenes, la primera de ellas Rebeca, hija de Betuel, hermano de Abraham. La miró el siervo, vio que era hermosa de cuerpo y que su semblante era puro, y le pidió de beber.

Rebeca bajó su cántaro hasta las manos del siervo, y cuando hubo bebido, le dijo:

“También daré de beber a tus camellos”.

Hundió el cántaro en el pozo, y fue abrevando una por una a las bestias. Cuando bebió el último camello, Eliezer preguntó a la joven por su familia. Rebeca respondió:

“Soy hija de Betuel, sobrina de Abraham. En la casa de mis padres hay paja en abundancia para tus camellos, y lecho para que descanses esta noche”.

Entonces el siervo, viendo que todo esto venía de la mano de Dios, se postró e hizo su acción de gracias. En seguida puso en manos de Rebeca los presentes de oro y plata que traía consigo.

Rebeca corrió hacia su casa a contar a sus padres el suceso. Salió su hermano Labán a recibir a los mensajeros, descinchó sus camellos, ofreció al siervo y a los camelleros agua para que lavasen sus pies, y les invitó a la mesa.

“No comeré, dijo Eliezer, mientras no haya dicho a vosotros el motivo de mi viaje. Soy siervo de Abraham, a quien Dios ha bendecido, dándole muchos rebaños, vacadas, camellos y asnos, y tesoros de toda especie. Su mujer le ha concedido un hijo, y él, deseando que tome esposa entre los suyos, me ha enviado en busca de vosotros. Me resistí, diciéndole que tal vez la

joven que eligiese no querría marchar conmigo, por ser yo un siervo; pero él me ha enviado bajo juramento a buscarla. Se ha hecho visible la voluntad del Señor en mi elección de Rebeca. Declaradme ahora si seréis propicios al deseo de mi amo, a fin de que yo regrese solo o con ella hacia Canaan”.

Los padres contestaron que, según todos los signos, ésta era la voluntad de Jehová, y entregaron la hija al servidor.

Cubrióla éste de collares y adornos finísimos, y repartió otros entre los suyos. Descansó solamente aquella noche y al amanecer preparó sus camellos para el regreso.

Los padres bendijeron a Rebeca, diciéndole:

“Seas madre de miles de hombres y tu descendencia posea la puerta de sus enemigos”.

Acompañada de su hermana y su nodriza, Rebeca se puso en marcha hacia la tierra de Isaac, a quien no conocía y que había de ser su esposo.

Al atardecer, Isaac venía por el campo; era ésta la hora en que hacía meditación. Vio la polvareda de los camellos y se volvió hacia la caravana. Rebeca preguntó al siervo por el hombre que los miraba llegar, y al saber que era Isaac, bajó los velos sobre su cara. La recibió Isaac, escuchó el relato de su siervo, y haciéndola entrar en su casa, la tomó por esposa y la amó toda su vida. Y así fue consolado de la muerte de Sara, su madre.





JACOB Y RAQUEL

Eran dos hermanos: Jacob y Esaú; pero Esaú no amaba a Jacob, y su madre sufría al mirarlos ir y venir, sin amor, por su casa.

Isaac, su padre, llamó un día a Jacob y le dijo que no era su voluntad que tomase mujer cananea, y le mandó partir hacia la tierra de su tío Labán, para tomar esposa de su sangre.

Jacob abandonó, pues, su tierra, caminando todo el día hacia el Oriente.

Al llegar la noche, eligió un lugar en el medio del campo para dormir, y puso una piedra por almohada bajo su cabeza. Durmió y tuvo un sueño maravilloso: veía una escala cuya base estaba en la tierra, en el sitio en que reposaba su cuerpo; subía y subía hasta llegar al cielo, y los ángeles iban y venían por ella.

Mientras gozaba de la visión, oyó una voz exclamar:

—“Yo soy Jehová, el Dios de Abraham y de tu padre Isaac, y la tierra en que descansas la daré a ti y a tu simiente”.

“Tu descendencia será numerosa como el polvo; se ha de extender al Occidente y al Oriente, al Aquilón y al Mediodía, y en ella serán benditas todas las generaciones del universo”.

“Seré contigo y te guardaré por donde vayas, hasta que se haya cumplido en ti mi promesa”.

Despertó Jacob lleno de turbación, y dijo:

—“Este lugar es pavoroso y sagrado; parece la misma puerta del cielo, y yo no lo sabía”.

Para recordarlo y volver a él, tomando aceite, lo derramó sobre la piedra.

Siguió caminando, hasta encontrar en su camino un abrevadero de rebaños. Un grupo de pastores hacía beber a las ovejas: levantaban la piedra, arrimaban al pozo los corderos, y lo volvían a sellar. Jacob se aproximó, y les preguntó si conocían a Labán. Los pastores respondieron:

—“Le conocemos, y he aquí que viene caminando hacia el agua su hija Raquel”.

Estaban todavía hablando cuando vieron venir a Raquel, entre una manada de ovejas, porque era pastora como ellos. Entonces Jacob levantó él mismo la piedra y dio de beber una por una a las ovejas de Raquel. Después se acercó a ella, la besó, y contándole que era hijo de Rebeca, hermana de Labán, lloró de alegría.

La joven corrió a su casa a dar la buena nueva a su padre. Labán salió al encuentro de Jacob, y al ver su semblante, que le recordaba el de su hermana, lo saludó así:

—“Ciertamente eres de mi carne y de mis huesos”.

Tenía Labán gran casa, muchos campos y dos hijas: Lía y Raquel. Ambas eran hermosas, pero Jacob amó a Raquel.

Después de algún tiempo, Labán preguntó a Jacob qué salario pedía; éste ofreció servirle siete años para obtener a su hija Raquel.

Le sirvió, pues, Jacob, siete años, que le parecieron como unos cuantos días, por el amor de Raquel.

Al terminar el plazo, Labán preparó grandes fiestas para celebrar los desposorios; pero en vez de dar a Jacob la elegida, le dio a Lía, la mayor.

Cuando Jacob reclamó a Labán del engaño, éste le prometió darle a Raquel, si seguía a su servicio otros siete años.

Aceptó Jacob la voluntad de su tío, y siguió pastoreando los grandes rebaños, que Dios aumentaba bajo su mano.

Labán era avaro y mentiroso, y se aprovechaba del trabajo leal de Jacob en provecho suyo. Jacob, para obtener el precio de sus años de servidumbre, tuvo que valerse de malicia.

Labán le había dicho que serían suyas las corderas negras y los cabritos de dos colores que naciesen (los cuales eran muy raros entre los rebaños). Jacob entonces puso en los arroyos a donde iban a beber las cabras, ramas que pintarrajeaba de blanco, abriéndoles listas claras con su cuchillo. De las cabras que miraban estas ramas, nacían cabritos pintados.

Así, el rebaño de Jacob fue aumentando prodigiosamente, con mucha envidia de Labán.

Cuando se cumplieron los 14 años, Labán le dio por mujer, a Raquel. Agradecido, Jacob se quedó otros siete a su servicio.

Jacob llegó a tener 12 hijos: su familia era numerosa, y Labán miraba sin alegría esa prosperidad. Entonces cogió a sus mujeres, sus camellos, sus asnos, sus ovejas, y volvió a su país.

Salió a recibirlo en ánimo de guerra Esaú; pero Jacob lo desarmó con su generosidad. Hizo separar para él buena parte de sus rebaños, y cuando le vio venir, se postró a sus pies, pidiéndole le devolviese su amor de hermano.

Llegó Jacob a su tierra; alcanzó la felicidad de abrazar a su anciano padre, Isaac, y le hizo compañía tierna hasta su muerte, sepultándolo al lado de Rebeca, y junto de Abraham y Sara.





LA HISTORIA DE JOSÉ

Jacob vivía en Canaan, y tenía 12 hijos, que apacentaban ovejas, vendimiaban o sembraban los trigos del año. Jacob tenía estos hijos de varias esposas, porque la tierra no estaba bien poblada, solía haber más trigo que segadores, y los hombres por esto, se casaban varias veces. No tenían la misma madre los hijos de Jacob, y no se amaban entre sí. Jacob era ya muy viejo y quería particularmente al menor de los hijos, a José, que era hijo de su esposa más querida.

José solía tener sueños maravillosos, que contaba a sus hermanos al otro día, mientras descansaban, a la hora de la siesta, en el campo.

Un día les dijo:

—He soñado que estábamos segando. Yo ponía mi gavilla, que se quedaba muy derecha, sobre el campo, y los 11 de vosotros se inclinaban en torno de ella.

—¿Qué queréis decir con eso? —le preguntaron irritados sus hermanos—¿que vos gobernaréis sobre nosotros?

Y como no le amaban, hallaron fealdad en su sueño.

José era inocente y volvió a contarles otro sueño suyo, días más tarde.

—He soñado que el sol, la luna y 11 estrellas, se inclinaban delante de mí.

Entonces su padre le reprendió, preguntándole si con su relato quería significar que su padre, su madre y sus hermanos, se habían de postrar delante de él. Pero José no tenía voluntad sobre sus sueños y los contaba por candor.

Los hermanos desde entonces lo amaron menos aún, y resolvieron hacerle daño, porque soñaba cosas grandes, y también porque su padre le acariciaba más y le había dado en esos días una túnica nueva de colores.

Una vez andaban los hermanos por el campo, guiando a las ovejas hacia los buenos pastos. José estaba con Jacob, y éste lo mandó a que se fuera a reunir con ellos.

Cuando lo vieron venir, los hermanos se dijeron:

—Allá viene el de los sueños. No hay nadie en el campo y podemos matarle; le echaremos después en una cisterna y creerán que lo ha muerto una fiera.

Rubén, uno de ellos, que no era malo, les dijo, atribulado:

—¿Para qué hemos de matarle nosotros mismos y mancharnos con sangre? Mejor echémosle vivo en una cisterna y allí morirá solo.

Él pensaba en venir por la noche y sacarlo del pozo.

Aceptaron los hermanos. José se aproximaba; se arrojaron sobre él y lo precipitaron adentro. Pero la cisterna estaba seca.

En ese momento asomó por el camino una caravana de mercaderes. Eran ismaelitas, hombres del desierto, y llevaban

muchos camellos, cargados con materias preciosas, que cambiaban en los diversos pueblos: resinas, clavos de olor, bálsamos, telas teñidas con zumos intensos, colmillos de elefante y muchas cosas maravillosas que se daban en la Arabia o se fabricaban en Egipto.

También solían llevar esclavos, que compraban los ricos para su servicio de toda la vida.

Judá, otro hermano, propuso entonces:

—No nos manchemos con sangre del hermano; es nuestra carne; vendámoslo a estos mercaderes.

Aceptaron los otros, porque siendo perversos, tenían, sin embargo, miedo de matar, y llamaron a los mercaderes de la caravana.

Se acercaron éstos; los hermanos sacaron de la cisterna a José, que miraba en torno sin saber qué harían de él. Los ismaelitas vieron al niño: era hermoso y muy tierno, y los miraba con unos ojos grandes de miedo.

Dieron a los hermanos 20 monedas de plata, pusieron a José entre la jiba de un camello cargado, y se alejaron con él, sin que los hermanos los llamaran para recuperar al inocente.

Viajaron días y noches por tierras extrañas, pasaron pueblos y pueblos, y José no sabía a dónde le llevaban.

Llegados al Egipto, lo vendieron a un rico, llamado Putifar.

SIERVO EN EGIPTO

Entró en su casa José, y empezó a ser siervo, aunque tenía lejos un padre, dueño de grandes rebaños.

De esclavo pasó pronto a ser administrador o mayordomo del palacio. Gobernaba a los otros siervos, vigilaba las caballerizas, repartía los frutos y proveía a la casa. Era diligente y tenía modales suaves.

Putifar estaba casado con una mala mujer, que un día dijo a José que lo amaba. José le contestó que su amo le había dado poder sobre todas las cosas de la casa, con excepción de ella, su esposa. Volvió a hablarle, y José por desprenderse de ella, dejó en sus manos su manto y salió, huyendo.

Al volver Putifar, la mala mujer acusó a José de insolencia contra ella. La creyó Putifar y arrojó de su palacio al siervo fiel e hizo que lo tomaran los guardas y lo llevaran a la cárcel. Como José era un esclavo, no fue oído, e inocente, entró a vivir con los demás penados.

Allá no le abandonó su alegría, que era la alegría de Dios, y sufría lleno de paciencia. En vez de vivir irritado entre los presos, se hizo el compañero bueno de ellos: les enseñaba a trabajar, les contaba lindas historias y así les daba gozo con su compañía. Todos le obedecían por amor, y el jefe de la cárcel, que lo miraba, le entregó la guarda de los presos.

Dos personajes de la corte habían caído en desgracia y se encontraban en la misma cárcel con José: un copero y un jefe de panaderos del faraón. Un día amanecieron preocupados, pues habían tenido unos sueños extraños. José les preguntó por qué estaban silenciosos, y ellos entonces le contaron sus sueños.

Contó el copero: Soñé que veía tres sarmientos secos. De pronto, reverdecieron delante de mis ojos, echaron hojas y racimos, y los racimos maduraron a mi vista. Yo cogí una copa y

era la del rey, los exprimí contento, y puse la copa en la mano de mi Señor.

—Tu sueño quiere decir, fue diciendo José, que dentro de tres días serás llamado al servicio del faraón, y volverás a servir el vino de su copa, como en los tiempos en que te amaba. Cuando estés en su presencia, acuérdate de mí, que estoy prisionero sin culpa.

El panadero contó entonces el sueño suyo:

—Soñé que caminaba con tres canastos sobre mi cabeza, y el de encima llevaba innumerables panes y manjares para el faraón; mas venían las aves del cielo y los devoraban.

—Tu sueño dice, contestó José, que en tres días más el faraón dispondrá tu muerte, y tu cabeza será colgada en un madero.

Pasaron los tres días, y acaeció, como José lo había visto por medio del Espíritu, que el rey hizo llamar al jefe de coperos y lo restituyó en su rango, y que ordenó que al jefe de panaderos se le diera muerte. Pero el copero no se acordó de su promesa, cuando estuvo delante del faraón.

Mas un día, el rey tuvo sueños extraordinarios, e hizo llamar a los adivinos del reino, para que los interpretasen. Ninguno supo lo que querían decir, y viendo a su amo afligido, el copero se acordó de su camarada de cárcel, que estaba próximo a Dios y conocía el sentido de los sueños. Lo hizo llamar; vino José y escuchó del mismo faraón los sueños maravillosos.

—Yo he visto —le dijo el rey— que del Nilo salían siete vacas, hermosas y lucientes, como apacentadas en ricos pastos. Se internaban por un verde carrizal, y entonces salían del Nilo otras siete vacas, enjutas como si nunca hubieran comido

hierbas, se echaban sobre las otras y las devoraban, quedando ellas con la misma delgadez.

Desperté en esta parte del sueño, volví a dormirme, y empezó otro sueño:

“Yo miraba sobre un solo tallo, brotar siete espigas doradas, y tan gruesas que caían a los lados por su peso. De pronto nacieron de la misma caña otras siete, entecas y como hambrientas, que devoraron a las otras”.

“He llamado a los magos egipcios, pero no me han sabido dar razón de estos sueños”.

José respondió:

—Los dos son una misma cosa. Las siete vacas gordas y las siete espigas espléndidas, son siete años de abundancia que vendrán sobre el Egipto. Las cosechas darán asombro a sus dueños, y todos se alimentarán copiosamente. Y las siete vacas flacas, lo mismo que las espigas entecas, son siete años de escasez, en que las provisiones de los anteriores se acabarán; habrá hambre en la tierra de Egipto y en las otras, y las gentes padecerán, a menos que tú elijas a un hombre hábil que, en los años ricos, reúna, en grandes graneros, el trigo suficiente para el largo tiempo de la sequía.

—Tú serás ese hombre, le contestó el faraón, porque tienes sobre los otros el Espíritu de Dios, que te guarda y te conduce.

Puso en el dedo de José el anillo de primer ministro egipcio, y le hizo pasear en un carro por las calles de la ciudad, para que conocieran los ciudadanos a aquel que todos obedecerían. Los hombres se inclinaban a su paso, en señal de obediencia, y le miraban con asombro, porque era varón lleno del Espíritu de Dios, que se hacía visible en su rostro.

MINISTRO DE FARAÓN

Empezó a gobernar José al mismo tiempo que empezaban los años de buenas cosechas y obligaba a los dueños de todas las tierras a dejar una quinta parte para los graneros reales.

Y vino la sequía. Corría el Nilo con un caudal mezquino, y blanqueaba su lecho seco; los campos estaban dorados de hierbas secas; el trigo no alcanzaba a granar; el arroz no espigaba. Los animales arrastrábanse entre los rastros; pero el pueblo egipcio acudía todas las tardes a los inmensos graneros reales, donde se le entregaban las provisiones de la semana. Y no se cansaba de alabar en las plazas y en los caminos a José y su boca con adivinación.

En las tierras próximas a Egipto empezó el hambre también y morían muchas gentes; alcanzó a la tierra de Canaan, donde aún vivía Jacob, ya muy anciano, con su familia.

Un día dijo a sus hijos:

—Hay trigo en Egipto. ¿Por qué no vais a comprar para que no muramos?

Prepararon el viaje, y salieron 10 de ellos, camino del Egipto. José estaba encargado de todo el reparto y así los jóvenes fueron llevados a su presencia.

Habían pasado muchos años y el rostro de todos era otro que el de la infancia; pero José los reconoció y, después de oír su petición, les dijo:

—No sois compradores, sino espías.

—No, señor, replicaron ellos; somos gentes de paz y venimos de la tierra de Canaan a buscar trigo; formamos una

familia numerosa: nuestro anciano padre y 11 hijos. Éramos 12, mas uno ya no existe.

Repuso José:

—Si contáis verdad, y no sois espías, quede uno prisionero y vuelvan los otros a Canaan a traerme al hermano menor; de este modo yo creeré.

Los hermanos se llenaron de tribulación y hablaban entre ellos, diciendo que les venía esta angustia porque aún les demandaba Dios la sangre de José.

Ellos hablaban, creyendo que por usar lengua hebrea, José no los entendía, pero el intérprete repetía sus palabras a José.

José los escuchaba e iba reviviendo todo su pasado: veía el rostro de Jacob y veía los campos donde él apacentaba de niño sus ovejas. Y con su corazón oprimido de pena, se apartó a llorar para que no le viesen.

Después dio orden a los esclavos de que llenasen muchos costales de trigo y pusieron dentro de cada uno el dinero.

Los hermanos regresaban muy tristes a Canaan; Simeón había quedado en rehenes y Jacob los reprendería por la pérdida de su hijo.

Hicieron un alto en el camino por tomar descanso, y cuando abrieron un saco de las provisiones, hallaron el dinero. Entonces se llenaron de asombro y de temor.

Al llegar a Canaan contaron a su padre todo lo que les había acaecido, y con amargura le dijeron cuál era la condición del ministro del faraón para rescatar al cautivo.

Jacob, angustiado les contestó:

—Ya perdí a José y a Simeón, y ahora queréis que pierda a mi Benjamín. Con dolor voy a bajar a la sepultura.

Pero las provisiones se agotaron, y hubo que volver a Egipto, llevando a Benjamín, sin lo cual no podrían presentarse en palacio.

Jacob los hizo que aparejaran un camello con presentes para el ministro: lindas vasijas de barro pintadas, bálsamo y especias preciosas, miel y nueces, y almendras, en pesados fardos.

Llegaron al palacio de José quien, al verlos regresar con Benjamín, rebozó en su interior de alegría, porque éste era hijo de su misma madre, y no había podido olvidarlo. Luego hizo preparar un gran banquete. Viendo los preparativos, los hermanos estaban confusos y llenos de miedo, porque no comprendían. Al día siguiente, el ministro hizo llenar sus sacos de granos y los 11 hebreos volvieron a salir de Egipto. José había hecho de nuevo poner el dinero de cada uno en su saco, y además mandó que se deslizara en el de Benjamín su copa de plata.

Partieron los hermanos, y no iban muy lejos, cuando José envió emisarios tras de ellos, con orden de registrar las cargas de los camellos y de acusarlos, maliciosamente, como ladrones. Los desgraciados protestaron su inocencia, mas fue encontrada la copa de plata en el costal de Benjamín. Entonces ellos rasgaron sus vestidos y regresaron hacia Egipto.

Llevados a la presencia del primer ministro, se pusieron a temblar y no acertaban a hacer su defensa, pues había tremenda prueba. José simulaba la acusación, se fingía lleno de ira y acabó exigiéndoles que dejaran en su poder a Benjamín. El

sólo quería saber si sus hermanos eran capaces de abandonar a Benjamín. Rompieron en llanto los hermanos y Judá ofreció quedarse él en vez de Benjamín, de cuya vida dependía la de su padre Jacob, que lo amaba entrañablemente, por el recuerdo del hijo muerto. Y tanta era la confusión de todos, y tan verdadero su dolor, que José no pudo contenerse más, y también estalló en llanto. Al fin, les dijo —¡Yo soy José! Decidme si vive mi padre todavía.

Y como sus hermanos dudaban de lo que oían, siguió hablándoles:

—Sí, yo soy aquel hermano que vendisteis; pero no os aflijáis, porque para salvación de todos Dios me envió a Egipto. Yo aseguraré vuestra posteridad en la tierra, pues faltan todavía cinco años de hambre. Os digo, pues, que no vosotros, sino la voluntad de Dios, lo ha hecho todo. Daos prisa en volver a vuestra patria; haced saber a mi padre mi gloria y traédmelo.

Cayó sobre el cuello de Benjamín, y le cubrió de lágrimas, y fue besando a todos los demás.

Al saber la noticia, el faraón declaró a José que entregaría las mejores tierras a los israelitas, y dispuso que se tomaran bastantes carros para transportar a las mujeres y los niños.

Se pusieron en marcha los hermanos y caminaban enmudecidos como en un encantamiento.

Al llegar a su casa, dijeron a su padre:

—José vive aún y gobierna toda la tierra de Egipto.

Mas quedó frío el corazón de Jacob porque no daba crédito a semejantes palabras. Creyó sólo cuando le refirieron una por

una las palabras de José y cuando vio los carros destinados a transportar al pueblo.

Entonces exclamó:

—¡Basta! ¡Mi hijo vive todavía, yo iré a verle y después ya podré morir!

Más tarde partieron de Canaan en una caravana inmensa que comprendía todas las familias y que era como un país en marcha.

Salió José a recibir a Jacob al camino, y estuvieron abrazados durante largo tiempo.

Y dijo Jacob, cuando ya se desató el nudo de su garganta —Muera yo ahora, ya que he visto tu rostro.

Se derramaron los hebreos por el valle del Nilo. Jacob vivió allí algunos años, y murió con muchedumbre de días, viendo a su raza crecer calladamente, como una selva que fuera de Dios.





MOISÉS-JUVENTUD

Los hebreos seguían viviendo en Egipto, y se habían multiplicado mucho, porque Dios quería numeroso a su pueblo. Mas, desde que murió José, los faraones, celosos de esa prosperidad, les daban trabajos duros y carga de impuestos. El pueblo hebreo era vivaz como la hierba del campo, y seguía aumentando. Entonces un faraón dictó una ley disponiendo que los hijos varones que nacieran de madre hebrea fuesen arrojado al río Nilo.

A Jacobed, mujer de Anram, le había nacido en ese tiempo un niño. Lo vio tan hermoso que no se resignó a hacerlo morir; pero temiendo la ira del faraón, urdió esta estratagema: hizo que su marido calafateara bien un canastillo de mimbre; puso dentro de él a la criatura y mandó a su hija mayor que lo hiciera flotar sobre el Nilo a la hora en que bajaba a bañarse la hija del rey.

La princesa entró en el río, vio flotar el canastillo de juncos, e hizo que lo arrebataran a la corriente. Al sacar al niño, que lloraba en el fondo, lo vio tan lindo, que dispuso se criara

con ella en palacio. La hermana espiaba entre un cañaveral y se acercó a ofrecer a la princesa un ama, la cual fue su propia madre.

El niño recibió el nombre de Moisés, que quiere decir *salvado de las aguas*, y se crió entre las rodillas de su madre y las salas del palacio real.

Moisés creció, se hizo hombre, y vio los sufrimientos de su pueblo. No pudiéndolos soportar, huyó a la tierra de Madiam, en donde se casó y fue pastor hasta los 40 años.

Era Moisés alto y hermoso como un gran árbol; su presencia elevaba a los hombres, y su mirada estaba llena de la fuerza de Dios.

EL MENSAJE

Una vez, guiando a sus ovejas, vio sobre el campo una zarza que ardía sin consumirse. Desde la llama hablaba el Espíritu de Dios, y le dijo:

“No te acerques, y quita tu calzado, porque pisas tierra santa”. “Yo soy el Dios de Abraham, de Israel y de Jacob; he visto la aflicción de mi pueblo y te he elegido para libertarlo”.

Moisés oía temblando y respondió avergonzado que él no tenía ni siquiera el don de la palabra, por ser tartamudo. El Espíritu le contestó que Aarón, su hermano, hablaría por él, y que sobre las palabras hablarían sus hechos, pues le sería dado el don de hacer maravillas.

Poco después, Moisés y su hermano, se presentaron al rey de Egipto y le pidieron la liberación del pueblo judío, que marcharía hacia otras tierras más piadosas.

El faraón era soberbio, a causa de su poder sobre millones de hombres; escuchó con desprecio a Moisés y dio más cargas a los israelitas...

LAS PLAGAS

Entonces Moisés empezó a obrar prodigios terribles, a fin de que el faraón comprendiera que en verdad él llevaba “mensaje de Dios”. Cayeron sobre el país 10 plagas:

Las aguas del Nilo se volvieron sangre, y las mujeres no podían llenar sus cántaros en el caudal espeso y nauseabundo. Salieron más tarde del río y de las fuentes millones de ranas, que cubrían los caminos, los campos, las calles de las ciudades, los patios y las habitaciones; saltaban a las mesas, y los hombres iban y venían entre los animales impuros. En seguida, nubes de moscas cayeron sobre el valle, obscureciendo el aire; entraban con el aliento a la garganta, y los hombres las respiraban; llenaban sus oídos y picaban en sus cuellos y sus brazos desnudos. Más tarde, vino peste sobre las bestias del campo, y murieron los rebaños y los animales de labor. Todavía creció el sufrimiento: los hombres se llenaron de úlceras y eran unos para los otros motivos de repugnancia. Tempestades de rayos quemaron los campos e hicieron caer a los hombres como los henos cortados. Lo que el rayo no quemó, lo devoraron las langostas: vinieron en masas oscuras sobre la escasa tierra verde, y la dejaron desnuda en unos cuantos días. Tinieblas espesas envolvieron al país, y los hombres caminaban tanteando o se quedaban como ciegos en el umbral de sus casas.

Al sobrevenir cada una de estas plagas, el faraón se llenaba de miedo y prometía a Moisés que dejaría salir a los hebreos. Suspendía Moisés el azote, pero en cuanto había pasado, el faraón revocaba la orden y caía otra calamidad sobre los desgraciados egipcios que purgaban la impiedad de su rey. Por fin llegó la última plaga, que fue la mayor: un ángel dio muerte a los primogénitos de cada familia.

Cuando, al levantarse aquel día, encontraron muerto a uno de los suyos, al más amado, subió tan grande el clamor de los pueblos, que el rey se decidió a obedecer la voluntad de aquel Dios fuerte que era el Dios hebreo.

EL ÉXODO

Salieron los hebreos para su larga expedición, sin otra seguridad que la del “varón de Dios”, que había de guiarlos. En número de 600 mil dejaron la tierra de la servidumbre. Los seguían sus rebaños, y cargaban sobre los camellos o a sus espaldas, objetos arrebatados a los egipcios, a quienes habían enriquecido en tantos años.

Se internaron en el desierto. Una ancha nube les proyectaba sombra durante el día, amparándolos del tremendo sol, y la misma nube se encendía al llegar la noche; era como una llama corriendo por el cielo, y ellos caminaban a su resplandor.

No iban muy lejos todavía cuando el Faraón se arrepintió de haberlos dejado partir, y con grandes ejércitos salió tras ellos. Los hebreos llegaban a las orillas del Mar Rojo, y allí serían acabados sin misericordia. El Espíritu de Dios alzó entonces

la mano de Moisés sobre las aguas, y éstas se abrieron dejando un camino enjuto, por donde pasó la muchedumbre. Cuando los egipcios quisieron pasar, las olas se juntaron, cubriéndolos.

Siguieron su camino, y el desierto aparecía cada vez más desolado. Las fuentes escasearon primero y después desaparecieron. Entonces el pueblo enloqueció de desesperación por la sed. La última fuente que hallaron tenía el agua con un sabor amargo de podredumbre. Moisés dejó caer en ella un leño, fue subiendo, subiendo la linfa, y adquirió un gusto grato, y todos pudieron beber.

Después de muchas jornadas, se agotaron las provisiones, y vino el hambre. Los hebreos quisieron volverse hacia el Egipto.

EL MANÁ

“Hablaís contra Dios, les dijo Moisés; pero Él os probará su misericordia”. Y bandadas de codornices pasaron en un vuelo largo sobre las caravanas, casi tocando las cabezas. Las cogían como por juego y hacían grandes huecos en la oscura bandada. Descansaron apaciguados aquel día, y para mayor maravilla, al amanecer apareció el arenal cubierto de una cuajada blanca, como de harina un poco endurecida.

¿Mhana? ¿Qué es esto? se preguntaban todos, y con ese nombre: maná, se quedó el alimento misterioso.

“Es el pan que se cuaja en torno de nosotros, mejor que en los trigales” se decían, e iban recogiendo la blancura enjuta, como de requesones oreados, que sabía a harina mezclada con miel.

Subiendo la mañana, el maná desaparecía de las arenas, para volver a bajar en la noche, y ellos encontraban de nuevo al otro día el campamento rodeado de esta nieve silenciosa.

OTROS PRODIGIOS

Siguieron la marcha, y volvió a afligirlos en el camino la sed; Moisés abrió una fuente viva, golpeando con su báculo las peñas.

Durante los años de la marcha, los hebreos habían aumentado enormemente, y eran ahora una muchedumbre tan poderosa, que los amaleitas, pueblo del desierto, al verlos acampados cerca, se prepararon para combatirlos.

Moisés hizo jefe de sus gentes a Josué, gran guerrero, y él subió a una colina, a implorar la misericordia del Señor para su pueblo. Mientras se combatía, él oraba con gran ardor, y cuando sus brazos estaban en lo alto, ganaban los hebreos, y cuando se le caían de cansancio, ganaban los amaleitas. Sus compañeros lo sostuvieron, y su oración duró hasta el atardecer, hora en que los enemigos fueron derrotados.

Siguieron caminando, hasta llegar a los pies del Monte Sinaí: allí fijaron su campamento.

LOS MANDAMIENTOS

Un día la montaña se cubrió de una nube ceñida y negra, que sólo abrían los relámpagos, de momento en momento. Los truenos parecían rasgar el monte, y los relámpagos continuados, como un parpadeo, iluminaban todo el desierto.

Creyendo oír en el trueno la voz de Jehová, los judíos se pusieron a temblar; comprendieron que su Dios quería hablarles, y como ellos eran muchedumbre, es decir, masa confusa y torpe, pidieron a Moisés que subiese a la montaña a recibir la palabra “porque si Dios nos hablara a nosotros mismos, exclamaron, todos moriríamos”.

Ascendió Moisés hacia los picachos cubiertos de oscuridad, y allí estuvo 40 días, y recibió de Dios los mandamientos, destinados a su pueblo y a todos los pueblos de la Tierra.

Descendió llevando a su raza el mensaje del Señor en las tablas, que pesaban sobre sus brazos; pero los suyos no habían sido capaces de esperarlo fielmente.

Cansados de la tardanza de su jefe y de la soledad del desierto, los judíos pidieron a Aarón que les hiciera otros dioses capaces de llevarlos, ya que en Moisés era lenta la voluntad del Señor. Fundieron, pues, sus zarcillos y sus demás objetos de oro, hicieron un enorme becerro, semejante a las bestias estúpidas que adoraban los egipcios, y Moisés encontró a la multitud danzando en torno del animal resplandeciente.

Dejó caer las tablas de piedra, que se despedazaron, y en seguida se puso a castigar a los idólatras, para que todo el pueblo no se contagiara de la vergüenza. Después volvió a subir al Sinaí, para que en él se purificaran los hebreos y fuesen dignos del don profundo de Dios. Cuando volvió a bajar, su semblante resplandecía, y ni los ancianos se atrevieron a mirarlo cara a cara. Veló su rostro, y desde entonces sólo apartó el velo cuando se aproximaba al Tabernáculo, para la adoración.

LEYES DE MOISÉS

Moisés organizó toda la vida del pueblo de Israel; estableció la fiesta de la Pascua en cada aniversario de la salida de Egipto; fue otro aniversario solemne el de Pentecostés, en recuerdo de los mandamientos; otro, el de los Tabernáculos, en memoria de la sombra protectora que Dios había echado sobre ellos a través del desierto.

Caminaba la multitud llevando al centro la que fue llamada Arca de la Alianza; su interior era de oro y contenía las tablas de la Ley y un vaso con el maná sustentador, y seguía al Arca el Tabernáculo o templo transportable.

Pero no sólo dio Moisés a su pueblo las reglas del culto: miraba por su vida, dictándoles preceptos de higiene, con que evitaron las enfermedades; los enardecía para los combates contra las tribus beduinas; creaba para ellos leyes que los regirían por miles de años, y que hoy todavía parecen admirables a los hombres.

Un año estuvieron al pie del monte Sinaí. Un día la nube detenida sobre ellos como una tienda blanca se agitó convidándolos a continuar la jornada. Cargaron el Arca, y se pusieron en movimiento los grandes escuadrones.

La larga permanencia en tomo del Sinaí los había acostumbrado al reposo, y al caminar nuevamente, empezaron sus murmuraciones: unos se lamentaban de la marcha inacabable, sin término conocido; otros, cansados de comer maná, pedían alimentación de carne, y hacían recuerdo de las glotonerías de los egipcios. Una ráfaga de viento marino volvió a llevar grandes

bandadas de codornices, y los carnales se aplacaron. Llegaron, por fin, a las fronteras de Canaan, la tierra prometida.

CANAAN

Moisés mandó de avanzada hombres de todas las tribus que trajesen noticias sobre las condiciones del país. Regresaron los mensajeros, cargando los frutos más exuberantes que habían visto nunca ojos humanos: eran higos blanqueados de miel, eran pesados racimos de granadas, y eran uvas magníficas. Aquella tierra, en verdad, manaba leche y miel. Pero declararon los mensajeros que la poseían gigantes invencibles con quienes sería tremenda la pelea. Entonces hubo en la muchedumbre una emoción a la vez de codicia y de miedo: deseo de llegar al país verde y ser dueños de pastos y viñas, y pereza para combatir.

Fue creciendo la murmuración de los cobardes. Dios castigó a los “hombres de poca fe” y dijo a Moisés que no entrarían en la tierra prometida sino los jóvenes, que estaban puros; los incrédulos vagarían por el desierto muchos años, y morirían en él.

Avanzando, tuvieron otros combates; cometieron otras felonías contra Moisés, provocando la ira de Dios, que les mandó calamidades como la plaga de serpientes. Se mezclaron con mujeres de otras razas, que les dieron el contagio de su idolatría; pero el Dios de Abraham seguía guardándolos, pues había de serles cumplida la alianza de Abraham.

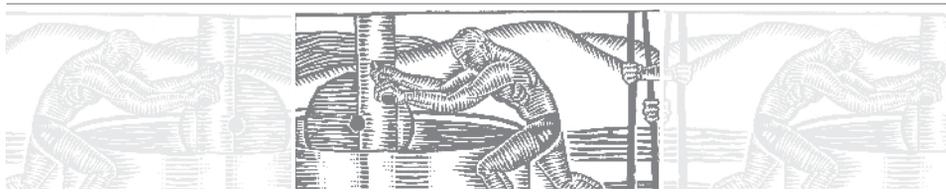
MUERTE DE MOISÉS

Ya Moisés estaba muy anciano y lleno de fatiga; también había dudado alguna vez de la protección de Jehová, y como los otros, tampoco gozaría la gloria de pisar la tierra de promisión.

Reunió un día a su pueblo para repetirle los mandamientos del Señor y hacerle jurar sus leyes, y después subió al monte Nebo, desde donde le fue dado divisar Canaan. Levantó un himno de alabanza, y murió. Había vivido 120 años de dolores y de esperanzas por su pueblo.

Sólo el que vino mucho más tarde trayendo a los hombres la Buena Nueva, Jesucristo Nuestro Señor, sería más grande que él sobre el mundo.





SANSÓN Y DALILA

Había en Israel un hombre llamado Manoa, cuya mujer era estéril. Un día se apareció a ella un varón maravilloso, que le dijo:

“Tendrás un hijo extraordinario; pero es preciso que mientras esté en tus entrañas seas pura, no bebas vino ni comas alimentos inmundos. Además, no cortarás nunca su cabellera”.

La mujer preguntó al varón su nombre, mas éste le contestó solamente que su nombre era maravilloso.

El varón era un ángel, y la mujer tuvo un hijo a quien llamó Sansón, y que trajo al mundo el don de la fuerza, concedido por Dios para victoria de su pueblo.

Sansón tomó por esposa a una mujer filisteas, es decir, de raza enemiga, contra la voluntad de su padre.

Un día iba por el campo, y vio venir a su encuentro a un león.

Sintió que el Espíritu hecho fuerza, entraba en él, y se lanzó sobre el león, desquijarándolo como a un cabrito. Pasado algún tiempo, al ir por el mismo camino, halló tendido todavía

el cuerpo del león, y he aquí que dentro del esqueleto se había formado una colmena con panales perfectos.

Se celebraba una vez en casa de la mujer de Sansón un banquete, y vinieron 30 filisteos a comer. En la alegría de la mesa, el gigante, que gustaba de hacer donosas bromas, les presentó, por juego, este enigma: “Del devorador salió comida y del fiero dulzura”. “Si no lo descifrarais, les dijo, me daréis 30 camisas como regalo, y si lo descifrarais yo pagaré la apuesta”.

Los filisteos pasaron siete días procurando adivinar el enigma y no lo conseguían, hasta que optaron por pedir ayuda a la mujer de Sansón. Ella no quiso que sus compatriotas quedasen humillados, y se puso a lamentarse con Sansón de que, aunque fuese su esposa, le era bien extraña. “Hay cosas tuyas, esposo mío, le dijo, que yo no conozco, y esto me da mucha tristeza”. Y se fingió tan apesadumbrada, que Sansón le confió la “adivinanza”.

Al vencer el plazo, los filisteos, llenos de regocijo, dieron a Sansón la respuesta:

“¿Qué cosa más dulce que la miel? ¿Y quién más fiero que el león?”.

Él comprendió lo que había pasado, y les dijo con desdén:

“Habéis descubierto mi enigma arando con mi misma novilla”.

Se encolerizó, y, como la otra vez, el Espíritu vino hacia él en forma de fuerza. Fue hacia el pueblo de los filisteos, hirió a muchos luchando terriblemente; tomó después sus despojos y pagó con ellos la apuesta.

Su suegro quiso entonces vengar a su raza, y dio a otro hombre la mujer de Sansón. Al regresar a su casa, la buscaron sus ojos y ya no estaba.

Loco de ira caminó hacia el campo de sus enemigos. Además de fuerte, era ágil, y tenía una carrera prodigiosa. Corrió por viñas y trigos, cogiendo zorras y chacales, hasta tener 300, que juntó cola con cola; puso entre ellos una tea ardiendo y soltó a las bestezuelas, que corrieron enloquecidas entre los trigales y las viñas. Ardieron los campos, y ese año no cosecharon los filisteos.

Entonces éstos, llenos de odio contra el gigante, subieron hacia su casa, le pusieron fuego y quemaron viva a la familia.

Volvió a tomar venganza Sansón, y luchando solo contra todos, hizo tal mortandad, que dejó a centenares tendidos sobre el campo como cuando los leñadores dejan los troncos muertos uno contra el otro, en los bosques.

Los filisteos marcharon entonces contra Judá, para castigar a todo el pueblo judío.

Los hebreos fueron a buscar a Sansón, lo hallaron en la hendedura de una peña, lleno de pesadumbre, y le dijeron que iban a entregarle a sus enemigos, para salvar a su pueblo.

Sansón aceptó; dejó que lo ataran y caminó después con ellos al encuentro de los enemigos. Pero cuando caía la muchedumbre sobre él, el Espíritu de Dios, en forma de fuerza, hinchó su cuerpo de pronto, y alzando los brazos, rompió como hilo las sogas fuertes. Recogió del suelo una quijada de asno, y blandiéndola como si fuese una espada, hirió a sus enemigos sin cansarse, horas y horas, y así dio muerte a mil filisteos.

Entonces los judíos le hicieron juez de Israel, y durante 20 años Sansón les dio gobierno vigoroso.

Una vez, el gigante fue a la ciudad enemiga de Gaza. Cuando supieron que se hallaba entre ellos, sus enemigos cercaron la

casa. A la media noche, se levantó Sansón, y para burlarse de todos, arrancó las puertas poderosas de la ciudad y con ellas a cuestras, subió hasta el monte que dominaba el pueblo y las dejó caer por las faldas.

DALILA

Pero la desgracia vino sobre Sansón.

Amó a una mujer llamada Dalila, y el alma de ella le hizo traición.

Los príncipes de los filisteos le aconsejaron que lo engañase con su amor, para conocer el secreto de la fuerza que había recibido de Jehová.

Dalila rogó al gigante, mientras lo acariciaba, le dijese su secreto, y Sansón, sin descubrirselo, le respondió primero que lo atasen con siete cuerdas frescas de arco, con las cuales se volvería débil; lo ató Dalila, pero él, jugando, rompió las cuerdas como si hubiesen sido hebras de hilo casero; díjole más tarde que si lo ataban con sogas sin uso, sí podrían vencerlo. Tomó Dalila las sogas, que el gigante aventó con un movimiento gracioso de sus brazos, como si nadara; después le aseguró que, si tejían las siete trenzas de su cabeza con la trama de una tela, quedaría de veras indefenso; lo hizo así Dalila, y él, se libertó de nuevo, apartando cabellos y telas, como se aparta el humo blando...

Entonces ella empezó a lamentarse desesperada:

—¡Cómo aseguras que me amas, y tu corazón guarda su secreto! ¡Te has burlado de mí tres veces, y estoy llena de humillación!

El gigante la vio llorar amargamente, lo conmovieron sus palabras, y le contó todo:

—No han pasado navaja por mi cabeza, por consejo que un ángel dio a mis padres, y si cortaran mi cabellera, me debilitaría, quedando como un infante.

Subieron otra vez los filisteos, y llevaron todo el dinero ofrecido a Dalila por la entrega de Sansón.

Ella tenía al gigante dormido sobre sus rodillas. Cortó con suavidad sus siete trenzas, y en seguida lo sujetó ella misma, porque él ya era, cual lo había dicho, débil como un niño. Luego gritó a Sansón como las otras veces:

—¡Sansón, los filisteos te acometen!

Y él se levantó para abalanzarse sobre ellos; pero la fuerza de Dios lo había abandonado. Le prendieron, le vaciaron los ojos, le llevaron a Gaza y allí fue puesto, por mofa, a moler en un molino, como una mujer, para la comida de los demás presos.

Días más tarde, los príncipes filisteos ofrecieron un gran sacrificio a sus dioses, en gratitud de que les había entregado al gigante; el pueblo, en torno de ellos, alababa la victoria, y era tal la muchedumbre, que llenaba el palacio y además las azoteas.

Pero los filisteos olvidaban que el cabello de Sansón había empezado a crecer. Engreídos con su triunfo, quisieron burlarse de él, y en medio del ardor de la fiesta, pidieron que viniera a divertirlos.

Llegó Sansón, tanteando con sus manos temblorosas, y hasta jugó entre ellos; mas su corazón estaba lleno de amargura.

Hizo que lo colocasen en medio de las columnas del palacio, para hacer descansar su cuerpo. Se levantó de pronto, y gritando: “¡Muera Sansón con todos los filisteos!” —sacudió terriblemente las columnas, y el enorme edificio cayó con estrépito, aplastando a la multitud entera.

Así murió Sansón, juez de Israel, al que Dios había dado el don de la fuerza maravillosa, para ayuda de su pueblo.





RUTH

Un judío llamado Elimelec dejó Belem, su tierra, porque había hambre en ella, y pasó al país de Moab, con su mujer Noemí y sus dos hijos.

Murió Elimelec; Noemí quedó viuda; pero tuvo compañía amorosa en las mujeres de sus hijos, que se habían casado en país extranjero.

Años después, ellos murieron, y Noemí pensó entonces que debía regresar a su patria.

Salió de Moab y sus nueras caminaban con ella hasta las afueras de la ciudad, para decirle adiós. Cuando llegaron a las lomas del camino en que ya se perdía Moab, Noemí las despidió, dándoles su bendición así:

—Volvéos a vuestros hogares. Jehová tenga con vosotras la misericordia que habéis tenido conmigo y con mis muertos, y os conceda otros esposos.

Las jóvenes lloraban, sin querer dejarla.

Noemí volvió a decir:

—Volvéos, que yo no tengo más hijos de mis entrañas que daros, y me duele que mi desgracia haya caído también sobre vosotras.

Una de ellas, Orfa, aceptó regresar. La otra, Ruth, se colgó a su cuello, y exclamó llorando:

—Yo iré contigo, y viviré donde tú vivas: tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios, y también quiero ser sepultada al lado tuyo.

Noemí vio su piedad y aceptó el pacto.

Caminaron y caminaron, hasta llegar a Belem. Los habitantes ya no la reconocían, y al encontrarla se preguntaban: ¿Será ésta Noemí?

Ella les decía:

—No me llaméis Noemí (hermosa), sino Mara (amarga) porque el Señor me ha llenado de dolores. Yo salí rica de Belem y regreso con las manos vacías.

Habían vuelto en la época de la siega de cebadas y trigos; pero Noemí ya no poseía ningún campo.

Entonces Ruth propuso que ella iría a espigar en las otras sementeras, si hallaba gracia a los ojos de los dueños, y la dejaban atravesar los trigales.

Así lo hizo, y Dios la llevó hacia los campos de Booz, pariente de Elimelec, y en el cual se acababa la sangre de éste.

Booz era ya anciano; no tenía hijos, mas era amigo del Señor y Él, junto con darle grande extensión de tierras, había puesto misericordia para los hombres en su corazón.

Espigaba Ruth detrás de los segadores, recogiendo lo que ellos, pasando, dejaban caer. La vio Booz, preguntó quién era,

y cuando supo que pertenecía a la familia de Elimelec, dijo a Ruth que espigase en su campo, entre las mujeres de su servidumbre, y comiese con ellas también. Le dijo que conocía su lealtad hacia los suyos, a quienes había servido con dulzura. Ruth, conforme a la voluntad del patriarca, seguía a los segadores, que ahora dejaban caer abundantemente las espigas al cruzar junto a ella. Al atardecer, se sentaba entre los trabajadores, y comía de su sopa oscura, y recibía su pan.

Así llegó el primer día cargada de trigo a la casa de Noemí, y le contó, llena de gozo, su conversación con Booz.

Noemí exclamó:

—¡Bendito sea Jehová, cuya bondad no abandona a los vivos ni a los muertos!

Le explicó que Booz era su pariente y que le correspondía desposarla, según la tradición, por ser el último de su raza.

Cuando llegó el tiempo de aventar el trigo, Noemí hizo que Ruth se pusiera su mejor traje, porque habría fiestas en la era.

Booz comió y bebió alegremente con sus trabajadores y con ella, junto a la parva, que era grande como una colina muy suave.

Al día siguiente se sentó a las puertas de la ciudad, donde se trataban las cosas importantes, entre los ancianos reunidos. Uno de ellos dio cuenta al pueblo de que el campo de Elimelec sería vendido, y aconsejó a Booz adquirirlo, por ser de la familia.

Adquirió Booz el campo, y a la vez dijo a los ancianos que tomaría a Ruth por mujer, para que el nombre de Elimelec no

desapareciera de la tierra. Y los ancianos, llenos de alegría, dieron entonces a Booz su bendición, diciéndole:

—Jehová te conceda que la mujer que va a entrar a tu casa sea como Raquel y como Lía, que edificaron la casa de Israel, fueron para Jacob. Así tu nombre será ensalzado en toda nuestra tierra.

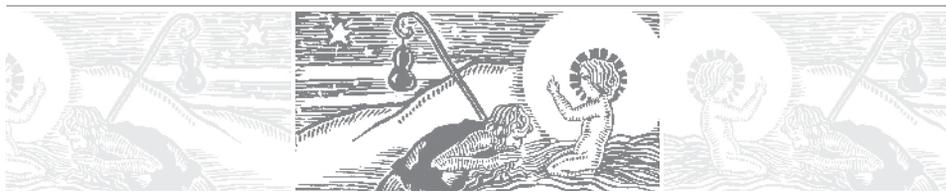
Ruth tomó por esposo a Booz, y tuvo de él un hijo, y de la descendencia de éste nació, siglos después, David, rey de Israel, y de la descendencia de David, Jesús, Nuestro Señor.





NUEVO TESTAMENTO





NACIMIENTO DE JESÚS

El emperador romano había dictado orden de que se hiciese el censo del imperio. La tierra de Israel había caído cautiva y pertenecía también a Augusto.

El judío José, carpintero, y María, su esposa, caminaron desde Nazareth, donde vivían, hacia Belem, en donde habían nacido, para empadronarse.

Llegaron a esta ciudad, cuando ya estaban llenas todas las posadas, pues habían acudido muchas gentes a cumplir el edicto. Así José y María sólo hallaron un establo donde pasar la noche. Era ése un establo de pueblo pobre, lleno de las viejas bestias de labor, asnos, mulas, bueyes, plebeyos que miran dolorosamente.

Hacia la media noche, María sintió los dolores del parto. Recibió a su hijo sobre la paja del establo, y lo entibió toda la noche contra su pecho.

En las cercanías de Belem, había pastores que velaban sobre su ganado durante las horas nocturnas. Vieron de repente aparecer sobre ellos un resplandor grande, como de aurora. Se

llenaron de turbación; mas una voz salió de aquella gran luz, diciendo esta salutación:

“¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!”.

Miraron entonces dentro del resplandor a un ángel, que les habló, diciéndoles:

“¡Os traigo la buena nueva de que os ha nacido hoy un Salvador; id a adorarle!”.

Se unieron al ángel innumerables espíritus, que formaban como un ejército gozoso suspendido sobre el campo, y todos repetían:

“¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!”.

Los pastores se levantaron, cogieron de sus provisiones los quesos tiernos y la miel, y dejando el ganado, se encaminaron hacia la ciudad. Anduvieron por ella hasta detenerse, iluminados, a las puertas del establo. En el fondo se hallaban José y María. Entre ellos estaba extendido sobre las pajas el Niño, y ambos le adoraban con la mirada y la oración, en silencio.

Ofrecieron sus dones los pastores, contemplaron al Niño, por el cual los cielos mandaban mensaje a los hombres, y volvieron después a sus rebaños.

Tres Reyes Magos del Oriente habían sido también avisados de que en Belem nacería por aquel tiempo el Salvador de que hablaban los profetas. Prepararon sus camellos con carga de presentes, y se pusieron en marcha. Una estrella nueva, que era el signo misterioso, los guiaba. Cruzaron muchas tiendas, e iban recogidos y silenciosos, los tres en un mismo sueño. Al

fin se detuvo la estrella sobre el establo. Levantando su preciosa vestidura, los Reyes se hincaron sobre la paja, entre los animales, que los miraban, y ofrecieron al Niño oro, incienso y mirra. El oro lo ofrecían como a rey, porque el Niño sería un rey, que dominaría sobre los corazones de los hombres; el incienso se lo ofrecieron como a Dios, y la mirra que es amarga, como a hombre, porque Él conocería todo el dolor. Después de adorarle, volvieron a sus países.

Así, Jesús nació en un establo; venía a amar a los pobres, que son mirados como los establos de las ciudades; no tuvo pañales, pues no recogería para sí nada sobre la Tierra que da las materias preciosas; asistieron a su nacimiento los animales humildes, que son la inocencia; los primeros en mirar su rostro fueron los pastores, porque se movería entre las gentes sencillas, y le adoraron los reyes, en señal de que los reinados son solamente un poco de polvo delante de Dios.

Hace del suceso, que fue el mayor de la Tierra, 1920 años; pero desde entonces, año por año, al venir la Pascua, los hombres, desde Noruega hasta los mares australes, destinan esta noche al recuerdo del mayor entre los nacidos. Él dejó una doctrina de salvación para el mundo, que no hemos cumplido. Recordarlo es, juntamente, hacernos el reproche de no ser todavía capaces de realizar lo divino y mantener la esperanza de que algún día esa doctrina estará como el divino recién nacido, viva entre nosotros; bastará para mudar el mundo según Cristo, que reyes y pastores nos volvamos “los hombres de buena voluntad” que saludaron los ángeles.



HERODES

Cuando nació Jesús, reinaba en Israel, Herodes, bajo la protección del emperador de Roma.

Herodes era un árabe, que había conseguido, adulando a los romanos, el gobierno de los judíos.

Reunía, dando impuestos duros al pueblo, grandes sumas de dinero, que enviaba para las fiestas de Roma, y hasta dejó en herencia a Octaviano una nave de oro y otra de plata.

Vivía temeroso de todos: no había adquirido ninguna cosa limpiamente; estaba además lleno de supersticiones como un bárbaro.

Cuando los Reyes Magos iban a Belem en busca del Niño Jesús, para adorarlo, pasaron a visitarlo. Iban contando a quienes encontraban, que hacían su jornada para adorar a un nuevo rey que había nacido. Herodes se turbó al oírlos: él no entendía de otros reyes que los que gobiernan la carne y la tierra.

Al oír la noticia del suceso, Herodes dijo a los Magos que volvieran por el mismo camino y le contasen dónde habían hallado al rey recién nacido, a fin de ir también a rendirle su tributo.

Los Magos llegaron a Belem y ofrecieron sus presentes al Niño; pero avisados por un sueño, regresaron a su patria por otro camino. Así Herodes quedó burlado.

La duda lo llenó de angustia, y exasperado, dictó esta orden: la de que sus soldados cayeran sobre Belem y diesen muerte a todos los niños menores de dos años. Murieron miles de inocentes, y se asegura, que hasta un hijo del impío. Pero Jesús fue salvado, porque, en sueños, Dios mandó a José que se levantara, tomase al Niño y a su madre y huyera a Egipto.

José obedeció el mandato, y se puso en camino hacia el lejano Egipto. María, que se hallaba débil, hizo el viaje sobre un asnillo, llevando al infante sobre sus rodillas.

Años más tarde murió Herodes. Se pudrió vivo; miraba los gusanos ir y venir por sus miembros, y daba horror hasta a sus esclavos, pues exhalaba pestilencia como una bestia muerta. Intentó darse muerte con un cuchillo, para librarse de su inmundicia; mas no pudo morir, y se miró a sí mismo desgajarse hasta la última hora.

Mientras tanto, Jesús crecía en Egipto, bajo los ojos de la Virgen María, lleno de gracia, como una flor.





PARÁBOLAS DE JESÚS





PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO

¿ Qué hombre de vosotros, teniendo 100 ovejas, si perdiera una de ellas, no deja las 99 en el desierto y va hacia la que se extravió, hasta que la halla?

Y hallada la pone sobre sus hombros, gozoso viene a su casa, junta a sus amigos y a sus vecinos, y les dice: dadme parabienes, porque he hallado mi oveja que se había perdido.

Así os digo que habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por 99 justos.

Y también ¿qué mujer que tiene 10 dracmas, si pierde una, no enciende el candil y barre la casa buscándola con diligencia hasta hallarla? Y cuando la ha hallado, junta a las amigas y a las vecinas, diciendo: dadme parabienes, porque he hallado la dracma que había perdido.

Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.

He aquí que un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos, dijo a su padre: “Padre, dame la parte de la hacienda que me pertenece”.

Éste repartió la hacienda. No muchos días después, el hijo menor partió lejos, a una provincia apartada, y allí desperdició su riqueza, viviendo disipadamente.

Cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a faltarle todo. Entonces fue hacia uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le mandó a su hacienda, para que apacentase los puercos. Deseaba henchir su vientre de las bellotas que comían los puercos, pero nadie se las daba.

Un día, volviendo en sí, dijo: “¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí padezco de hambre! Me levantaré, iré hacia él y he de decirle acercándome: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; hazme, pues, como a uno de tus jornaleros”.

Y levantándose caminó hacia la tierra de su padre, quien lo vio desde lejos, y lleno de misericordia, corrió hacia él y se echó sobre su cuello, besándolo”.

El hijo exclamó, según lo había pensado: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo”.

Mas el padre, dijo entonces a sus siervos: “Sacad el mejor vestido y vestidle, y poned anillos en su mano y zapatos en sus pies. Traed, además, el becerro mejor cebado, y matadlo, y comamos y hagamos fiesta, porque éste mi hijo era como muerto y ha revivido: se había perdido y lo encuentro”. Y comenzaron a regocijarse.

El hijo mayor estaba en el campo; al llegar a la casa, oyó la sinfonía y las danzas, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué significaba todo aquello.

Contestó éste: “Tu hermano ha venido, y tu padre ha muerto el mejor becerro, por la alegría de que haya llegado salvo a la casa”.

Entonces el hermano, lleno de irritación, no quería entrar. Salió su padre y le rogaba en vano que entrase. Respondiendo, dijo al padre: “He aquí que sirviéndote tantos años, y no habiendo traspasado jamás tu mandamiento, nunca me has dado un cabrito para regocijarme con mis amigos, y ha venido ese tu hijo, que consumió tu hacienda con rameras, y tú has matado el mejor de los becerros”.

El padre respondió: “¡Hijo! tú siempre estás conmigo y todas mis cosas son tuyas; mas era necesario hacer fiesta y holgarnos porque éste tu hermano, que fue como los muertos, ha revivido; se había perdido, y es recuperado”.





PARÁBOLA DE LA SIMIENTE

Mirad, salió el sembrador a sembrar, y en el sembrar, una parte cayó junto al camino, y vinieron las aves y comiéronsela; y otra cayó en lugar pedregoso, donde no tenía mucha tierra, y nació, pero por no tener hondura de suelo, saliendo el sol, se quemó, y por la falta de raíces, acabó por secarse. Y otra cayó entre espinas, y subieron las espinas, y ahogáronla. Y otra cayó en buena tierra, y dio fruto ciento, sesenta y treinta por uno.

El que tiene orejas para oír, oiga.

A todo aquel que oye la Palabra del reino de Dios y no entiende, viniendo el Malo le arrebató la simiente sembrada en su corazón. La sembrada en lugar pedregoso es el caso de aquel que oye la Palabra y con gozo la toma, pero no tiene raíz en sí, es mudable, y así, viniendo la aflicción o la persecución por causa de la Palabra, luego se escandaliza. La sembrada en las espinas es el caso del que oye la Palabra, pero el cuidado de este siglo y el engaño de la riqueza, ahogan la Palabra, y queda sin fruto. Y la sembrada en tierra buena es el caso del que oye la Palabra, y la entiende; fructifica ella y hace ciento, sesenta o treinta por uno.



PARÁBOLA DEL GRANO DE MOSTAZA

Semejante es el Reino de los Cielos al grano de mostaza, que tomó un hombre y sembró en su campo. Es la menor de todas las simientes, pero después que ha crecido es mayor que las legumbres y hácese árbol, y vienen las aves del cielo a anidar en sus ramas.

O también es semejante el Reino de los Cielos, a la levadura que toma la mujer y esconde en tres medidas de harina hasta que sea leudado todo.



PARÁBOLA DE LAS VÍRGENES NECIAS Y DE LAS VÍRGENES PRUDENTES

Semejante es también el Reino de los Cielos a 10 vírgenes, las cuales, tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo. Cinco de ellas eran necias y cinco sabias.

Las que eran necias, tomando su lámpara, no tomaron consigo aceite, y las sabias sí lo tomaron en sus vasos junto con las lámparas.

Tardando el esposo, se adormecieron todas, y durmieron. A media noche se dijo a voces: “He aquí que viene el esposo. Salid a recibirle”.

Entonces se levantaron todas las vírgenes a aderezar sus lámparas, y las necias dijeron a las sabias: “Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan”. Y respondieron las sabias: “No, porque puede faltarnos a nosotras y a vosotras; mejor será que vayáis hacia los que lo venden, y compréis”.

Mientras fueron a comprarlo, vino el esposo y las bien aparejadas entraron con él y después vinieron también las otras,

diciendo: “Señor, Señor, ábrenos”. Y él les respondió: “Digoos de verdad que no os conozco”.

Así es que velad, pues no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre viene.





PARÁBOLA DE LOS TALENTOS

Cierto hombre, queriendo hacer un largo camino, llamó a sus criados y dióles su hacienda: a éste cinco talentos, a éste dos, y a aquél uno, a cada uno según su propia fuerza, y partió luego.

El que había recibido cinco talentos, negoció con ellos e hizo otros cinco; el que había recibido dos, ganó también otros dos, y el que había recibido uno, cavó en la tierra y escondió el dinero de su Señor.

Después de mucho tiempo, volvió el amo, y les tomó cuenta de los talentos. El primero dijo: “Señor, cinco talentos me diste y he aquí otros cinco que he ganado con ellos”.

Díjole el amo: “¡Oh, buen criado fiel, en lo poco has sido fiel y yo te constituiré en mucho: entra en el gozo de tu Señor!”.

Y vino el segundo y dijo: “Señor, dos talentos me diste, y he aquí otros dos que he ganado sobre ellos”.

Díjole su Señor: “¡Oh, buen criado fiel, en lo poco has sido fiel y yo en mucho te constituiré: entra también en el gozo de tu Señor!”.

Y vino el tercero, y dijo: “Señor, conociéndote que eres hombre terrible, que siegas a donde no has sembrado y que allegas a donde no has derramado, tuve miedo y escondí tu talento en la tierra: aquí tienes lo tuyo”.

Respondiéndole su amo, le dijo: “Mal criado perezoso, sabías que yo siego a donde no he sembrado y que allego a donde no he derramado; convenía, pues, que tú dices mi dinero a los cambiadores, y al volver yo habría recibido lo mío con logro”. Añadió después: “Quitadle el talento, y dádselo al que tiene 10. Porque a todo aquel que tiene le será dado y abundará, y a aquel que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Por esto al criado inútil echadlo a la oscuridad postrera, y allí habrá llanto y batimiento de dientes”.



ÍNDICE

ESTAS LECTURAS

ECOS DEL MUNDO DANNER GONZÁLEZ.....	7
---------------------------------------	---

TEXTOS PREVIOS

LECTURAS PARA ENCENDER LA IMAGINACIÓN DANNER GONZÁLEZ.....	13
A GUIA DE PRÓLOGO HARÉ LA HISTORIA DE ESTE LIBRO JOSÉ VASCONCELOS.....	17
RAZONES PARA LA PRESENTE PUBLICACIÓN BERNARDO J. GASTÉLUM	25

GRECIA

CUENTOS MITOLÓGICOS.....	31
HERACLES O HÉRCULES.....	33
TRABAJOS DE HÉRCULES.....	34
LA MUERTE.....	37
PROMETEO.....	39
ORFEO.....	41
ORFEO ENCANTANDO A LOS ANIMALES PAUL FORT.....	43
DEMÉTER O CERES.....	47
LA NINFA EGERIA.....	50
LA NINFA ECO.....	51
LA ILÍADA HOMERO.....	53
LA ILÍADA.....	55
LA CÓLERA DE AQUILES.....	56

LOS COMBATES-LA SALIDA.....	63
COMBATE DE PARIS Y MENELAO.....	66
LOS TROYANOS ROMPEN LA TREGUA.....	69
ATENEA HIERE A ARES EN EL COMBATE.....	71
COMBATE ENTRE HÉCTOR Y AYAX.....	72
COMBATE JUNTO A LAS NAVES.....	74
AGAMENÓN ENVÍA MENSAJEROS A AQUILES.....	78
AQUILES SE NIEGA A SALVAR A LOS AQUEOS.....	80
LA DERROTA.....	83
MUERTE DE PATROCLO.....	88
MUERTE DE HÉCTOR.....	94
LA TOMA DE TROYA.....	100
LA ODISEA HOMERO.....	103
ODISEO EN LA ISLA DE LOS CÍCLOPES.....	105
EOLO DA A ODISEO LOS VIENTOS PRISIONEROS.....	114
ODISEO EN LAS ISLAS DE CIRCE.....	116
CIRCE ACONSEJA A ODISEO.....	122
CARIBDIS Y ESCILA.....	125
ODISEO EN LA ISLA DE HELIOS.....	127
NAUFRAGIO DE ODISEO.....	129
ODISEO EN EL PAÍS DE LOS FEACIOS.....	133
ODISEO EN ITACA.....	138

LOS HEBREOS

ANTIGUO TESTAMENTO.....	149
ISAAC Y REBECA.....	151
JACOB Y RAQUEL.....	154
LA HISTORIA DE JOSÉ.....	158
SIERVO EN EGIPTO.....	160
MINISTRO DE FARAÓN.....	164

MOISÉS-JUVENTUD.....	169
EL MENSAJE.....	170
LAS PLAGAS.....	171
EL ÉXODO.....	172
EL MANÁ.....	173
OTROS PRODIGIOS.....	174
LOS MANDAMIENTOS.....	174
LEYES DE MOISÉS.....	176
CANAAN.....	177
MUERTE DE MOISÉS.....	178
SANSÓN Y DALILA.....	179
DALILA.....	182
RUTH.....	185
NUEVO TESTAMENTO.....	189
NACIMIENTO DE JESÚS.....	191
HERODES.....	194
PARÁBOLAS DE JESÚS.....	197
PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO.....	199
PARÁBOLA DE LA SIMIENTE.....	202
PARÁBOLA DEL GRANO DE MOSTAZA.....	203
PARÁBOLA DE LAS VÍRGENES NECIAS Y DE LAS VÍRGENES PRUDENTES.....	204
PARÁBOLA DE LOS TALENTOS.....	206

LECTURAS CLÁSICAS

GRECIA LOS HEBREOS

se terminó en la Ciudad de México durante el mes de agosto del año 2014. La edición impresa sobre papel de fabricación ecológica con *bulk* a 80 gramos, estuvo al cuidado de la oficina litotipográfica de la casa editora.



ISBN 978-607-401-845-5 OBRA COMPLETA
ISBN 978-607-401-846-2 TOMO II

Todo lo humano fue cantado por los griegos. Los trabajos de Hércules ejemplifican su fuerza y astucia. Prometeo nos enseña el valor de disentir. Orfeo pulsa la lira y nos regala la música. Démeter rige la agricultura y al distinguir la primavera del invierno, ordena la alegría y el pesar de los hombres. Egeria acompaña en su recogimiento a Numa Pompilio, de quien nacerán las leyes romanas. La ninfa Eco da el mejor regalo: el préstamo a la eternidad.

Homero vive en tinieblas porque ha visto a la musa y ésta le ha hablado. “La Odisea” es el canto del retorno al hogar, a los brazos de la mujer amada. En cambio, “La Ilíada” es, además de una saga heroica, un minucioso inventario del carácter humano.

Moisés, el hebreo, padece de ceguera temporal tras bajar del monte Sinaí con los Diez Mandamientos y el rostro deslumbrado por la presencia de Jehová.

Además, en este volumen se observa un breve repaso de la línea genealógica del patriarca Abraham, hasta llegar a Jesús, descendiente del rey David.

Este libro culmina con las “Parábolas de Jesús”. La de Jesús es la empresa más noble que en el mundo haya sido. Sus lecciones de humildad y de bondad debieran ser suficientes para mudar el mundo.

DG

LECTURAS



LITERATURA